



**UNIVERSIDAD DE COIMBRA
FACULTAD DE LETRAS**

ANILU VARILLA LÓPEZ

**CORRESPONDENCIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ
HACIA UNA REPRESENTACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

2010

.....



**UNIVERSIDAD DE COIMBRA
FACULTAD DE LETRAS**

ANILU VARILLA LÓPEZ

**CORRESPONDENCIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ
HACIA UNA REPRESENTACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

**DISERTACIÓN DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS LITERARIOS Y CULTURALES
ESPECIALIDAD CULTURA ESPAÑOLA, PRESENTADA EN LA FACULTAD DE
LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE COIMBRA**

TUTORA: PROFESORA DOCTORA ANA MARIA E SILVA MACHADO

2010

.....

A

*Luz primera de mi mañana: Rosario, madre-amiga,
e Ignacio, prudente consejero de noble corazón, por
su infinito amor y buen ejemplo.*

Mis hermanos

Prudêncio O. R.

AGRADECIMIENTOS

Al Sistema Estatal de Becas del Gobierno del Estado de Veracruz, presidido por el Sr. Gobernador Mtro. Fidel Herrera Beltrán, porque pude obtener la beca para estudios de maestría en el extranjero.

Al Instituto de Estudios Españoles y el Instituto de Literatura y Lengua Portuguesa de la Universidad de Coimbra, por las facilidades otorgadas para llevar a cabo la investigación bibliográfica.

A la profesora Doctora Ana Maria e Silva Machado, por sus atenciones y por el ánimo transmitido en el análisis del tema.

A la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca.

A Ana Pires Cunha, la amistad y las infinitas atenciones desde mi llegada a Coimbra...

A María João Correia, Beatriz, Matilde y Sara, la generosidad y el cariño con que me recibieron y que me brindaron aquí, en Portugal.

A J. Ángel Torres Rechy, gran amigo, que con su conocimiento cartográfico de aquella institución, me ayudó para el encuentro del material procurado en la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca.

Agradezco al Dr. Prudêncio O. R., el apoyo logístico y financiero, y su comprensión.

A mis hermanos y sobrinos, por el entusiasmo, la confianza y el apoyo amoroso transmitido de siempre.

La carta, como escritura, es presencia de la ausencia: inolvidable memoria.

A.

[El epistolario] nos muestra la escenografía del misterioso teatro del alma. Porque las cartas nos descubren, impremeditadamente, el mundo interior, personal, escondido, de un hombre y de su figura histórica, de su sombra: el mundo aprovechable, los materiales creadores, que en el poema, el lienzo, la novela o la marcha fúnebre, aparecen encubiertos con el antifaz de la ornamentación aparatosa –estilística– del arte: la intimidad vital e imaginativa (...).

RAMÓN SIJÉ

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espuma mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Todo el tiempo que me hagan perder ahora, todos los atropellos, me los han de hacer ganar. No sé vengarme, pero sí afirmarme más en defender una justicia que si no ha estado con otros, ha estado siempre conmigo (...).

MIGUEL HERNÁNDEZ

Cada época se justifica en la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella. ¿Cuál será nuestra verdad? ¿Cuál nuestra manifestación? Las verdades tienen sus precursores que han pagado en alguna cárcel del olvido el delito de haber visto desde lejos.

MARÍA ZAMBRANO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I. LA CARTA. REFLEXIÓN TEÓRICA.....	12
Parte I. Contextualización histórica y social de la carta	
1.1.1. Referencias históricas.....	13
1.1.2. La carta en el contexto social y cultural.....	14
1.1.3. La carta como producto y reflejo de la sociedad.....	16
Parte II. Aspectos teóricos de la carta	
1.2.1. Las formas de la carta.....	17
1.2.2. La carta-ficción y realidad.....	19
1.2.3. El lugar de la carta en la esfera literaria.....	23
CAPÍTULO II. CONTEXTUALIZACIÓN. MIGUEL HERNÁNDEZ Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.....	28
2.1. La República española. Consideraciones generales.....	29
2.2. Un poeta en el pueblo, un poeta en ciernes.....	31
2.3. Un poeta en transición (1934-1936). Hacia una poesía revolucionaria...44	
2.4. Miguel Hernández y la explosión de la Guerra Civil.....	54
CAPÍTULO III. MIGUEL HERNÁNDEZ. CORRESPONDENCIA (1936-1939) HACIA UNA REPRESENTACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.....	60
3.1. La guerra (1936). Un poeta y soldado a las trincheras.....	61
3.2. Cartas desde las trincheras: ¿(d)escribir la guerra?.....	65
3.3. Poesía de guerra. Poeta cívico, poeta del pueblo (1937).....	75
CAPÍTULO IV. FIN DE LA GUERRA: CÁRCEL, MUERTE Y OLVIDO HACIA UNA NUEVA LECTURA DE LAS CARTAS DE MIGUEL HERNÁNDEZ.....	85
4.1. Hacia el final de la Guerra Civil: las cárceles acechan.....	85
4.2. Cartas desde la prisión: una historia de vida.....	89
4.2.1. Miseria en uno y otro lado de la cárcel.....	97
CONCLUSIONES.....	104
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	

INTRODUCCIÓN

La vasta obra literaria de Miguel Hernández lo condujo a adquirir un lugar en la cartografía de autores españoles contemporáneos, no obstante la clasificación generacional artística del oriolano resulta difícil toda vez que practicó una serie de enfoques y estilos artísticos que pasan del neogongorismo, el neorromanticismo y el surrealismo, a la vertiente social o revolucionaria, que lo alejan de la generación del 27 y lo convierten en un poeta más complejo que los del 36 (Debicki 1992). En otras palabras, porque su creación artística pasa de una poesía clasista, decimonónica y pura, hasta una de vanguardia, impura y revolucionaria, en medio de convulsiones políticas, sociales e ideológicas que culminarían con la Guerra Civil española (1936-1939).

Su obra, más que la de algún otro escritor de la época, Vicente Aleixandre, León Felipe, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaja, etc., está marcada por los abruptos sinsabores que se vive como efecto de la lucha civil, al fin la clausura para el hombre y el “poeta del pueblo”; y es que Miguel Hernández no sólo fue testigo, sino partícipe y víctima del conflicto bélico, como una gran población de civiles españoles y extranjeros, al convertirse en soldado y poeta-cantor en y de la guerra. Reconocido como el poeta del pueblo por los intelectuales de la época, por ejemplo Tomás Navarro Tomás, el autor oriolano deja ver en su obra los rasgos que lo configuran como tal, al revelar en su poesía la firme intención de cantar al pueblo y sus circunstancias entretejiendo palabras bien como sentencias y cantos de triunfo y gloria, bien rasgadas por el dolor de los hijos de la tierra en la miseria, no obstante cargadas de una fuerza abrasadora que resonó como aire esperanzador de justicia e igualdad social en los tímpanos de los hombres y mujeres campesinos decididos al combate de todos los días, de los tristes días de la España en guerra.

Si su poesía, teatro y prosa resultan una fuente de conocimientos para comprender su pensamiento y acción, también lo es su epistolario escrito entre los años de guerra y postguerra. Su correspondencia, hilada en la monotonía de unos días de ardiente miseria, constituye un legado para reconfigurar la posición ideológica, la participación y la evolución del escritor y el hombre en su contexto social, así como para reconocer las dinámicas sociales, políticas y culturales que marcaron desde luego una parte de su vida y obra artística. Desde ya sabemos que encontraremos en sus cartas ora una afirmación, ora una negación de valores culturales, sociales, individuales y colectivos, y un conocimiento de sí como del otro; es decir, sabemos de la mentalidad, el espíritu, la idiosincrasia individual, como colectiva, en torno a la guerra y las dinámicas que se desarrollaron en diversos ámbitos de la vida nacional española en aquel periodo histórico-social. Por tanto, habremos de afirmar que la Guerra Civil determinó en gran medida los alcances vivenciales, ideológicos y literarios del escritor oriolano, como lo fue para una gran masa de intelectuales españoles y extranjeros en general. Sostenemos que las cartas de Miguel Hernández dejan ver a través de la voz del yo la visión y la propia imagen de un héroe revolucionario que Miguel Hernández entraña, antes, como durante la guerra, y aún durante los años de prisión; ellas se tornaron el “cuarto propio” donde el revolucionario romántico, por inquebrantable en sus principios y concepción de vida y acción en busca de la verdad, la justicia, la paz, la libertad y el amor, descubre

a través del discurso explícito, como entre el silencio elocuente, la historia de vida personal y profundamente humana de un hombre, acaso heroico, en la guerra y las prisiones franquistas, para la posteridad.

Desde una perspectiva lingüística-literaria con respecto al análisis de las cartas en su estructura discursiva, por una parte, y cuanto a su contextualización social-cultural e ideológico-temático, por la otra, no resultará demás señalar que este trabajo se inscribe en el campo de los Estudios Literarios y Culturales al ser la literatura, y específicamente la escritura epistolar, una práctica cultural y una fuente de conocimiento a través de la cual es posible visualizar, si fuera el caso, además de las articulaciones literarias inmanentes, el entramado de una realidad histórica, ideológica y social en las que la obra surge y a las cuales representa y remite, como antes se dijo. Un análisis profundo del texto permitirá reconocer las interpretaciones, las competencias, los sentimientos, las reflexiones, los posicionamientos, las representaciones que nuestro autor elabora y adopta frente a dicho universo. En otras palabras, este enfoque de estudio permitirá comprender, por una parte, la configuración de los elementos estructurales del texto epistolar que reafirmen su valor con un género *per se*, y a la vez, las dinámicas específicas del mundo cultural extratextual, sobre todo por cuanto hace a la representación de la Guerra Civil y su influencia en la configuración personal, ideológica y literaria del sujeto epistolar.

Aunque peliaguda la discusión del lugar que ocupan las cartas en el campo de la literatura y los elementos que la conforman como un género como tal, no se puede negar que una de sus principales características, además y principalmente de ser un medio de comunicación, es el carácter híbrido (Brigitte Diaz, *apud*, Nascimento, 2004) que le permite moldarse a formas, temas, materialidades, como realidades y objetivos distintos, además de su carácter referencial bien como documento y archivo de una realidad extratextual, por un lado, bien como texto autobiográfico, en que se puede conjugar realidad y ficción, bien por su valor literario según las recién advertidas posibilidades de ficcionalidad, estrategia performativa y persuasiva, por el otro. No obstante, se debe tener presente también que, aún siendo textos documentales y “(...) *miroir de la société de l'époque*” (Penjon, 2004:131), la carta lleva implícita la marca de la subjetividad, como todo escrito personal creado bajo la intimidad y la espontaneidad. Es decir, aún como documentos referenciales, las cartas conservan una imagen real o una imaginada de acuerdo con la mirada o la percepción del yo, la imagen que guarda de su destinatario, de la realidad y el grado del pacto epistolar establecido con éste, que permite establecer comunicación en torno a conocimientos comunes.

Por tanto, la carta además de guardar un poder relacional o de comunicación al poner en contacto a los ausentes, y uno autoexpresivo, al revelar la voz sentimental del yo que enuncia, posee un alcance representacional y testimonial en el que se inscriben, a través de la mano de su autor, los paradigmas diversos de una cultura y una sociedad en una época determinada. En este sentido, conviene realizar para el análisis de las cartas producidas por el oriolano en los años de guerra y más tarde en las cárceles franquistas, en un corto pero dramático periodo (1939-1942), las siguientes preguntas: ¿qué representan y entretejen las cartas de Miguel Hernández?, es decir, ¿cuál es el modelo

de mundo que revelan? y si son los años de la lucha armada ¿cuál es la representación de la realidad social, histórica y cultural en el cuadro de la Guerra Civil? ¿cuál es la imagen que ofrece de sí, de su destinatario en las cartas escritas en la guerra y la prisión?; ¿qué revelan del ser que las enuncia y de su comprensión del mundo (la guerra, las cárceles)?, o en otras palabras, ¿de qué forma el modelo de mundo exterior es absorbido y representado por el autor en sus cartas?, ¿y en qué medida determina esta realidad su transcurso de vida, acción epistolar y literaria?; ¿al ser confrontadas, qué revelan las poesía y la prosa de guerra de la especificidad de las cartas?, ¿qué descubren del ser que las enuncia?

Desde luego, intuimos que su correspondencia descubre la necesidad del autor de comunicarse y superar la distancia espacio-temporal que lo separa de su correspondiente; es decir, la práctica epistolar en Miguel Hernández resulta un medio de comunicación para abolir en toda medida el espacio que lo separa de sus interlocutores, principalmente de su novia y más tarde esposa Josefina Manresa, hijos, y familiares; en esa perspectiva no deriva un proyecto literario o un laboratorio que puede conducir al perfeccionamiento de su escritura literaria, según sugiere acerca del ejercicio epistolar Vincent Kaufmann en *L'Equivoque epistolaire* (1990), sino un medio de comunicación que surge y responde a la necesidad de mantener los lazos con el ausente en medio de los violentos acontecimientos políticos-militares. Distantes están de ser una muestra de intelectualidad y de propuestas estéticas o “donaire con que los escritores componen su perfil para la posteridad”; ellas resultan de las exigencias y las dinámicas políticas-sociales del momento, y responden a la necesidad “Primero la de sobrevivir como poeta, luego, ya al final, la necesidad de sobrevivir al tifus, al chantaje y a la cárcel” (Sánchez Vidal 1986: 17). En ese sentido las cartas llegan a ser un testimonio de las circunstancias en las que se ve inmerso el autor y sus correspondientes, y cuya imagen es descrita sin marcas de ficcionalización, según los fundamentos teóricos sugeridos por Claudio Guillén (1998), antes bien, el epistolario de Miguel Hernández remite a un mundo empírico tanto como a sujetos reales; en otras palabras, más que remitir a “mundos imaginados” o “ficcionalizados” y sujetos de ficción o “sujetos de papel” sustentados por el “doble pacto epistolar”, las cartas presentan un emisor y unos receptores empíricos suscritos al pacto epistolar que sustentan tal intercambio lejos de la “ilusión de la no ficcionalidad”, y sí en el conocimiento de una realidad factual y emotiva común.

Por su puesto, son cartas que, escritas en circunstancias y espacios bélicos, otorgan al discurso todo valor de verdad, no obstante, se trata de un discurso velado al estar permanentemente vigilado como mediatizados por la censura y la autocensura, la primera debido a las normas y ejercicios restrictivos implementados por las autoridades políticas-militares, primero en la guerra y después en la postguerra; la segunda, y como efecto de la primera, por un lado debido también al compromiso cívico adoptado por el epistológrafo, por el otro, al desear evitar el dolor y la angustia a sus receptores, sobre todo a Josefina Manresa, tanto como por la personalidad de los receptores, según los trazados intratextuales trazados por el autor de la carta, al tratarse de sujetos de carácter

débil, a los que fue necesario omitir parte de la cruel realidad; en conjunto, esos factores condujeron a la mediatización del contenido epistolar.

Así, con fines puramente metodológicos nos proponemos describir la configuración de los elementos que constituyen el discurso epistolar, a saber, la relación interpersonal entre el Yo (emisor/narrador) y el Tú (destinatario/receptor) y los elementos deícticos espaciales-temporales que, a su vez, nos permita, por una parte y principalmente, reconocer la referencialidad contextual del autor, la representación de la Guerra Civil española y su influencia en el transcurso de la vida, la formación personal y literaria del escritor oriolano, tanto como la del imaginario social en torno a la guerra, por la otra, y las dinámicas socioculturales suscitadas en dicho contexto.

Bajo tales perspectivas, realizaremos en el primer capítulo una reflexión de los aspectos teóricos y metodológicos sobre la carta, según las propuestas y análisis de diversos expertos en la materia (Violi, 1999; Guillén, 1998; Grassi, 199), y que nos permitan el análisis pormenorizado del *corpus* epistolar seleccionado (1936-1939), y en un capítulo aparte, las cartas escritas en la prisión (1939-1942), sin descartar la posibilidad de recurrir, como antes de dijo, a la producción poética y textos de imprenta creados por Hernández en su labor de soldado, para mejor comprender el pensamiento, el estado emocional del autor como sus acciones y las propias dinámicas socioculturales desarrolladas en aquel momento, como el carácter del propio discurso epistolar hernandiano.

Enseguida, siguiendo cuidadosamente su discurso epistolar, por un lado, y los trabajos realizados por estudiosos sobre diverso aspectos de la República, la Guerra Civil y el franquismo (Jover Zamora, 1972; Jackson, 1976; Fusi, 2007; Juliá, 2007; González Calleja, 2005; Castillo Gómez, 2003, etc.), y aludiendo desde luego a las aportaciones realizadas por los conocidos estudiosos de la vida y la obra de Miguel Hernández (Agustín Sánchez Vidal, 1992; Juan Cano Ballesta, 1978, 2003; Ifach, 1975, etc.), por el otro, se diseñó y se presenta los aspectos biográficos del autor oriolano desde su infancia, así como a las propias dinámicas sociales, culturales, políticas e ideológicas que rodean al autor; desde luego, se trata de un capítulo de contextualización histórica, como social y cultural, por lo que resultó conveniente la elaboración de un subcapítulo donde se refieren los aspectos generales de la República y algunos de los factores subyacentes al desarrollo de la Guerra Civil, que nos conduzca en una línea histórica hacia nuestro objetivo particular de estudio, como ya se dijo: el conocimiento de la imagen del autor que las enuncia; la referencialidad extratextual en que se inscribe y las repercusiones de este medio en su vida personal, como social y literaria. Así, en los subcapítulos posteriores, queremos reconocer el pulso vital y creativo de Miguel Hernández en Orihuela, su pueblo natal; en tercer lugar buscamos exponer los aspectos generales señalados acerca de su perfil e inclinación hacia nuevas tendencias estéticas-ideológicas desarrolladas a lo largo de 1934-1936, en que se viven convulsiones políticas y sociales trascendentales, y finalmente un panorama de su transcurso vital y creativo en el cuadro de la lucha armada encaminado, sobre todo, a la configuración de nuestro futuro análisis en el capítulo tres.

En éste el objetivo es lograr conocer la representación que Miguel Hernández manifiesta sobre los acontecimientos bélicos y las repercusiones de éstos en su vida personal, profesional y social; alcanzar la imagen de las dinámicas de la vida cotidiana colectiva en esos momentos y la idiosincrasia, el posicionamiento ideológico, la acción del joven poeta oriolano y en suma, la forma como es absorbida por éste tal realidad. Al mismo tiempo, se pretende conocer la imagen del receptor, que remiten imágenes y formas de vida de una colectividad en el conflicto bélico. Por otra parte, buscamos captar la relevancia que cobró, como práctica cultural, la escritura epistolar en la guerra y la postguerra, y sus alcances en tanto que reveladoras de tales realidades y voces hasta entonces silenciadas o pretendidamente olvidadas, que en un análisis comprometido pueden revelar los trazos más profundos de una historia de vida y las dinámicas socioculturales de la Historia nacional española de esos periodos, y hasta ahora conocidas.

Finalmente, se analiza las cartas producidas al final de la guerra, en el capítulo cuatro, en el que se busca mostrar de manera general la imagen y la experiencia de vida de Miguel Hernández en las cárceles implementadas por el Nuevo Estado, afirmado y representado por Francisco Franco; se trata de cartas escritas en la prisión, a través de cuyo estudio queremos seguir los trazos de su experiencia de vida en tal contexto, y mediante las imágenes intratextuales, saber también de la vivencia cotidiana de sus receptores, particularmente de su esposa Josefina Manresa; la representación de la cárcel y las dinámicas (de represión y censura) establecidas por el nuevo régimen, y por último, la situación de la práctica epistolar durante ese periodo español, en que la carta cobró un valor trascendental al revelarse, por una parte, como medio de comunicación más anhelada por los presos, y fuente para la represión y el control por los cuales las autoridades franquistas sometieron no sólo la práctica y el producto epistolar, sino antes bien, y a través de éstas, a los reclusos como a los familiares, por el otro. Bien señala Santos Juliá (2007: 157) que, además de las colonias y batallones, en las cárceles las ofensas, las burlas, las torturas, el asedio y el chantaje se convirtieron en prácticas habituales de represión contra presos y familiares, contra la sociedad civil “sometida a la censura militar en su correspondencia privada”, como a dinámicas de sometimiento, como la súplica y el perdón.

Desde luego, el conocimiento de estas referencias vitales, históricas, sociales, ideológicas y culturales nos ayudará a comprender el pensamiento y la acción de un hombre y un artista y su tiempo. A este punto, por todo, las cartas de Miguel Hernández resultan una fuente testimonial de suma importancia que sugiere nuevos temas de análisis a los sociólogos, críticos literarios y desde luego historiadores, quienes sin duda podrán reconocer de tal historia de caso, de la memoria subjetiva de Miguel Hernández, la vivencia en la guerra y en la prisión franquista, y como él, la de otros miles de personajes, imágenes y narraciones más humanas que neutralicen las historias míticas al cuestionar identidades colectivas y referentes culturales maniqueos.

CAPÍTULO I. LA CARTA. REFLEXIÓN TEÓRICA

PRELIMINARES

Escribir es la prueba fehaciente de que estamos solos; es querer negar la soledad; hacer lenguaje y construir un puente para la existencia; revelarnos en la palabra, sustancia innombrable que en el cuerpo nos habita; y escribir cartas, la voluntad de decir estoy aquí, en este otro lugar-tiempo existo. O bien, escribimos cartas para describirnos con y en la mirada del otro, testigo que en el pacto íntimo de las correspondencias certifica, revela, niega o nombra nuestra existencia. Escribimos cartas, tanto como sugiere Manuela Silva (1998: 28), para “ser visitados”, para hacer presente al ausente en el acto mismo de la escritura; y, en suma, escribimos (cartas) como una forma de permanecer.

Los recientes estudios sobre la carta han permitido reconocer en ésta los diversos alcances que la consagran más allá del cuadro de los llamados géneros menores frente a las formas discursivas de prestigio, pues además de su primera función pragmática-comunicativa, la carta resulta una fuente documental a través de la cual es posible conocer el trayecto de vida de un autor, los trazos primarios de su obra artística, o la manifestación de una obra literaria como tal, al mismo tiempo que, como recurso para la creación de subgéneros con valor literario y como discurso capaz de contener y revelar un conjunto de referencias históricas, sociales y culturales, nos ayuda a comprender la mentalidad y espíritu cultural y social, individual y colectivo en un contexto y época determinados.

Al ser la configuración teórica sobre la carta nuestro objetivo perseguido en este capítulo, a la ya conocida caracterización que de ella hizo en 1690 Vaumorière: “un message que nous envoyons à une personne absente pour lui faire savoir ce que nous lui dirions si nous étions en état de lui parler” (*apud* Poncioni-Mérian, 2003: 82), podemos sugerir otras más, y en principio nuestra elemental definición: la carta es un escrito de temas específicos o variados que un emisor dirige a un ser ausente; o en otras palabras, es un intercambio de diálogo escrito en el que intervienen tres elementos fundamentales de la comunicación: se trata de un emisor que envía un mensaje a un receptor y en cuyo texto se materializa la distancia espacio-temporal que los separa. Es un trueque usual y cotidiano de palabras, en cuyos trazos se revela información sobre la vida y el pensamiento de los individuos que la practican, y a su vez los de una colectividad cultural, ideológica e histórica en que es producida (Nascimento, 2004: 175). Es también un *medium*¹ de comunicación, que frente a los alcances tecnológicos de la actualidad, específicamente la Internet, ha tomado nuevas formas de presentación (como el no papel, o el papel virtual y la tinta seca), y otras transformaciones dignas de un estudio aparte.

Al respecto, en la introducción de *Genèse du “Je”. Manuscrits et autobiographie* (2000-2001) Philippe Lejeune cuestiona cuáles son los rasgos específicos que pueden

¹ En las ciencias de la comunicación, técnica de comunicación a distancia, como radio, prensa, televisión, teléfono, Internet, etc.

caracterizar al género autobiográfico, las similitudes o las diferencias entre la creación autobiográfica y la no-autobiográfica en un mismo autor, y las divergencias o los paralelismos en este tipo de producción entre diversos autores; en esta discusión retoma el pensamiento de Gérard Genette, quien en *Fiction et Diction* (1991) distingue las obras literarias que lo son de manera constitutiva (ficción o dicción), y las que lo son de modo condicional; Lejeune advierte que Genette “a confirmé récemment (*Figures IV*, 1999) qu’à ses yeux l’autobiographie n’était que conditionnellement littéraire: elle est donc constitutivement *autre chose*. Mais quoi?” (8). En esta perspectiva, podríamos cuestionar enseguida, como base para el desarrollo de nuestro capítulo, ¿cuáles son los componentes que definen, constituyen y caracterizan la carta?; ¿se trata de un género?, y siendo así, ¿cuáles son los elementos que lo configuran como tal? y ¿cuáles su dinámica, proporción y alcance?; ¿qué modelo de mundo representan?; ¿qué determina la relación entre sus elementos en la construcción de los mundos ahí representados?, entre otras preguntas que una vez resueltas nos permitirán realizar el análisis del *corpus* seleccionado (1936-1939) de la correspondencia de Miguel Hernández, es decir, los años de la Guerra Civil española, y en consideración las escritas después de la lucha armada, en los años de prisión, durante el régimen franquista (1939-1942).

Si bien el *corpus* epistolar de Miguel Hernández ha resultado y resulta a la postre una pieza fundamental en los estudios para el conocimiento sobre su vida y obra poética y teatral, conviene advertir que hemos encontrado pocos trabajos de investigación que, desde una perspectiva histórica, cultural y social, analicen el poder representacional de sus cartas producidas dentro del cuadro de la Guerra Civil. En este sentido, el presente trabajo busca dar luz sobre la representación de la Guerra Civil y la dinámica social y cultural que se vive en dicho periodo, tanto como sobre la propia imagen y experiencia de vida del autor, su pensamiento, posicionamiento y acción en ese contexto.

Siguiendo estas vertientes, estructuramos en dos partes el presente capítulo; la primera está dividida en tres subcapítulos en los que se trata respectivamente una breve contextualización histórica de la evolución epistolar; algunas referencias de la imbricación de la carta en el contexto social y cultural en que es producida, y que nos lleva a considerar un aspecto importante de la creación epistolar, a saber, la carta como un producto socialmente determinado, como veremos en el subcapítulo 3. La discusión de los aspectos teóricos de la carta servirá de sustento crítico para el análisis del extracto epistolar hernandiano, al revisar los elementos formales que la constituyen como un género *per se*; analizamos después la problemática que se desprende en torno a la ambigüedad de la carta por cuanto a discurso referencial en que llegan a confluír ficción y realidad, así como los aspectos generales tratados en el debate sobre la inclusión de la carta en la esfera literaria o sobre su literariedad.

PARTE I. CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA Y SOCIAL DE LA CARTA

1.1.1. Referencias históricas

Sabido es que desde tiempos inmemoriales ha sido posible la comunicación interpersonal gracias al uso constante de la carta, bien con sus formas específicas, siempre con la función primera de poner en comunicación a los ausentes. Desde los

inicios de la escritura, a fines del cuarto milenio, de acuerdo con Isabel Seara (*apud* Peixinho, 2008: 25), y en las civilizaciones orientales, es posible encontrar los rastros más antiguos de la práctica epistolar, y cuyo producto estaba dirigido no sólo a actores humanos con jerarquía política, sino a personajes divinos como prácticas y muestras de adoración.² A este punto, sin pretender realizar una historia de los orígenes de la práctica epistolar, sí parece conveniente señalar las consabidas referencias de autores griegos, como Homero, Herodoto, Tucídides, Aristóteles y Demóstenes, que dejaron gran registro de su práctica y concepción de la escritura epistolar. El carácter moral y filosófico patente en sus obras también se ve en los autores clásicos latinos, Cicerón, Séneca, Horacio, Plinio y Ovidio, y el uso de la carta ora como medio de comunicación, ora como espacio de expresión y autoexpresión de ideas íntimas y literarias. Igualmente ejemplares son las cartas bíblicas de san Pablo, en las que es posible conocer una perspectiva aleccionadora, lo mismo que moral, al revelar y difundir los preceptos divinos.

Sin embargo, fue en la Edad Media donde la práctica de la carta adquirió un estatuto rígido u oficial según las normas del *ars dictaminis* en lo que corresponde a la retórica epistolar (*salutatio, exordium, narratio, peroratio* y *conclusio*), sobre todo en el perfeccionamiento de lo que significaría la pieza clave de la carta medieval: la *salutio*, hasta entonces escrita de manera sencilla y humilde según las normas sugeridas por Cicerón. En este contexto, es relevante destacar las cartas de *Abelardo* y *Eloísa* como verdadero documento testimonio de una historia trágica de amor. En el Renacimiento, si bien con una función pedagógica, doctrinal, política y filosófica, por una parte, el uso de la carta ganó un estatuto renovado, cotidiano y multifuncional, por la otra, al adaptarse a una nueva coyuntura histórica, filosófica, política y comercial como efecto de los intercambios ultramarinos, en que fungen como verdaderos medios de información, testimonios de vida, relatos y crónicas de viaje, documentos históricos y hasta científicos, como es el caso de las cartas del jesuita portugués Pêro Pais, según demuestra en su estudio Fátima de Castro (2004: 27-36). Hasta aquí, en síntesis, si bien la epístola guardaba un carácter oficial y doctrinario, es verdad también que ganó una fuerte presencia en la esfera pública y cotidiana, como familiar y personal al revelar ya las marcas y los sentimientos del yo que la dicta en su relación con el otro.

1.1.2. La carta en el contexto social y cultural

Fue en la transición del siglo XVII al XVIII (Grassi, 1994) cuando la carta adquirió un lugar relevante o un protagonismo reservado dentro de las dinámicas culturales y sociales de escritura de la época, a decir, la novela y la poesía. Si bien desarrollada

² Al respecto, Ana Teresa Peixinho (2008: 25) cita otros estudiosos que tratan de la historia y los orígenes de la carta, por ejemplo, Julien Harang, David Barton y Charles Bezerman, quienes advierten la existencia de una serie de pruebas sobre el ejercicio antiguo epistolar. Julien Harang se refiere a “(...) billets administratifs de la dynastie d’Our, et d’une correspondance royale rédigés en sumérien, la plus vieille langue écrite de l’humanité”, al mismo tiempo que la presencia de documentos oficiales y familiares de escritura cuneiforme de la Mesopotamia, y las epístolas administrativas y político-militares en la Grecia antigua y el Próximo Oriente, que revelan ya un ejercicio sistemático o constante de la carta en la historia de la humanidad, de acuerdo con las propuestas de los respectivos autores.

sobre la *sanitas* y *neglegentia diligens* del *genus humile*, uno de los tres preceptos retóricos epistolares ciceronianos, además del *genus medium*, *genus behemens* que conforman su *genera dicenda*, la actividad epistolar se vio favorecida por sus propiedades de naturalidad y espontaneidad, así como por su carácter de verdad y sociabilidad que le fue reconocido según las normas ideológicas de la clase social emergente. Dichos alcances se vieron finamente explotados por Madame de Sévigné, la mayor exponente y representante del *neglegentia diligens* como el artificio oculto tras el tamiz de la espontaneidad y la naturalidad. Paradójicamente, estos aspectos de la retórica epistolar (la negligencia, la familiaridad y la coloquialidad) se convirtieron en paradigmas retóricos de tal práctica, perseguidos y alcanzados en siglos posteriores. Y es que, bien como advierte Marie-Christine Simon (2004: 43), escribir cartas “(...) est au XVIII^e siècle une pratique du quotidien et le signe d’une appartenance sociale, l’épistolière, plus que l’épistolier incarnant l’esprit mondain”, pues es verdad que, con el advenimiento de las nuevas prácticas culturales de la clase social burguesa, en que la configuración del espacio y la economía se tornó bipartita, es decir, un binomio entre lo público y lo privado, lo social y lo personal, a nivel público³ el ejercicio epistolar llegó a convertirse, como ya advierte Marie-Claire Grassi (1994: 23), en una práctica de/y escritura de clase y distinción; al mismo tiempo se tornó un medio apto para la comunicación a través del cual transmitir, afirmar o negar los valores y las creencias morales y sociales de la vida aristócrata y burguesa (Planté, 1998); en otras palabras, fungió como recurso pedagógico para la instrucción de las buenas costumbres y la aparición de las mujeres en la vida familiar y social burguesa (Díaz, 1998: 133).

En la esfera privada, en la que surge la intimidad, aquel espacio personal donde se guardan celosamente los secretos, las pasiones y los deseos más profundos, la carta, como la biografía, las memorias, los diarios íntimos, llegó a convertirse en el “cuarto propio” donde, como en un “sabio silencio” (Castellano, 1972), que es también discurso, la autoexpresión tuvo lugar para la revelación de las ideas nostálgicas del porvenir.

Nous savons en effet, depuis les travaux de Philippe Ariès, comment l’engeancement, la spécialisation, l’organisation de l’espace domestique noble et bourgeois, font que la famille de structure nucléaire a investi la maison de son intimité, de ses secrets et en fait un lieu où aucun regard indiscret n’est possible. (...) la lettre va devenir un lieu d’expression et d’écriture clos, cacheté, particulier et secret, propice à l’expression du moi à l’intérieur d’un autre lieu désormais intime délimitant un nouveau rapport à l’autre (Grassi, 1994: 20).

Efectivamente en las formas de sociabilidad de la clase noble y burguesa, la práctica epistolar adquirió un valor imprescindible como medio de información, comunicación y confesión: “(...) à la description de ‘ces petits riens’ qui font le charme d’une véritable intimité et qui nourrissent si bien le vide de l’absence” (Grassi, 1994: 18). En suma, la práctica epistolar osciló, antes como ahora, entre lo individual y lo colectivo, lo público y lo privado, de afuera hacia adentro y viceversa, etc. En este sentido, un estudio de la

³ Los espacios sociales públicos: el salón, el café, el teatro, los colegios, etc.

carta según el contenido, la función o el uso permitiría reconocer, en palabras de Grassi (1994: 23) “(...) la représentation mentale d’une catégorie sociale (...)”, pues es verdad que a través de tal análisis somos testigos del pensamiento, la identidad cultural e ideológica personal o colectiva en un contexto social determinado, toda vez que las cartas poseen un “(...) valeur de document, de témoignage d’un cheminement de la pensée, individuelle ou collective” (Grassi, 1994: 209-210), como enseguida advertiremos.

1.1.3. La carta como producto y reflejo de la sociedad

Escribir y comunicarse a través de cartas en el siglo XVIII se convirtió en una moda (Simon, 2004: 38), porque todo el mundo escribía cartas, ora convencionales, familiares, amistosas, íntimas, ora institucionales u oficiales, con el fin de mantener las “buenas relaciones” entre grupos y clases sociales, y transmitir las costumbres de la época; desde esa perspectiva, la carta afirma su valor como reflejo de la sociedad, y al mismo tiempo, como producto socialmente determinado (Michel Launay, *apud* Grassi, 1994: 10), pues, como ya vimos, si en la Edad Media se privilegiaba su poder de persuasión, el uso oficial, didáctico y doctrinario entre los intelectuales, y en el Humanismo, la flexibilidad de un medio donde expresar de manera natural y espontánea los pensamientos personales o colectivos, usuales o no, es verdad, por el otro, que en los siglos posteriores adquirió un lugar privilegiado dentro de las prácticas culturales y entre las manifestaciones de escritura cotidianas y de prestigio, no sólo por su carácter de verdad, realidad, honestidad e intersubjetividad, tan perseguidos entonces, por una parte, sino también por su propiedad multiformal y multifuncional comprobadas en la práctica de escritura e interacción social, por la otra.

Como medio de comunicación con poder relacional y espacio para la autoexpresión, las cartas “Rédiggés avec grand soin, [elles] prolongent des conversations, exposent des opinions et des idées variées, expriment des effusions sentimentales, et tout cela dans un style simple, aisé à comprendre, qui imite le langage parlé” (Quint, 2004: 18). En efecto, bajo el signo de una conversación por escrito atrajo el interés del público entre los siglos XVII y XVIII, en que el diálogo oral ejercía gran influencia en las formas de relación social pública; este carácter conversacional de la carta conquistó también la pluma de diversos novelistas (Díaz, 1998 y Dauphin, 1998), quienes encontraban en esta forma discursiva un medio para expresar libremente y mediante su poder de ilusión de realidad, los sentimientos, las emociones, las angustias, en fin, los deseos y las voluntades que hacían eco y ejercían influencia en los comportamientos de los grupos humanos del ochocientos; considérese las obras ejemplares como *La Nouvelle Heloise* (1761), *Les Liaisons dangereuses* (1782), inspiradas en las proposiciones y valores de la carta real; y las obras críticas sobre la práctica epistolar: *Modèles de Lettres sur différents sujets* (1761) y *Manuel épistolaire à l’usage de la jeunesse* (1822), de Louis Philipon De la Madelaine, y *Nouveau manuel complet théorique et pratique du style épistolaire et de différents genres de correspondances* (1858) de Henri Beschrelle (Planté, 1998 y Grassi, 1994).

Efectivamente, plasmados por el emisor, como práctica y producto cultural, la carta absorbe y representa en su seno valores morales, ideológicos, culturales sociales y políticos, que el destinatario aprueba o niega intratextualmente, y vehicula los conocimientos, las dinámicas y las acciones sociales y culturales de determinada época, de ahí también que Leonidas Morales llame a estos discursos, como la carta, la biografía, y el diario, “géneros discursivos referenciales”, en otras palabras, porque remiten a lo que Bajtín (1994) consideró como la “referencialidad de la vida”, es decir, la realidad extratextual histórica, social, cultural e ideológica, entre otros, que rodea al autor y la génesis del texto. Es cierto que resulta también una forma de expresión que torna “habitável a solidão” (Silva, 1998: 127), un “milieu non plus seulement habitable, mais aussi habité”, como sugiere Vincent Kaufmann (1990: 121), o un lugar para la liberación del yo, no obstante, un espacio de escritura determinado por las circunstancias y las ideologías que le rodean. En suma, además de representar un juego de poder relacional y reflejar los posicionamientos sociales de quienes la practican (Poublan, 1998: 216), la carta es también un discurso a la distancia, “soliloque d’âmes séparées (...)” (Díaz, 1998: 157); en fin, reflejo y producto de la sociedad, testimonio de comunicación y verdadero documento humano (Díaz, 1998: 167) de sentimientos e idiosincrasias diversas e individuales y colectivos.

PARTE II. ASPECTOS TEÓRICOS DE LA CARTA

1.2.1. Las formas de la carta

Con el interés de delimitar los criterios que definen al género epistolar como tal, Patrizia Violi (1999: 181) sugiere una definición primera sobre el concepto de carta y dice “es un intercambio de diálogo escrito”, cuya máxima característica es “la forma que ocupa la función comunicativa dentro de la epístola”. Una relación dialéctica, intersubjetiva entre un yo y un tú que en el plano de la enunciación adoptan funciones específicas propias del género. Y con razón, la forma de la función comunicativa en el texto epistolar adquiere particularidades *sui generis* que la distinguen frente a otro tipo de discursos, como el diario íntimo o la memoria.

De acuerdo con la distinción que a nivel de la enunciación establece Émile Benveniste entre el discurso y el relato, la carta se mostraría como un enunciado compuesto por elementos pronominales y deícticos propios de la Situación de Enunciación: un Yo que dirige un mensaje a un Tú en un tiempo y un espacio específicos de la creación y la recepción del mismo. Según esta distinción, señala Violi (1999: 183), la carta resulta “(...) una producción lingüística perteneciente al discurso (...) también como un género en el que los indicios de la enunciación (que separa al discurso del relato) son constitutivos del propio género”. En otras palabras, es la carta un enunciado en primera persona, que revela el presente de su enunciación y los elementos deícticos espacio-tiempo de su producción en correspondencia con el tú, receptor de la carta. En ella, los sujetos reales (remitente y destinatario empíricos) adoptan las figuras del narrador y la del receptor, respectivamente, que en el relato pueden o no coincidir con las del sujeto real. Aclara también que la presencia de uno está marcada por su firma, y la del segundo, por la evocación hecha en el

encabezamiento del texto; es decir, que si bien el primero puede ocultar su identidad, no así su presencia (1999: 184) en el propio discurso.

Pero esta relación narrador-receptor es más específica y necesaria en la carta como en ningún otro tipo de texto, pues se trata de una relación dialógica donde la figura del receptor adquiere una función trascendente, ya que paradójicamente sin su presencia, queremos decir, sin su presencia y función como tal, la carta no existiría, sería confesión, soliloquio, diario íntimo o monólogo. El receptor, habremos de acrecentar, “(...) es el *locus* de una serie de competencias y modalidades en cuanto que la carta realmente lo constituye como receptor (...)” (Violi, 1999: 185). Marie-Claire Grassi (1994: 23), de acuerdo con Alain Girard, señala el poder relacional de la carta, pues a diferencia del diario íntimo, aquélla es un texto dirigido a otro y del que espera una respuesta, una reciprocidad constante: “(...) contient un appel, attend une réponse, annonce ou poursuit un dialogue, elle est une rupture de la solitude et un instrument entre deux consciences” (Grassi, 1994: 219). Por su parte, Janet Altman advierte que “Epistolary discourse is thus a coded –although not necessarily an obscure– language, whose code is determined by the specific relationship of the *I-You*” (1982: 120) y Yannick Séité (1998: 104), al comparar la epístola con el diario íntimo, dice “La lettre suppose un destinataire que le journal intime exclut. Qui écrit son journal est à la fois son propre auteur et son propre lecteur. (...) destinataire prestigieux de son discours (...)”; en la carta, el receptor es el destinatario prestigioso y motivo primario de la correspondencia; es el tú, el otro, que bien posee una doble competencia al revelar el conocimiento específico extratextual e intratextual, “que más que referirse a un solo texto de carta enriquece el discurso adicional construido sobre el conjunto completo de las cartas que dos personas se escriben entre sí” (Violi, 1999: 194).

Además, el receptor resulta una figura doble o ambigua, por figura real y construcción textual, que afirma o testimonia una serie de conocimientos, una idiosincrasia. Con todo, en este acto solitario de gesto epistolar uno es su destinatario primero, “calhada testemunha”, juez y víctima, autor y lector de nuestra correspondencia epistolar. Entonces, la evocación del otro, real y concreto, es apenas visible, es la imagen traslocada o distante a la de quien escribe, cuyo espacio va llenando con la afirmación y el conocimiento de sí. En ese sentido, el diálogo con el otro que supone el acto epistolar pasa a ser un “monodialogo” (Silva, 1998: 129), un acto de autodestinyación circunstanciado. Pero es esta figura real y textual quien refleja la imagen del yo que enuncia; él afirma o niega los valores, las tradiciones, las costumbres personales o colectivas proyectadas por el autor epistolar en su texto. Es el testigo y el fiel confidente, si se trata de una carta privada, e íntima, que refleja el pacto de la complicidad y la alianza explícita y personalizada entre él y su interlocutor, bien por las marcas de amistad, la reciprocidad de sentimientos y secretos, bien por el uso del lenguaje coloquial y/o los lazos de parentesco, etc., o temas, que no de reglas específicas exigidas por la carta formal o prescriptiva (Violi, 1999: 199-200).

Así, como en ninguna otra forma discursiva, la intersubjetividad, la dialéctica entre el Yo y el Tú de la comunicación adquiere tanto poder como en la carta, y es que consiste en un discurso de la distancia y la ausencia, causas primeras de su origen, y a

las que paradójicamente pretende negar. En ese sentido, lo que podríamos llamar como anfibio de las letras guarda en su seno una forma contradictoria (Altman, 1982), o más específicamente, un doble poder de representación, porque al mismo tiempo que niega y oculta, también revela la distancia y la ausencia espacial-temporal; en otras palabras, si por un lado la carta permite hacer presente al ausente en los márgenes que permite la propia comunicación escrita, es verdad que, por el otro, se torna un medio de difícil tránsito, pues nos introduce en un espacio espectral que revela y oculta, une y separa y coloca en un prisma la relación interpersonal del yo y el tú de la comunicación. Entonces, la carta es la piel que, como en el pacto íntimo de los amorosos, marca el adentro y el afuera, el aquí porque en otro lugar, espíritu y cuerpo en un mismo ser. Como la piel, es el diario en el que se inscribe y describe la vida, poesía y convulsión. O, como enunció ingeniosamente Ramón Sijé, es la carta-baraja, la vida/la muerte, el juego de azar, que lleva y trae, “el cubilete del sí y del no (...)”.

Si bien producto de la distancia, “(...) c’est la distance qui provoque la relation épistolaire. Elle est triple: spatiale (...) temporelle (...) subjective” (Poncioni-Mérian, 2003: 82), la carta es, como bien señala Manuela Silva (1998: 129) un “tercer cuerpo” que, más que interponerse, conduce al yo como en un intersticio por el que transita la fuerza abrasadora de dejarse ir como en letras de papel a las manos del tú, que ansioso o con recelo nos espera, y en la intimidad reinventa y recrea o descodifica nuestras palabras. Se trata de un diálogo en y de la ausencia que, en el momento de la escritura, a nuestras solas, en esa “ocupação celibatária”, según afirmación de Jean-Louis Cornille (*apud* Silva, 1998: 129), nos permite revelarnos o enmascaramos (porque también nos revela lo que ocultamos o pretendemos ocultar) entre voces y “silencios” que se entretejen en el discurso (epistolar). Janet Altman (1982: 185) habrá dicho, “portrait or mask”, porque discurso dirigido, y por tanto, moldado según las exigencias del receptor a quien el emisor desea seducir con sus palabras y obtener una respuesta, lograr una complicidad y un tráfico de ideas emocionales, intelectuales, ideológicas, etc. Y es que estas características de reciprocidad y autoreferencialidad distinguen la carta como un género “Because the notion of reciprocity is such a crucial one in epistolary narrative, the moment of reception of letters is as important and as self-consciously portrayed as the act of writing. (...) In other form of dialogue does the speaker await a reply so breathlessly; in no other type of verbal exchange does the mere fact of receiving or not receiving a response carry such meaning” (Altman, 1982: 121).

Por todas estas características de la carta en su doble poder de representación, se desprende un tópico de discusión más: la determinación de la carta como espacio en que pueden confluír ficción y realidad, como se verá en los siguientes párrafos.

1.2.2. La carta-ficción y realidad

Marie-Claire Grassi (1994) señala que la epístola real tiene la característica de revelar al hombre en su *dasein*, el aquí y el ahora, su presente o momento y circunstancias reales que rodean la enunciación de su texto. No obstante, aún la carta real guarda dosis de ficcionalidad. Con sus palabras podemos preguntar: “(...) dans toute lettre n’y aurait-il pas une part de fiction et une part de réalité?” (1994: 221). Pero, ¿y

qué podemos entender por ficción y ficcionalidad? Por su parte, Claudio Guillén (1998) cuando trata del estatuto literario o literariedad de la carta, y que más adelante retomaremos, sugiere un acercamiento al concepto de ficcionalidad epistolar. Para Guillén, ésta es una categoría que acompaña siempre la escritura de la carta y está unida al de su literariedad. Para este autor, una carta puede conducir al cuadro de la ficción, ya que permite al escritor de cartas imaginar mundos posibles o “fccionales”, desde la base del pacto epistolar establecido entre el yo y el tú, o los otros elementos partícipes de la correspondencia: “De ahí la ambigüedad del producto, de su referencialidad, de la llamada vida real, a mitad de camino entre lo que somos y lo que creemos o hacemos creer que somos” (Guillén, 1998: 184-185), pues la carta no sólo comunica, sino que acentúa su poder como espacio para la creación, al desencadenar “(...) una fuerza de invención progresiva (...)” e ir construyendo “(...) ámbitos propios, espacios nuevos, formas de vida imaginada, ‘otros mundos’ (...) dentro del mundo corriente y cotidiano de los destinatarios” (185).

Ciertamente, a este proceso de crear, imaginar una voz nueva del autor, “una imagen preferida de sí mismo, unos sucesos deseables y deseados, y en suma, imaginando” (185) lo llama Guillén, ficcionalización, es decir, el proceso de construcción textual de mundos ficticios, accesibles desde la propia realidad, pero cuyos referentes se inscriben en un modelo de mundo textual ficcional; en otras palabras, en referentes que parecen ser reales, pero que no tienen correlato fuera de la realidad, no existen fuera del texto mismo. Advierte además que este proceso de ficción del texto epistolar ocurre dentro de “lo que pretende no serlo” (185), es decir, sobre la “ilusión de la no ficcionalidad”, un presupuesto que condiciona la construcción textual epistolar toda vez que es un discurso dirigido, asentado en el principio de verdad. Entonces, en esa visible oscilación de la carta, preguntamos con Claudio Guillén (1998: 185) “¿Quiere ello decir que la carta es ambiguamente real, o si se prefiere, parcial u ocultamente ficcional?” Y si guarda ese lado de ficcionalidad, ¿de qué manera ocurre el proceso de ficcionalización?, ¿qué modelos de mundo representa? Y esta tendencia hacia lo ficcional ¿determina su literariedad?

Bien que discurso referencial (Morales), y del aquí que remite a otro lugar, punto de partida y de llegada, como se ha venido señalando, la carta es también la puesta en escena de voces o polifonías, “comerce avec des ombres, des reflets, ou des fantômes” según Kafka (*apud* Kaufmann, 1990: 136) o, mejor aún, “teatralización del diálogo” (Altman, 1982). Para Claudio Guillén (1998), este comercio de palabras tiende hacia la ficción mediante el “doble pacto epistolar” y sobre la “ilusión de la no ficcionalidad”; de acuerdo con este autor, el doble pacto epistolar consiste en la complicidad establecida entre el autor real de la carta con el tú, el receptor real o empírico, quienes se conocen (o pueden conocerse) y pueden llegar a aceptar una doble identidad, es decir, la real y la textual. Tanto el primero como el segundo pacto epistolar consisten respectivamente en la aceptación por parte del lector empírico de la vinculación del yo textual con el yo-autor real, y para el segundo tal condición más la aceptación de éste yo real de la existencia del lector y la correspondencia con el tú textual; en el último caso, esta vinculación condiciona la creación del discurso epistolar en que el autor de la carta

posee la ventaja de ficcionalizar el texto epistolar, al ofrecer a partir de referentes del mundo real, “efectivo” un “mundo de lo verdadero”,⁴ que por su lado, el lector o lectores pueden aprobar según el grado de confianza en la identidad del yo-autor y yo-narrador, y en la “referencialidad de lo que cuenta o describe” (189). En suma, podemos decir que la ficcionalización es un proceso textual donde ambos reconocen estos vínculos y aprueban el modelo de mundo de lo verdadero, o parafraseando a Claudio Guillén, de lo posible, aunque no palpable que el texto epistolar ofrece, antes como ficción que como mentira o simulación.⁵

Es cierto además que la carta oscila entre la realidad y la ficción al ser un discurso de la ausencia, un discurso dirigido y de polivalencias espaciales-temporales y al unir mágicamente y revelar en un solo cuerpo realidad-ficción y ficción-realidad; en primer lugar, por cuanto a su poder de relacionar sujetos reales y sujetos textuales, recrear mundos reales en mundos posibles; especular entre la realidad y la ficción como vemos, al trasladar y “(...) recreer un univers fictionnel” (Grassi, 1994: 213) transponiendo e imaginando las experiencias vividas del sujeto que las enuncia en un texto, y por otro lado, por la trasposición del presente actual, que es el acto mismo de la escritura, hacia un futuro, es decir, el de su lectura y relectura. La carta resulta así “(...) une parenthèse fictionnelle dans le vécu de l'épistolier”, transportado a la hoja de papel (o la página virtual), donde las historias vividas son recreadas en la mente y representadas en la ausencia de un ser real, aunque también imaginado y en ese sentido ficcionalizado en la mente del autor epistolar, que lo evoca, lo recuerda, lo imagina allá, en otro tiempo-lugar, como el lugar mismo de la lectura. En segundo lugar, ficción-realidad, por hacer presente al ausente, proyectar una polifonía temporal “(...) the actual time that an act described is performed; the moment when it is written down; the respective times that the letter is dispatched, received, read, or reread. (Such time lags distinguish epistolary from theatrical dialogue)” (Altman, 1982: 118), y por imaginar, en el momento de la lectura, el de la escritura.

Otra de las particularidades que hacen de la carta un lugar para la ficción es su capacidad de funcionar como discurso autorreferencial, al hablar de sus alcances de comunicación (Violi, 1999), y como un espejo: “The letter is a prime instrument of revelation and discovery, so that the act of reading in epistolary fiction often corresponds to the classical moment of recognition (Aristotle's *anagnorisis*), be it through a rereading of one's own letters or a close scrutiny of the letters of others” (Altman, 1982: 92). Además, porque una carta, como advierte Ramón Sijé, “(...) ocupa toda una vida, tal es el volumen espiritual y su densidad humana. Porque nos ofrece, para que la resolvamos, la cuestión de la *decisividad*⁶ que va a determinar nuestra vida y muerte (...) nuestra suerte: de vida y muerte: de libertad (...)”. La carta, el quita y pon,

⁴ Claudio Guillén retoma la propuesta de Tomás Albaladejo (*Semántica de la narración: la ficción realista*, 1992), quien distingue tres modelos de mundo en que se puede situar los textos literarios, y por tanto ficcionales: “modelo de mundo de lo verdadero, de lo ficcional verosímil, de lo ficcional no verosímil” (Guillén, 1998: 189).

⁵ El fingimiento implica la simulación; simular es un “género de mentira”; disimular, “ocultar sin falsedad” (Guillén, 1998).

⁶ Las cursivas son nuestras.

como un juego de azar, es la apuesta frente a los devaneos de la realidad: presas en los nodos de las manos, es la pluma obediente y fiel a lo que dictamina mente y corazón, según el grado íntimo o cómplice del pacto interpersonal. Escribir o no escribir, esa es la cuestión. Retratarse o enmascararse; revelar la ardiente llama que inflama nuestro espíritu u ocultarla en el silencio, en los intersticios callados, pero presentes, que ocultan y revelan nuestro espíritu o mentalidad. Por eso la carta es “*mémoire, donc sélection*” (Grassi, 1994: 221).

No obstante es, quizá por ello, que algo se extravía, una parte de lo que somos se evapora; no sólo por lo que el emisor niega revelar conscientemente al otro o por las exigencias que dictan las circunstancias reales, sino también porque la posibilidad de estar *in situ* frente a nuestro destinatario, e intercambiar gestos y funciones se ve reducida por los márgenes que impone la sola lectura y la distancia espacio-temporal. Pero es con todo, como señala Quinto Antonelli (2005: 154), que en la misma práctica de la escritura “Hay (...) un evidente alivio de la tensión psíquica provocada por la reclusión, o, como escribe Stefano Ferrari, la escritura crea un verdadero proceso reparador, ‘o sea, el escribir, como ocasión y recurso para superar y para elaborar la afeción ligada a determinadas experiencias percibidas como traumáticas’”. En el mismo sentido es que Antonio Gibelli (*apud* Antonelli, 2005: 154) plantea la tesis de la escritura epistolar como terapia (en el contexto de la guerra y la prisión), pues, en efecto, la carta servirá como una herramienta para aliviar el dolor al permitir el “monodílogo” (Silva, 1998), la comunicación de la propia existencia real del sujeto que enuncia y hacer presente al ausente:

En ciertos aspectos, por lo tanto, la carta resulta una terapia, deviene un medio de autoconversación: escribir a casa y recibir el correo son, ante todo, modos para aliviar el dolor de la distancia y el horror de la situación que se vive, recomponiendo de algún modo los elementos de una identidad amenazada. Así se entiende la necesidad casi obsesiva de recibir correo, testimoniada por la abundancia y expresada a menudo con una obstinación difícil de explicar de otro modo. Y, además, una necesidad de escribir con una intensidad decididamente desproporcionada con respecto a los hábitos y las aptitudes de los protagonistas.

Hasta aquí, en general, como advierte Altman (1982: 187), la carta resulta un discurso de lo paradójico y contradictorio, porque es presencia/ausencia, máscara/retrato, aquí/allá, yo/tú, continuación/descontinuación de la escritura, por tanto y además realidad/ficción, estructura constante y circular (Grassi, 1994: 222) que proyecta dos seres o realidades en un mismo cuerpo. Es el palco donde ocurren y se diluyen las escenas de historias verdaderas o historias ficcionales; es el umbral que conduce a la catarsis, al encuentro con el pasado, el presente y el porvenir del yo y el tú de la correspondencia; es también una forma de inventar(nos) y recrear(nos) con y en la palabra, al describir las coordenadas reales, emocionales, intelectuales de nuestra existencia con el íntimo y cómplice Otro de nuestros recuerdos y vivencias, textuales, extratextuales e intratextuales. En palabras de Janet Altman,

To write a letter is to map one's coordinates –temporal, spatial, emotional, intellectual– in order to tell someone else where one is located at a particular time and how far one has traveled since the last writing. Reference points on that map are particular to the shared world of writer and addressee: underlying the epistolary dialogue are common memories and often common experiences that take place between the letters (Altman, 1982: 119).

Por todo, son las cartas una puerta de comunicación, representación y autoexpresión de voces y realidades diversas, y que en su tónica y composición artística le pueden otorgar también un lugar reconocido en la literatura.

1.2.3. El lugar de la carta en la esfera literaria

Si bien que, por un lado, se reconoce y explota de la carta real su poder de conexión intersubjetivo, la flexibilidad y la adaptabilidad a las circunstancias y temas diversos, es verdad, por el otro, que, a lo largo de los años ocupó un lugar marginal de entre otras formas discursivas de prestigio, debido según a su carácter espontáneo, negligente y natural, y por ende poco verdadero e insidioso (Planté, 1998); esto indica, desde luego, y por una parte, el carácter de la carta como producto condicionado socialmente y reflejo de ideologías y formas culturales marcadas por la clase social con jerarquía, tanto como por las normas y afanes artísticos establecidos en un periodo determinado. Esta valoración de las características de la carta real y su inclusión en las prácticas de escritura literaria despertó una problemática ya antigua que fue encaminada por diversas sendas, y que retoman diversos estudiosos de la materia.

Así, por ejemplo, Brigitte Diaz (*apud* Peixinho, 2008: 34) enfoca este tópico en la distinción entre cartas comunes y cartas literarias, según su valor funcional y estético. Para sustentar tal idea, advierte que la escritura epistolar puede funcionar como un espacio para la creación artística toda vez que se convierte en un reservatorio de temas, ideas, estilos y pasajes vividos que nutrirán o llegarán a conformar el cuerpo de la obra artística, como también propone Vincent Kaufmann, en *L'équivoque épistolier*. Para este autor, la escritura epistolar puede funcionar como un laboratorio de iniciación artística, que tal vez permita alcanzar la obra literaria: “Elle accompagne le travail de l'écrivain, elle lui permet d'éprouver, dans sa relation à un autre déjà absent, une forme particulière de parole avec laquelle il se tient au plus près de l'écriture proprement dite” (1990: 8). El gesto epistolar, sostiene este autor, es un “equivoco” donde la afirmación de la distancia por parte del autor permite crear un espacio abierto para la creación:

Mais peut-être est-ce surtout de son éloignement dont on fait alors l'expérience. Il y a en effet dans le geste épistolaire une fondamentale *équivoque*, dont l'exploitation conduit aux frontières de l'écriture poétique. La lettre semble favoriser la communication et la proximité; en fait, elle disqualifie toute forme de partage et produit une distance grâce à laquelle le texte littéraire peut advenir (Kaufmann, 1990: 8).

De ahí la riqueza, pero también la ambigüedad de la carta, pues al mismo tiempo que niega la distancia, la afirma, la muestra, la explota; la distancia es su destinación, como en Flaubert y Kafka, quienes la cultivan, la anteponen para crear, como le permite al

segundo autor, un “espacio mental privado” donde trazar estilos o rasgos estéticos de los que resultará la obra literaria “Il aura investi cet espace, produit par l’écriture des lettres, mais dans lequel peut advenir, en sous-main, une autre écriture, celle qu’on dit véritablement littéraire” (Kaufmann, 1990: 24). Con todo, la tesis de Kaufmann remite para autores cuya génesis estética es posible afirmar en una obra literaria reconocida, a diferencia de Madame Sévigné.

Por otro lado, como “Amorphous instrument” (Altman, 1982: 185) o forma discursiva fronteriza, la carta posee la capacidad de confluir en los márgenes de otros tipos de textos (archivo, testimonio, relato histórico, crónica de viaje, confesión, diario íntimo), como ya se ha venido señalando; y es que su poder de vaivén la colocan, a nuestro juicio, en una forma de comunicación singular toda vez que aparece y participa en las convocatorias hechas por otras formas discursivas, (la novela, el periódico, el ensayo y el teatro) a cuyos fronteras se instala y participa, como un mecanismo generador de tensión dramática o móvil de la acción escénica, por ejemplo, según demuestra Cláudia Braga (2004: 139-153), en su estudio sobre las cartas en el teatro de Coelho Neto. Así, en las palabras de Flávia Nascimento, la carta es un ser permeable, con una identidad híbrida

La richesse et la variété de thèmes sont le propre de la lettre, qui ‘peut traiter de tous les sujets, passer de l’un à l’autre dans une prolifération parfois très inquiétante’. La lettre est en effet une structure creuse, amplie par les individus au fur et à mesure des circonstances et des événements, selon leurs dispositions momentanées. Objet changeant, donc, qui évolue continuellement au gré du va-et-vient que constitue cette communication réciproque et décalée dans le temps et l’espace. D’où la nature hybride de ces textes indociles, qui se dérobent à l’identification générique et qui sont, ainsi, un ‘genre littéraire introuvable’, flottant ‘entre des catégories floues: archives, documents, témoignages’. (Nascimento, 2004: 171)

Entre las categorías imprecisas, como señala Brigitte Diaz en *L’Epistolaire ou la pensée nómada*, según cita Flávia Nascimento, la carta posee una identidad nómada, al ser de vaivén, es decir, al confluir en diversas fronteras discursivas, más que ningún otro tipo de texto. También es verdad que, siendo un discurso para el otro, resulte un espacio para la discusión y tratamiento de temas diversos entre el autor y el receptor, quien podrá reconocer del emisor, las posiciones ideológicas, la relación con sus contemporáneos, las actitudes frente a los acontecimientos de la época, o el telón de fondo (lo social, cultural, histórico, etc.) que acompaña la creación de la obra artística del autor de la carta.

Para Roger Duchêne (*apud* Peixinho, 2008: 33-34), llevar la carta real a la esfera literaria es un asunto serio, pues pensar que es un proceso simple significaría considerar que la obra artística nace del azar creativo, sin registro de un autor o sistema al que obedezca;⁷ ni tampoco puede ser por la sola clasificación al considerar cartas del

⁷ En palabras del autor, considerar simple tal paso significaría que “l’ouvre d’art peut naître spontanément, sans ligne directrice et sans la intervention d’un auteur, par le jeu des circonstances et les hasards du génio” (Duchêne *apud* Peixinho, 2008: 33).

universo de lo privado como productos literarios, y que por tanto las colocan dentro del mundo de lo público; para ello, Duchêne distingue entre las cartas escritas por el “epistológrafo”, es decir, quien las escribe para un destinatario específico, y reconocidas por un público sólo después de su publicación, y “autor epistolar”, aquel que las dirige a un destinatario abierto y colectivo, aclarando así la distinción entre producción epistolar y literatura epistolar.

Por otro lado, Geneviève Haroche-Bouzinac (Peixinho, 2008: 36) señala que, entre cartas comunes y cartas literarias, los factores determinantes son la manifestación del deseo de creación artística antes que de comunicación; el interés por lo literario y el reconocimiento de este carácter por un receptor más amplio. Sintetiza Ana Teresa Peixinho (2008) que los elementos para la distinción entre la carta real y la carta literaria y su inclusión en el terreno literario tiene que ver, para el primer caso, con el valor estético que le otorga su estatuto de verdad y sinceridad. Pero este poder de verdad de las cartas reales debe ser relativizado “(...) mesmo tratando-se de cartas reais, pois o epistológrafo tem sempre tendência, na relação com o destinatário, a criar imagens de si, a transfigurar a realidade” (Peixinho, 2008: 35), a moldarla según sus propias expectativas y las que imagina o proyecta y espera recibir en acuerdo con su destinatario. O, para el caso de las segundas, responde a su capacidad para crear un sentido estético textual virtual y no utilitario; o en palabras de António Ribeiro (2001: 75) cuando trata de las características para delimitar el concepto de literatura, tiene que ver con su capacidad para “transformar os problemas ‘contextuais’ em problemas imanentes”. A propósito de esta demarcación, Claudio Guillén (1998) distingue entre lo que pertenece al mundo de lo posible, lo ficcional y al mundo de lo real; con todo “A complexidade desta questão reside no facto de não ser possível rastrear de forma inequívoca, um conjunto de marcas de ficcionalidade, capazes de garantir a classificação dos textos, pois, como adianta Umberto Eco, tanto do ponto de vista lingüístico, como do ponto de vista temático, as narrativas reais e as ficcionais podem ser indistintas” (Peixinho, 2008: 34).

Claudio Guillén señala que la literariedad de una carta responde a una tendencia, a la elección y la opción del autor (de la carta) por los “alicientes genéricos” que transitan en un cauce de comunicación (narrar y representar, escribir, leer, etc.) ofrecidos por “los sistemas de convenciones que rigieron determinados periodos o épocas del pasado de la literatura” (1998: 204). Para el teórico español, la literariedad es una categoría que no responde a una mera desviación del lenguaje ordinario, sino también a la conformación de una diversidad temática, el lenguaje metacrítico o metaliterario o “conciencia crítica” que la carta puede contener; la relación interpersonal, que condiciona el discurso; las tensiones históricas de los procedimientos que regulan en cierto momento la escritura, y sobre todo, la acción de reconfiguración que lleva a cabo el escritor, toda vez que es consciente de los códigos del género para construir su propia personalidad o singularidad textual: “(...) la acción decisiva del escritor, que no consiste en una mera puesta en práctica de un esquema previo. De ella arranca la opción que, como explicaba García Berrio, anuncia la literariedad (...) la conducta activa del escritor, a través de lo que admite, hace o sobre todo rehace; pero también de lo que rechaza o no utiliza”

(Guillén, 1998: 205); esto que se ha llamado “‘género autorial’ no coincide con ninguna obra previa, con ningún modelo suficiente, pero tampoco significa que el género pasa a incorporarse a la obra nueva como estructura immanente y unívoca contenida en ella. ‘El género se va conformando al tiempo que la utiliza’” (206), y es que, en este sentido, bien como dice Marie-Claire Grassi (1994: 210), “Tout geste d’écriture est unique, tout style est spécifique, circonscrit à la personnalité du scripteur, tout est reflet d’une démarche singulière comparable à nulle autre, même si dans de nombreux cas, la correspondance d’un auteur est le témoignage d’un champ social, d’un usage traditionnel de la lettre”. Finalmente, porque la incorporación de la carta a la literatura responde según sugiere Gérard Genette, como vimos en los primeros párrafos de este capítulo, a un proceso histórico de reconocimiento de las propiedades que la constituirán condicionalmente como literaria, es decir, responde a padrones estéticos reconocidos como tales en una época dada.

Como hemos podido presentar, es la carta no sólo y esencialmente un medio de comunicación entre ausentes, sino también un recurso documental que testifica el transcurso de una vida individual y colectiva, así como las dinámicas sociales, culturales, ideológicas e históricas que ella misma vehicula, absorbe y representa de una colectividad y una época determinadas, y que al mismo tiempo la determinan como producto, en su materialidad, estructura, contenido, etc.; en otras palabras, la carta no es sólo y esencialmente un medio de comunicación, sino una fuente documental y representacional discursiva. En este sentido, Florence Callu habla de las cartas como manuscritos y dice que como tal resultan “(...) monuments que nous respectons tous. Grâce á eux, nous avons des informations de première main sur la biographie de l’auteur et même parfois sur la genèse de telle ou telle oeuvre. Ils donnent aussi une image fidèle du milieu culturel où il a évolué pendant une période donnée” (*apud* Peixinho (2008: 496), desde luego, condicionado por la mirada e intereses del yo y el tú así como por las circunstancias que los rodean y están inscritos en el texto mismo.

Merced su capacidad multifuncional, multitemática y multiformal, este diálogo por escrito permite la comunicación cotidiana y práctica entre seres ausentes, por un lado, tanto como tornarse un espacio abierto a la creación artística y la discusión íntima, personal o social entre uno o más correspondientes comunes. Revisamos cómo a nivel formal, la función que adoptan los elementos comunicativos dentro del texto carta, la convierte en un género *per se* y la dotan de características *sui generis*. Según la propuesta lingüística de Émile Benveniste, la carta se inscribe en el cuadro de la enunciación al poseer tres elementos del discurso, pues se trata de un Yo que enuncia en primera persona un mensaje a un Tú, y la presencia de elementos deícticos (Espacio-Tiempo) particulares. Y es que la existencia de estos componentes de la comunicación adquiere un carácter ambiguo a nivel del discurso, cuando los sujetos reales, el autor y el receptor empíricos se convierten en seres virtuales o textuales, tanto como los propios deícticos, a la postre elementos productores de “efectos de realidad”.

En este punto, son diversos los autores, como hemos podido observar, que confirman la **ambigüedad referencial** de la carta como una de sus características

principales, lo mismo que su carácter paradójico o contradictorio (Altman, 1982); y es que la carta (1) es un discurso de la ausencia que al mismo tiempo que niega revela; (2) establece una polifonía espacial-temporal en que se ubican los correspondientes; (3) bien que discurso referencial, es decir, que proyecta una realidad extratextual compartida entre el autor y el receptor empíricos, (4) puede construir y proyectar mundos ficcionales sobre la “ilusión de la no ficcionalidad”, según también el grado del pacto epistolar; (5) en esa perspectiva, este anfibia y nómada de las letras tiene la propiedad de ser multiformal, multifuncional y multitemático; (6) pues también es un discurso de sí, es decir, de su capacidad y función comunicativa; (7) y que permite la anagnórisis al autor y al receptor; (8) es una forma discursiva relacional y dialógica abierta a la reflexión, el debate y el ensayo (laboratorio) creativo, y que, en ese sentido, resulte tal vez un “cauce de comunicación” (Guillén, 1998); (9) y puede oscilar entre lo privado y lo público, de lo individual a lo colectivo, etc.; de lo real, a lo ficcional.

Diálogo a dos voces de consciencias (Grassi, 1994: 219-221), la escritura de la carta es también una ruptura con la soledad, que permite no sólo y esencialmente (1) comunicarse, sino (2) autoexpresarse, como (3) “Actualiser à la fois l’Histoire, c’est-à-dire une vision du monde, un rapport à la société, aux normes, aux événements, et un rapport à une propre histoire, à un vécu”. O, siguiendo las lúcidas palabras de Ramón Sijé, es el palco donde se representa las diversas escenas de la vida: “el mundo interior, personal, escondido, de un hombre y de su figura histórica, de su sombra: el mundo aprovechable, los materiales creadores, que en el poema, el lienzo, la novela o la marcha fúnebre, aparecen encubiertos con el antifaz de la ornamentación aparatosa –estilística– del arte: la intimidad vital e imaginativa del creador y el juego de su creación...” (*apud* Sánchez Vidal, 1992b). En fin, escribir cartas reinventa y revive la memoria, que inevitable, es agudo testimonio de la realidad, fragilidad o finitud; a través de ella se revela la sustancia moral, ideológica, histórica, cultural de quien la escribe y la lee en un pacto epistolar; en esa perspectiva, la carta resulta una vía para conocer la vida y el pensamiento de su autor, el estado activo, convulso, si se quiere, de una época y una sociedad, y una página de la historia, pretendidamente olvidada, ignorada, entredicha, prohibida, en los intersticios impuestos o autoimpuestos al y por el autor.

Sobre estas anotaciones teóricas generales sobre la carta, en los capítulos siguientes por los que transitará el posterior análisis de las cartas de Miguel Hernández escritas poco antes de la guerra, y esencialmente las del *corpus* seleccionado (1936-1939), sin descartar las escritas en la prisión, se pretende dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿cuál es el modelo de mundo que revelan las cartas de Miguel Hernández?, es decir, ¿cuál es la representación en ellas de la realidad social, ideológica y cultural en el cuadro de la Guerra Civil?; ¿qué revelan del ser que las enuncia y de su comprensión del mundo (la guerra)?, o en otras palabras, ¿de qué manera el modelo de mundo exterior es absorbido y representado por el autor en sus cartas?, ¿y en qué medida determina este mundo su vida, acción epistolar y literaria?, ¿cuál es la relación de sus cartas con la obra poética y periodística conocida del autor, es decir, qué determinan éstas del carácter de las cartas?, ¿resultan sus cartas documentos informativos de la realidad aun sin ser confrontadas con la obra literaria, poesía y textos de prensa?, etc.

CAPÍTULO II. CONTEXTUALIZACIÓN: MIGUEL HERNÁNDEZ Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

PRELIMINARES

En el capítulo anterior vimos que la carta guarda no sólo un poder relacional al poner en presencia a los ausentes, mas también representacional, al revelar del emisor y el receptor diversos rasgos que ofrecen una imagen de ambos y del contexto en que se produce y se lee la carta. En el discurso epistolar cabe la posibilidad de reconocer la realidad descrita por el autor de la epístola, no obstante puede tratarse de un discurso configurado o determinado según las expectativas del destinatario como por la propia intención del autor, esto es, aludir a una realidad común y real bajo el pacto epistolar y distante de la “ilusión de la no ficcionalidad”, o apuntar a una realidad ficcionalizada, y aceptada como tal por los correspondientes, bajo el doble pacto epistolar (Guillén, 1998).

A continuación veremos la funcionalidad de las cartas como medio de comunicación, mas sobre todo como espacio de representación de una historia de vida real personal, a la vez que colectiva; se trata de reconocer la vida de Miguel Hernández y las imágenes de la Guerra Civil en los preámbulos de su desarrollo, cuyo análisis nos encamine propiamente al estudio de las cartas producidas en ese periodo histórico de España, en que sea posible visualizar la figura del epistológrafo, como la del receptor y de la realidad en que es enunciado el mensaje. En esta perspectiva, un brevísimo mapa contextual referirá los aspectos generales sobre la República, y algunos factores subyacentes al surgimiento de la Guerra Civil, con lo que se busca encaminar en una línea histórica el objetivo particular de estudio, como ya se dijo: el reconocimiento de la imagen del autor que las enuncia; la referencialidad o el mundo real en que se inscribe (las dinámicas sociales, políticas e ideológicas como culturales) y las repercusiones de este medio en su vida personal, como social y literaria.

En suma, se expone de manera general el trayecto biográfico y artístico de Miguel Hernández que, en este capítulo, hemos trazado, por un lado, siguiendo cuidadosamente su discurso epistolar, poco antes y durante la Guerra Civil, y por el otro, los análisis críticos sobre el desarrollo político, cultural y social de aquellos años, realizados por algunos estudiosos de la materia. Diseñar y presentar de modo general algunos de las líneas vitales y artísticas del autor nos ofrecerá pistas para mejor comprender, en el análisis reservado para los dos capítulos subsecuentes, el contenido de sus cartas producidas en los años de guerra y postguerra. En el subcapítulo dos recorreremos el pulso vital y creativo de Miguel Hernández en Orihuela, su pueblo natal, que nos llevará a la exposición de los aspectos señalados acerca de su perfil e inclinación hacia nuevas tendencias estéticas-ideológicas a lo largo de 1934-1936 en que se viven convulsiones políticas y sociales trascendentales en España, y finalmente haremos un repaso tangencial de la vida y la actividad creativa de Hernández, en el cuadro de la lucha armada encaminado, sobre todo, a la configuración de nuestro futuro análisis en el capítulo tres.

2.1. La República española. Consideraciones generales

Es la explosión de la Guerra Civil en 1936 el hito que rompe la prolongación histórica con el proceso político-social del régimen anterior seguida hasta entonces por la República española. Como otrora el espíritu regeneracionista se reflejó en los intentos reformuladores del proyecto constitucional de Antonio Cánovas del Castillo (1876) y más tarde, aún durante la Monarquía de Alfonso XIII, en la Dictadura de Antonio Primo de Rivera (1923-1930),⁸ también en la República (1931-1939) determinó a su manera las vías de la existencia nacional frente a la honda crisis social, política y económica agudizadas por factores coyunturales externos, como la guerra de 1914-1918, la Revolución rusa (1917), la devaluación económica mundial (1929) y el ascenso del fascismo y el nazismo (Jover Zamora, 1972b 821), no sólo en España, sino en el resto de Europa y el mundo.

En efecto, como en los últimos años del siglo decimonónico, en las primeras tres décadas del XX se vivieron ardientes inquietudes políticas, económicas e ideológicas entre una diferenciada masa social, esto es, entre la élite poseedora de reconocidos títulos de nobleza, con una economía y prestigio decrecientes; la clase burguesa tradicional (terratenientes del sur, fabricantes catalanes, ferreteros del norte y comerciantes del mediterráneo) y la burguesía emergente;⁹ la clase media (rural, mercantil, industrial, burocrática y profesional), y el proletariado industrial y campesino, situados hasta entonces al margen de algún tipo de representación administrativa y constitucional.

Si el rancio sistema político de la monarquía liberal parlamentaria y la Dictadura de inspiración “mediterránea”¹⁰ habían logrado una aparente estabilidad social, se debía en parte por estar dirigida a una sociedad mayoritariamente rural, carente de bienes y servicios básicos, en gran porcentaje analfabeta (Jackson, 1976, Jover Zamora, 1972 y Artola, 1977) y agrícola, no por ello inferior, sino marginalizada. Pero el viejo sistema político se tornó inviable ante las nuevas exigencias y las formas de vida desiguales entre los grupos humanos del complejo tejido social español emergente. Por un lado, el progresivo crecimiento industrial (metalurgia, siderurgia, minería, construcción civil y marítima), demográfico y urbano ocurrido en las primeras décadas del XX, en Cartagena, Barcelona, el País Vasco, Sevilla, Madrid, entre otras ciudades, produjo una clara transformación social y económica de vida; el auge industrial demandó mano de obra calificada e incentivó la migración de un extenso sector de campesinos empobrecidos hacia las ciudades en donde esperaban superar las miserias vividas en sus

⁸ Fue en la Dictadura de Primo de Rivera donde el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General del Trabajo (UGT), tuvieron una inclusión en la política nacional, al tener como Consejero del Estado al líder socialista Francisco Largo Caballero.

⁹ Esta nueva clase era “el nuevo rico” (Jover Zamora, 1972: 803), venido a más como efecto de la Gran Guerra de 1914-1918 cuyos efectos favorecieron los tres grandes sectores económicos españoles, bancarias, agrarias y mineras, en los que aquélla basaba su riqueza; este nuevo rico resultó un advenedizo en el cuadro de la burguesía tradicional y se caracterizó por la disparidad entre su nivel económico y el nivel cultural.

¹⁰ La Dictadura de Primo de Rivera pretende mantenerse como régimen estable, a la sazón, influenciada por el ambiente político de Europa meridional dominado por el fascismo italiano de Benito Mussolini desde 1922.

regiones de origen, es verdad también, por el otro, que este desplazamiento contribuyó al acelerado crecimiento demográfico y la transformación urbana diferenciada, agudizando la escasez de los bienes y la desigualdad en la distribución de los mismos. De manera que resultaron suficientes motivos que atizaron las inquietudes manifestadas por los diversos sectores de la población nacional; también es verdad, como se dijo, la Gran Guerra y la crisis del 1929 resultaron factores coyunturales decisivos en el empobrecimiento padecido por un sector amplio de la sociedad, sobre todo por obreros industriales y campesinos, y que también vendrían a minar la existencia del nuevo y joven régimen.

Frente a una realidad social y económica compleja, y tal vez discorde en relación con las tendencias totalitaristas en vigor en algunos países de Europa, con su tónica romántica democrática y parlamentaria, el gobierno republicano-socialista emprendió uno de sus más acusados y esperados proyectos económicos-sociales, a saber, la reformulación del esquema y la explotación agraria tradicional, tan anacrónicos e insustentables en relación con una extensa masa de campesinos sin tierras frente a un minoritario grupo de latifundistas y comerciantes agrarios enriquecidos. Efectivamente, la Reforma Agraria fue una piedra de toque para la política de la coalición republicano-socialista, quienes consideraban aquella estructura como un largo proceso histórico de usurpación a los derechos del campesinado, y causas de la miseria y el atraso económico y educativo de la sociedad rural. De ahí que consideraran la institucionalización de la reforma como un medio para reivindicar a los trabajadores del campo, y una fuente para restar poder de control social, político y económico a la oligarquía rural (Juliá, 2007: 26-27); aunque es cierto que ni las derechas, como la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) ni las izquierdas socialistas lograron radicalizar este agudo “problema social” español.

Otra de las vertientes para lograr la transformación de la vieja España, e impulsadas por las exigencias del regionalismo catalán, se basó en la reforma política y constitucional que permitiese la condición autonómica de estados nacionales que así lo deseasen. Pero será en mucho la reforma religiosa uno de los factores decisivos que rompió con el régimen anterior y caracterizó el desarrollo político-ideológico de la República. Efectivamente, las reformulaciones llevadas a cabo por el gobierno republicano en este campo se convirtieron en elementos determinantes que enardecieron los movimientos armados, hasta la explosión de la Guerra Civil; y es que las reformas constitucionales de la República contra la Iglesia liquidó el poder (político, socio-económico) milenario de la institución religiosa, cuyas reacciones y movimientos revisionistas despertaron el latente sentimiento anticlerical popular.

Finalmente, los movimientos obreros de grupos trabajadores ideologizados (socialistas y anarcosindicalistas),¹¹ en permanentes pugnas intersindicales y

¹¹ Ambos movimientos obreros tenían a la clase trabajadora industrial como pieza clave para la revolución social y política y buscaban crear una “sociedad colectivista”; los socialistas, a través de la organización sindical centralizada y el trato político, y los anarcosindicalistas, en la acción directa y la descentralización sindical; para uno, la huelga estaba dirigida a conseguir fines económicos específicos, y para otros, era el medio para la revolución económica y política en menoscabo de la clase capitalista y el

levantamientos insurreccionales contra el Estado y ataques directos contra patronos (paros y huelgas generales) condujeron al colapso del Estado republicano, como recientemente había sucedido con el régimen anterior; pero fueron causas de estas manifestaciones, por otra parte, la falta de solidaridad de las élites sociales y políticas, nacionales e internacionales, y la marginación en el engranaje del sistema político y constitucional hacia una clase que, como bien señala Jover Zamora (1972b: 820), aunque refiriéndose a los anarcosindicalistas:

(...) absorbió y cargó el subdesarrollo del pueblo español, con su desesperación ante la subida de precios y el hambre. Cargó con la atávica creencia en la igualdad esencial entre todos los hombres, con el afán de justicia y apoyo al débil que brotaban del hontanar cristiano vivo en lo más profundo de aquél. Pero cargó también con la violencia sin objeto de un pueblo con doce millones de analfabetos (...) con el resentimiento nacido de su desamparo por unas clases conservadoras cuya actitud hacia las reivindicaciones obreras fue en España (...) ‘más intransigente que en otros países de Occidente’.

Sobre este ambiente de convulsiones, en el contexto político-social poco antes y durante el régimen republicano, se tratará a continuación algunos de los aspectos biográficos y artísticos de Miguel Hernández.

2.2. Un poeta en el pueblo, un poeta en cierne

Bien mirado, Miguel Hernández vivió cuatro momentos trascendentales de la vida histórica nacional española. Por un lado, la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), aún en medio de la Monarquía de Alfonso XIII (1902-1930); la República, entre los años 1931-1939, y en medio de ésta, la Guerra Civil (1936-1939), y finalmente, en un breve pero crudo periodo (1939-1942) experimentó la política del Nuevo Estado promovido y representado por Francisco Franco. Y es que Miguel Domingo Hernández Gilabert nació el 30 de octubre de 1910, en Orihuela, una provincia de Alicante, en Valencia. Él y sus hermanos, Vicente, Elvira y Encarnación, quien hubo nacido después de Concepción, Josefina y Monserrat, fallecidas en edad temprana, crecieron en el seno de una familia poco más que modesta¹² en la que sus padres, Miguel Hernández Sánchez

Estado. Fueron los anarquistas rurales (muy del estilo “frailes mendicantes”) quienes hincharon las filas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), creada en 1911; por su lado, el Partido Comunista Español (PCE) nació por la iniciativa de una minoría del Partido Socialista que no resistió integrarse a la Tercera Internacional (Jackson, 1976).

¹² Sobre la realidad y mitificación de la pobreza de Miguel Hernández, Manuel Ramón Vera Abadía (2003) señala que se trató sobre todo de mera propagandística sustentada por Hernández para atraer la atención de otros autores, obtener becas y otros beneficios (libros y revistas), según el paradigma seguido por muchos jóvenes de la época. Da pruebas de su tesis al señalar que la familia poseía una casa con un huerto, un establo y unas habitaciones separadas para los padres, las niñas y los niños; así como la disposición de una cantidad considerable de ganado; lo mismo que importantes actividades de negocio, que para la época son muestras de una estable posición económica. En el mismo sentido, Antonio Muñoz Molina (2010: 35) advierte que se trata de “una leyenda” que el propio Hernández se encargó de nutrir, y que la exageración de este aspecto de la vida del poeta ha contribuido “fatalmente al malentendido paternalista y populista que hace de él un talento rústico, una especie de diamante en bruto”. También Cecilio Alonso (1992: 4) dice que la afirmación constante de su condición de pastor, “ajena a la servidumbre de la trashumancia, es efecto de un gesto de provocación juvenil, elevado a operación de imagen de consecuencias tópicas muy desfavorables para la recta comprensión de su obra”. De nuestra

era pastor y tratante de ganado y Concepción Gilabert Giner, una mujer dedicada al hogar; la casa familiar ubicada en la calle Arriba 73 aún está enmarcada por la Sierra, el Colegio de Santo Domingo, y el arco que cubre el camarín de la virgen de Monserrat, que el propio Miguel evoca en alguna de sus correspondencias.

Con el paisaje levantino de naturaleza exuberante mantuvo un trato directo que le proporcionó justamente la materia prima que alimentó su poesía (Bellido Navarro, 1992), como antes nutrió los textos de Gabriel Miró, quien ya en *El obispo leproso* y *Nuestro padre San Daniel* describe con nostalgia y sentimentalismo el paisaje local llamando a Orihuela la “Oleza”, impregnada de olores de azahar y jazmín, combinados con el del incienso y la cera derramados seguramente por el tradicionalismo religioso dominante que la multitud de iglesias y conventos seguiría con ritos y cultos en la vida individual y colectiva de la región; en esta perspectiva, resulta lógico pensar que, inmerso en este ambiente religioso, el tercer hijo de la familia Hernández Gilabert haya participado en sus años mozos como monaguillo en el Sacramento de la misa y recitando poesías religiosas en los festivales de Jesús, del Colegio de Santo Domingo (De Gracia Ifach, 1975: 12).

Así, entre montes, cabras e iglesias, desde su nacimiento hasta el primer viaje a la capital española, en noviembre de 1931, transcurren los primeros veintiún años de la vida del joven Miguel empeñado desde su adolescencia en llegar a ser un poeta. Mientras tanto, fue en ese paisaje provinciano donde hasta los quince años siguió el curso institucional de sus primeras letras en el Ave María, la escuela adjunta al Colegio de Santo Domingo destinada a la enseñanza de los niños pobres del pueblo, y más tarde, por intervención del religioso Vicente Gutiérrez Tienda, quien reconoció dotes intelectuales en el adolescente, Miguel pudo tomar las clases de bachillerato con los niños ricos que asistían al Colegio de los jesuitas. En efecto, fueron éstos quienes trataron de persuadir al padre de Miguel sobre la capacidad intelectual que veían en el joven para lograr una vida académica religiosa brillante, y es probable que Hernández Sánchez haya resistido a la continuidad escolar de su hijo influenciado por las rancias ideas patriarcales del ambiente provinciano y sobre todo movido por la necesidad de preservación del negocio familiar, tan conveniente de cuidar en medio del vacío político e institucional experimentado por la Dictadura de Primo de Rivera, que tambaleaba frente a las fuerzas políticas, sociales y económicas de presión de los diversos sectores de la compleja población española.

Cierto que en el primero de estos planos se vivió una tensión en menoscabo de la Monarquía y la Dictadura con respecto a la manifestación regionalista catalana, la existencia y las dinámicas de nuevos grupos políticos e ideológicos y el nacimiento de una conciencia cívica que cuestionaba abiertamente la añeja política nacional. En el segundo, los movimientos de la masa trabajadora, el crecimiento demográfico y urbano diferenciados, la propiedad desigual de la tierra, la migración del campesino a la ciudad,

parte, creemos que su pobreza no es exacerbada por el mismo autor en la medida en que ciertamente no tuvo la oportunidad de ir a la escuela superior como los niños de familias acomodadas, por ejemplo, Ramón Sijé, y cuando asistió al bachillerato del Colegio de Santo Domingo fue, como enseguida anotaremos, por obra y beneficio de los jesuitas miembros.

la polarización de las clases sociales (la nobleza en decadencia, la burguesía capitalista, la clase media, el proletariado industrial y campesino), la “crisis espiritual” (Jover Zamora, 1972b: 787), en la que estaba sumida la población, etc., minaban la raquíta estabilidad de la vida nacional, al mismo tiempo que reflejaban la inoperancia política, por otra parte agudizados por los influjos coyunturales externos, como la prolongada guerra en Marruecos (1912-1927), y otros atrás referidos.

En medio de tales circunstancias bien se puede pensar que al padre, Miguel Hernández le resultaba una conveniente fuerza de trabajo para el negocio familiar y un estimado heredero para la preservación de los bienes materiales de la familia, antes que como prospecto para seguir la carrera religiosa ejemplar que le pronosticaban los jesuitas de Santo Domingo.¹³ En este ambiente, Miguel fue tomando consciencia muy joven de su condición social al ver cómo los hijos de familias acomodadas asistían a la escuela, mientras él, ansioso de palabras, fue destinado al arreo de cabras y la venta de leche y queso; sin embargo, fue por su trabajo como arriero y su coartado deseo de estudiar con relación a la vida de jóvenes ricos de su pueblo, porque el pastor de cabras reflexionó tempranamente sobre su estatuto social, si bien pretendidamente negado en sus primeros trayectos literarios, más tarde lo convirtió en fuente de afirmación de su posicionamiento político e ideológico en la guerra, como oportunamente se verá.

Efectivamente de su relación directa con la fertilidad de la tierra levantina extrajo los elementos primarios que colmaron toda su obra poética, y acaso se convirtieron en símbolos de la vitalidad del autor: viento, ríos, rayos, toros, tierra, sangre, palmeras, piedras, silbos, luna, pájaros, azahares, naranjos, limoneros, olivos, etc., hombres, niños y mujeres campesinos, que si bien en sus primeras composiciones elevó a las esferas celestes mediante la imitación y el uso de una estética pura, al estilo de los clásicos españoles, más tarde desmitificó y trató como propias de la tierra a través de las formas estéticas libres, casi espontáneas y llenas de certezas, en correspondencia con su afirmación personal como un hombre del pueblo. Mientras tanto, durante los años de su adolescencia, Miguel se dedicó a leer con entusiasmo sus versos de tono bucólico a los amigos del pueblo, con quienes discutía las novedades culturales y políticas del momento en la panadería de su amigo, pandero de oficio y autodidacta, Carlos Fenoll, a donde asistieron diversos jóvenes como José Marín Gutiérrez (Ramón Sijé), hijo de una familia acomodada y tradicionalista, Josefina Fenoll, la futura novia de éste; Jesús Poveda Mellado y Carmen Samper Reig, una joven costurera que entonces se convirtió en la musa inspiradora de Miguel. Más tarde, influenciados por el buen ejemplo de los amigos y los hermanos, Justino Marín (Gabriel Sijé) y Efrén Fenoll fundaron la revista oriolana *Silbo*, en la que también pudo escribir Hernández y contribuir para su difusión y existencia, al solicitar la colaboración de Pablo Neruda, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Maruja Mallo, entre otros.

¹³ Aún en la República, cuando emprende los trabajos de su reforma educativa, una de tantas barreras a las que tuvo que enfrentarse fue la negatividad de algunos padres de enviar a sus hijos a la escuela y cubrir en las zonas rurales el elevado índice de edificios escolares necesarios para la educación: “En Alicante (...) donde los republicanos y los socialistas eran muy fuertes, según el estudio se necesitaban unas 130 escuelas nuevas (...) en muchas zonas rurales y unas pocas ciudades, los padres pusieron objeciones a la coeducación (...)” (Jackson, 1976: 75).

En 1929, Miguel publicó en la revista oriolano *Actualidad* algunos de sus poemas juveniles, gracias a la ayuda de Carlos Fenoll; en esa época recibía la orientación del obispo de Orihuela y futuro obispo de León, Luis Almarcha, entonces uno de sus mentores y en los años de postguerra “uno de sus muchos verdugos” (Muñoz Molina, 2010: 35); éste y el joven abogado Ramón Sijé indicaron algunas vertientes literarias y religiosas a Miguel, pero aquél, de rígida formación religiosa, moral y filosófica, pronto reveló sus ideas reaccionarias y antiliberalistas en sus escritos aparecidos en *Voluntad*, la revista fundada en marzo de 1930, entre otros, por él y por Jesús Poveda Mellado. Sin duda, la figura de Sijé fue la del joven líder neocatólico que asumió su papel de transformador y guía de las nuevas generaciones españolas hacia una política de base católica, antiliberalista y reaccionaria, en completa correspondencia con los planteamientos de los grupos neocatólicos fundados por la Iglesia como muestras defensivas ante los nuevos planteamientos ideológicos (liberalismo, socialismo, comunismo) y las reformas republicanas-socialistas a los que consideraba una amenaza contra su doctrina, el estatuto y el poder por demás religioso, como económico-social que mantenía poco antes de la llegada del nuevo régimen. Es cierto que ambos personajes aconsejaron al poeta en cierne leer a los autores del Siglo de Oro español (Quevedo, Luis de Góngora, Lope de Vega, San Juan de la Cruz, Bécquer, Cervantes), y los clásicos (Virgilio, Homero, Ovidio), siguiendo la oleada de impulsos de afirmación histórica-cultural española que se basaba, entre otras dinámicas, en la revisión de obras y autores del Siglo de Oro, al considerar esa época como la de mayor auge y representación histórico-universal del carácter hispano, tan necesario de preservar ante una realidad sumida en una gran crisis, por un lado, y el ascenso de las vanguardias estéticas culturales europeas, por el otro; es decir, ambos personajes se orientaban, como pretenderían hacer con su discípulo, en la tónica cultural de un nuevo sentimiento romántico y casticista hacia una vía de afirmación cultural en relación con los desajustes políticos nacionales e internacionales y la expansión del modernismo estético en Europa.

Bien que en sus esfuerzos misioneros de preservación cultural pusieron a disposición de Hernández libros de sus acervos bibliográficos personales, éste amplió por su cuenta al visitar las bibliotecas del Círculo de Bellas Artes y el Teodomiro, donde tuvo acercamiento a los textos de Luis del Val, Pérez Escrich, Juan Sansano, Gabriel y Galán, Vicente Medina y Villaespesa, Rubén Darío, Antonio Machado, Miguel de Cervantes, Juan Ramón Jiménez; y más tarde Bernard Shaw, entre otros, que en esta altura constituyen un panorama de las referencias literarias conocidas por el autor y que nos permiten trazar un mapa no sólo del acervo cultural, sino las posibles influencias literarias que permearon la actividad creativa del autor, tanto como las propias referencias culturales de la época. Tal como parece, los primeros años de actividad artística en su pueblo fueron de revelación jubilosa, cuando en enero de 1930, por el influjo de los miembros activos de las instituciones de poder regional, Luis Almarcha, Ramón Sijé y el sacerdote Luis Barber, vio publicado sus versos de la adolescencia, como “Pastoril”, un poema de tono bucólico aparecido en el órgano del Sindicato Católico *El pueblo de Orihuela*, prensa local de la que Almarcha, el futuro consejero del

Reino por designio de Franco, fungía como director. Es ésta la época en que Miguel imitó un romanticismo trasnochado y un modernismo tardío, o como señala Antonio Muñoz Molina (2010: 35), escribe “Entre la retórica mal digerida de la poesía barroca y de los atroces versificadores tardorrománticos y tardomodernistas (...), pastoreando cabras, copia laboriosamente los lugares más decrepitos de la poesía pastoril” que sólo más tarde superó gracias a “(...) una vergüenza sexual campesina, una claridad expresiva que con el paso del tiempo será uno de los rasgos más originales de su voz poética, el arte supremo de hacer literatura llamando a las cosas por su nombre”.

La publicación en la prensa local de poemas sueltos, si bien bajo el tono del modernismo tardío, despertó el interés de escritores y autoridades locales y regionales, pues ya Juan Sansano, el director de *El Día* alicantino, elogiaba en ese órgano al joven poeta, quien tuvo oportunidad de publicar en septiembre “La bendita tierra”, “Juan Sansano”, “A Sansano por su libro *Canciones de amor*”, etc.; en octubre, Abelardo Teruel publicaría también en *Actualidad* elogios al poeta oriolano (Sánchez Vidal, 1992b: 2735). Por otro lado, el empeño poético de Hernández se vio favorecido cuando en marzo de 1931, en el concurso literario convocado en Elche en ocasión de las fiestas regionales, fue galardonado su “Canto a Valencia” y en abril lo vio publicado en la revista oriolana *Destellos*, lo cual parece ser el despunte en su carrera literaria, justo con el nacimiento también de la segunda República, declarada triunfante el 12 de abril de 1931. Fue ése el año del primer viaje a la capital española y también el descubrimiento de quien sería su futura esposa y mayor testigo epistolar, Josefina Manresa Marhuenda, una tímida costurera y ferviente religiosa, hija del guardia civil Manuel Manresa y Josefa Marhuenda. Para entonces, en esa “Oleza” de incienso y velas, la noticia del destronamiento de Alfonso XIII y la proclamación del nuevo régimen fue causa del entusiasmo sentido por un grupo de jóvenes que vieron ese acontecimiento como el inicio del cambio político y social que España necesitaba, y motivados por esos hechos fundaron y se organizaron en torno a las Juntas de Juventudes Socialistas de las que Miguel participó como presidente, aunque por breve tiempo dado su cercano viaje al centro de la cultura donde deseaba encontrar trabajo para sí y “colocación” para sus poemas.

A finales de noviembre de ese año, Miguel Hernández emprendió su primer viaje a la capital, donde pasó una compleja y miserable estadía de seis meses durante los cuales experimentó la indiferencia hacia sus primeras letras, prueba contraria al interés que ingenuamente esperaba encontrar. Y es que entonces la compleja realidad social y política nacional absorbía la atención de diversos sectores de la población; Madrid, como toda España, estaba escindida entre los grupos seguidores del antiguo régimen y la Iglesia y los grupos republicanos y de izquierdas, que recibieron con alegría la caída del régimen monárquico y esperaban ansiosos con el nuevo gobierno republicano-socialista la transformación económica-social de sus condiciones de vida, tanto como los tradicionalistas declaraban la vuelta por el régimen pasado. Esta separación política-social manifestada por la población española se reflejó desde luego en los medios de información de circulación diaria, tanto como en las obras de autores reconocidos de esas décadas, entre otros, y diversos medios de representación cultural.

Con respecto a las transformaciones en la esfera de la cultura, Juan Pablo Fusi (2007), Gabriel Jackson (1976), y José María Jover Zamora (1972), tanto como los propios intelectuales de la época, afirman que fueron también las primeras tres décadas del nuevo siglo español las de máximo esplendor cultural siguiendo una línea de continuidad con el proceso cultural trazado por los autores de los últimos años del siglo decimonónico: Ramón del Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Ramón Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, etc.; sin embargo, este auge en las letras estuvo ceñido aún por dos factores hasta entonces dominantes, que por otro lado motivaron el impulso reformista perseguido por diversos sectores de la sociedad; se trataba del tradicionalismo católico y la condición provinciana en que España se hallaba en relación con la Europa moderna, a la que estos autores deseaban alcanzar. En efecto, como afirma Pablo Fusi (2007: 546) “En 1900 España era, primero, un país católico (sería consagrado al Sagrado Corazón de Jesús en 1919); segundo, era puro pueblo, como bien observara Ortega y Gasset; tercero, era pura provincia”.

Y es que, como vemos en los primeros trazos literarios de nuestro autor, una parte de la literatura producida en los primeros años del siglo XX está impregnada por la visión religiosa y provinciana de la realidad española, como reflejan las propias obras de Gabriel Miró, *Nuestro padre San Daniel*. Con todo, fue durante los últimos años del XIX y las tres décadas del XX en los que España experimentó un vigor y un auge en las letras, cuyos autores y obras literarias, filosóficas, históricas, artísticas (escultura, pintura, música, arquitectura) ampliaron la cartografía literaria a nivel nacional y occidental. Se trata de producciones artísticas de autores miembros de la llamada Generación del 98,¹⁴ e intelectuales más próximos del nuevo siglo, y los del propio siglo XX, quienes mantuvieron un papel activo y determinante en la transformación de la vida social y cultural del país. José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Luis Araquistáin, Gregorio Marañón, Gabriel Miró; los artistas plásticos José Gutiérrez Solana e Ignacio Zuluaga; Eugenio d'Ors, Manuel García Morente, Manuel Azaña, Américo Castro, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas, Salvador de Madariaga, etc. (Fusi, 2007 y Jover Zamora, 1972),¹⁵ integraron la llamada Generación del 14 tal como la presentó el propio Ortega y Gasset en ocasión de su conferencia “Vieja y nueva política”, pronunciada el 28 de marzo de 1914 en Madrid;¹⁶ y otro grupo amplio de autores se agruparon en la llamada Generación del 27 y la del 36, cuya referencia reservamos para los párrafos siguientes.

¹⁴ La Generación del 98, compuesta por José Martínez Ruiz “Azorín”, Antonio Machado, Manuel Machado, Ramón del Valle Inclán, Ramiro de Maetzu, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Manuel Bueno y, en artes plásticas, en sus primeras fases, Ignacio Zuluaga y Pablo Picasso. Algunos autores, como el propio Juan Ramón Jiménez, oscilan en ambas generaciones (Jover Zamora, 1972b: 886-888).

¹⁵ Obras como *Meditaciones del Quijote*, *El Espectador*, *España invertebrada*, de José Ortega y Gasset; *Platero y yo*, *Eternidades*, *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez; *Las muertas*, *El Rastro*, *El torero Carochó*, entre muchas, de Gómez de la Serna, serán obras representativas de esta Generación, entre otras obras y autores.

¹⁶ Jover Zamora (1972b: 887-888) dice que “el intelectual es esa nueva figura en el cuadro social, de jóvenes universitarios españoles en Alemania, Inglaterra y Francia que pretenderán descubrir la cultura nacional ‘desde’ una perspectiva europea que previamente se esfuerzan en adquirir”.

Es conveniente realizar este pasaje cultural, porque fue el ambiente que rodeó los trazos creativos de Miguel Hernández, testigo aún del dilema cultural mantenido en España en relación directa con la crisis económica y social experimentada en el tránsito de un siglo para otro. Y es que, si como dice José María Jover Zamora (1972b: 883), la Generación del 98 se preocupaba con la esencia y el significado de la idea de lo español con respecto a lo europeo, de donde emanaba por complejo de inferioridad su característico pesimismo, y era impulsada al redescubrimiento histórico nacional¹⁷ echando mano del Siglo de Oro y la visión de Castilla como fuente de origen de España, el deseo de regenerar el país “(...) sus estructuras económicas, sociales y mentales de acuerdo con patrones europeos, tiende a hacerse cada vez más intenso (...) [pues] no es la pobre Castilla rural la región que parece llamada a dar la pauta al complejo regional español, sino las regiones norteñas, de por sí más europeizadas: Cataluña y el País Vasco (...)”, lo que acentuó el dilema entre casticismo y europeísmo y otorgó a la generación noventayochista “*una cierta parálisis de la voluntad y de la acción para continuar la historia de España (...)*” (885),¹⁸ este posicionamiento resultó contrario a la de la generación de los intelectuales del 14, que se distanciaron con relación al “diletantismo extranjerizante y visión ensimismada” (Fusi, 2007) sobre la idea de España apostando por una visión más dinámica y propositiva encaminada a alcanzar la modernidad proyectada por Europa, a la que el propio Ortega y Gasset asociaba a ciencia. De ahí que hayan sido creados a lo largo de esas tres décadas diversos institutos para la investigación científica, lingüística-literaria, histórica, antropológica, y artísticas, entre otros, como el Centro de Estudios Históricos, que dirige Menéndez Pidal; el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, El Laboratorio de Ciencias Naturales, el de Investigaciones Biológicas, Química Fisiológica, Fisiología y Anatomía de los Centros Nerviosos, Química General, etc., integrados en la Residencia de Estudiantes; la Universidad Internacional de Verano, ideada por Fernando de los Ríos; las Misiones Pedagógicas, por B. Cossío, etc., al fin obras impulsadas por el latente espíritu liberal y krausista.¹⁹

Por otro lado, es verdad que en este caleidoscopio cultural se afirmaron fuertemente los gustos y los entretenimientos populares (de la masa, diría Gasset) de los que tomó provecho y promovió la Dictadura de Primo de Rivera, a saber, la

¹⁷ El planteamiento de los intelectuales de la Generación del 98 acerca de la idea de España condujo a la reformulación de nuevos lazos con América, que dio como resultado el llamado “Hispanoamericanismo”, y a la formulación “a veces declamatoria y moralizante” de otras tesis en que se veía como causas del desastre nacional la oligarquía y el caciquismo, y la europeización (reformas), como la respuesta al mal español (Fusi, 2007: 544).

¹⁸ Las cursivas son del autor.

¹⁹ El krausismo es la doctrina sugerida por el filósofo alemán Krause e introducida en España por su discípulo Julián Sanz del Río; esta corriente proponía el “racionalismo armonioso” sustentado en el idealismo alemán y los elementos optimistas de la Ilustración del XVIII (Jackson, 1976). Al resultar una propuesta filosófica de valor ético y práctico en que la realización del yo dependía de la fuerza de autodeterminación de la voluntad, ésta se confrontaba con la *doxia* religiosa que afirma(ba) la dependencia del hombre con dios, y por tanto, con las instituciones que la afirmaban, recreaban y difundían (Artola, 1977). Influenciado por el krausismo, Francisco Giner de los Ríos (de ahí que Miguel haya firmado algunas de sus primeras cartas con su segundo apellido) crea la Institución Libre de Enseñanza, en 1876 hasta 1936.

religiosidad, la zarzuela, el fútbol, las toreadas, el box, el ciclismo, el cine, el gramófono, las “*jotas*, madriñelismo, andalucismo, costumbrismo local (...) el verdadero nacionalismo popular español”, dice Juan Pablo Fusi (2007: 551), sobre lo cual resultaría válido pensar que éstas fueron algunas de las formas de entretenimiento de las que justamente echó mano una población marginalizada de otros bienes y servicios, a los que sólo la masa de privilegiados (la nobleza decadente, la burguesía y la mesocracia) pudo tener acceso, por ejemplo, la educación privada y religiosa, sólo reformada bajo el régimen republicano, por una laica, gratuita y pública.

Cierto es que en medio de aquella fuerza vital y competitiva de las letras quiso abrirse paso el joven poeta en ciernes; soñaba conquistar los cenáculos literarios y tener trabajo que le diese dinero para un mendrugo y ampliar sus limitados horizontes culturales; deseaba obtener un lugar en el manantial donde fluía y se revelaba la pluma afilada de poetas, políticos, filósofos y científicos del momento: Madrid, el lugar donde se “dan las cosas de cultura”, diría Miguel (7-7-1933; OC, 2310). Como ya se lee en sus cartas, la inquietud por salir del pueblo y pulir su “rudeza” campesina se manifestó incontrolable al perseguir por diversos medios la salida del pueblo natal, y superar su condición de pastor de cabras; quiso inscribirse al ejército (2-11-1932; OC, 2303); ser marinista en Cartagena, como escribe a su pariente Jesús Poveda, u obtener una beca para estudiar periodismo, según dice a Almarcha, había leído en la convocatoria que hacía *Debate*, el periódico religioso de carácter integracionista²⁰

(...) Es el caso, querido don Luis, que deseo vivísimamente estudiar y en caso no puedo o, no sé, no quieren, mantenerme si no trabajo (mi padre dice: si no doy ‘producto’, como una máquina o un pedazo de tierra). Yo me ahogo en mi casa. Me dicen que no hago nada. Y yo no respondo que en los seis meses que no hago ‘nada’ he hecho más que nunca (dar un salto en la poesía, leer muchos libros y preparar uno para dentro de unos días) (...) hacer versos e inclinarse sobre la tierra, o sobre las cabras, son la misma cosa y para leer y hacer versos, como para trabajar es necesario (¿verdad?) amor. (...) he leído, en el *Debate* del sábado 8 la convocatoria que hace dicho periódico a los aspirantes a periodistas, así como los planes de estudio en su Escuela de Periodismo. (...) hará usted que puede lograr una beca para mí (...)? (10-10-1932; OC, 2302-2303).

Impulsado por tal ansia literaria, seguro de sus convicciones, con las cartas de recomendación otorgadas por José Martínez Arenas, reconocido abogado de Orihuela, y

²⁰ El crecimiento industrial y urbano, los cambios de vida y las exigencias sociales y culturales, las transformaciones ideológicas y económicas condujeron a la creación de múltiples periódicos y revistas, y al surgimiento de editoriales marcadamente conservadoras o izquierdistas. El País Vasco crea *La Gaceta del Norte*, *El liberal*, *El pueblo Vasco* y *Euzkadi*, el órgano del Partido Nacionalista Vasco; Barcelona lanza *La Vanguardia*; y en Madrid circulan el *ABC*, deliberadamente monárquico; *El Debate*, el órgano oficial de la Iglesia; la *Gaceta Literaria*, difusora de las tendencias literarias vanguardistas; *El Sol*, difusor de la cultura y la política del País Vasco y plataforma discursiva del propio Ortega y Gasset, y el diario *El Imparcial*, propiedad de dicha familia, en cuyo suplemento, *Los Lunes*, publican Unamuno, Baroja, Azorín, como también lo harían éstos y diversos autores privilegiados del momento, en la *Revista de Occidente*, una de las más importantes de Europa, fundada por Gasset en 1923. Circulan también *Alfar*, de la Coruña, la gallega *Nós* y *Mediodía* sevillana (Fusi, 2007); como casi todas las revistas y órganos impresos del momento tendrán un carácter unificador, integracionista y difusor de las propuestas estéticas, políticas e ideológicas en boga.

la misiva de Ramón Sijé dirigida a Ernesto Giménez Caballero, un compañero de la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia, y sus poemas mecanografiados bajo el brazo, Miguel emprendió el viaje a la capital el 30 de noviembre de 1931, siete meses después de haber sido proclamada la República. En Madrid, y por intervención de Martínez Arenas, debía dirigirse a Concha Albornoz, hija de Álvaro Albornoz, a la sazón Ministro de Gracia y Justicia; conocedora e influyente en los círculos literarios, aquélla lo condujo a Giménez Caballero, entonces director de *La Gaceta Literaria* madrileña. Posteriormente a su llegada a la capital, el 19 de diciembre, Miguel dirigió una carta al autor de *Yo, inspector de alcantarillas* en la cual le confiesa admiración por sus letras, se declara pastor de cabras, de origen pobre, y le solicita beneficio con un trabajo para sustentarse en la capital. Más tarde, Giménez Caballero entrevistaría en su despacho al oriolano y el 15 de enero de 1932, en *El Robinsón literario*, haría pública aquélla donde calificó a Miguel Hernández despectivamente como el “pastor-poeta” y, cuando nunca le solicitó autorización, exhibiría socarronamente fragmentos de la carta privada que Hernández le había mandado (19-12-1931; OC, 2289). En otra entrevista del 22 de febrero aparecida en *Estampa*, Francisco Martínez Corbalán calificó también pintorescamente al poeta en formación, aunque en ésa Miguel tuvo oportunidad de declarar la admiración por Darío, Miró, Ramón Jiménez y Machado, y lograr para que Corbalán interviniese en la solicitud de una pensión por parte del ayuntamiento alicantino que le permitiese estudiar en Madrid; sin embargo, la ayuda apenas llegaría a cubrir dos meses de pago.

Por otra parte, haciendo gestión de los recursos económicos reunidos por sus amigos del pueblo, logró acomodarse en una modesta pensión (Costanilla de los Ángeles núm. 6) con la esperanza de conseguir trabajo tal como venía haciendo un denso grupo de campesinos que migraban a las ciudades industriales en vista del desempleo vivido en las provincias de origen;²¹ aunque bien, sufrían la miseria en la densidad demográfica urbana, habitando las periferias marginadas y sucias, como el propio Miguel le dirá más tarde a Sijé cuando andaba en busca de otra pensión como consecuencia de sus dificultades para pagar la Academia de Morante:²² “Fui a Pescador (...) muy conocedor de lo barato en Madrid (...) nombró el amigo cierta posada, pero por si tenía ‘ratas’ no quise ir” (6-3-1932; OC, 2293). Es cierto que la penuria cercó al poeta oriolano, al no conseguir trabajo y no ver muestras de interés hacia sus poemas: tantas ansias de superación en tan inmensas miserias, pero es que en España apenas se respiraba un viento ligero en medio de la crisis económica nacional afectada por la crisis de 1929 y la explosión de huelgas “(...) en ciudades que habían soportado durante las dos décadas anteriores la llegada masiva de inmigrantes y que atravesaban en estos primeros años de República una profunda crisis por incremento de despidos y paro,

²¹ Ciudades como las ya referidas manifestaron un fuerte desarrollo industrial en diversos sectores y un crecimiento urbano que demandó una gruesa mano de obra de trabajo; desprovistos de tierras y salarios favorables o salario alguno siquiera, grupos de campesinos viajaban a las ciudades en busca de oportunidades laborales poco menos desfavorables que las vividas en el campo.

²² El socialista Alfredo Serna recibió a Miguel en dicha Academia donde él daba clases, y pudo conseguir a Miguel Hernández un trabajo como portero. Cuando Miguel no pudo pagar definitivamente la renta, se trasladó a un hotel de la calle Cardenal Belluga (Sánchez Vidal, 1992b: 2729).

dígase Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Málaga (...)" (Juliá, 2007: 102).²³ En medio de ese crisma de realidades va empeñado con sus ansias de superación, acaso, y en principio, como negación de su condición social: él mismo dirá cuando permanece en Madrid: "¿Por qué me pusieron un alma de poeta? ¿Por qué no fui como *todos los pastores, mazorral, ignorante?*"²⁴... y este odio al trabajo de los brazos... ¿Y esta ansia de cumbres y soledad de ladera?" (11-01-1932; OC, 2290). Entre tanto, con los bolsillos vacíos, los pagos de rentas en atraso a Francisco Morante, el dueño de la Academia, y los zapatos desgastados como pruebas de sus penurias, buscó Miguel cobijo para aliviarlas a través de la lectura de obras que le dejaban Augusto Pescador y Juan Bellod, sus amigos de la pensión: *Una noche en Luxemburgo*, *Un corazón virginal*, Remy de Gourmont y *El Espectador*, de Ortega y Gasset.²⁵ En esa época, asistió y consultó libros de la Biblioteca Nacional, tanto como los de ediciones baratas de los sellos editoriales nacentes: Zeus, Cénit, Libertad, España, Historia Nueva (Fusi, 2007 y Jackson, 1976); leyó obras de Charles Baudelaire, Honoré de Balzac, Ramón del Valle Inclán, Oscar Wilde, Leónidas Andreieff, Amado Nervo, Rabindranath Tagore, etc.; y también, fue en ese viaje que caminó extensos kilómetros de la Academia Morante a la estación de tren, por no tener menos que un mendrugo para recoger las cajas de naranjas que daría a Concha Albornoz en agradecimiento por sus intervenciones.

Justamente hasta mediados de mayo de 1932 se mantuvo en la capital, y regresó a la provincia merced el "metal redondo" que aportaron Pescador y Bellod, así como las 42 pesetas que gracias a la intervención de Sijé pudo darle José Martínez Arenas, el Diputado a Cortes o "Disputado por los mendigos de favores –¡habrá tantos ahora!", como le dirá Miguel (10-1932 (OC, 2301). Y es que Miguel, como muchos provincianos de la época, aún hasta principio de 1935, guardaba la esperanza de conseguir en la ciudad los bienes materiales para superar la precaria inestabilidad económica de siempre; de tal forma que él es un ejemplo de entre muchos campesinos españoles que también emigraban a la ciudad con la esperanza de hacer riquezas trabajando en las industrias y fábricas, sin prever la crueldad y el desengaño en la capital, como experimentaría el joven poeta en su primer viaje a la capital y anticiparía en "Sueños Dorados", poema escrito el 30 de mayo de 1930, donde retrata la desilusión y el desengaño del campesino en la ciudad, hostil y ajena a lo que esperaba encontrar; es justo en esa línea que el campesino soñador escribe desde Orihuela, en enero de 1935 a José Bergamín: "Fíjese, mi ambición única es ganar un poco para tener un cachico de

²³ Santos Juliá (2007: 103) advierte que es sobre esta perspectiva por la cual comprender las movilizaciones obreras en la ciudad y el campo "(...) por la frustración de las expectativas que había despertado la República con su sola instauración (...) y que se refería (...) a la transformación de las arcaicas relaciones de clase. (...) fue la frustración de esa expectativa, que afectó a un proletariado joven, poco calificado, sin arraigo en las ciudades, que habitaba en suburbios mal equipados y carecía de empleo fijo, y la presencia de dos sindicatos rivales, que habían experimentado un crecimiento fulgurante con la incorporación de cientos de miles de trabajadores sin previa experiencia ni educación asociativa, lo que dio a las luchas de clase una realidad difícil de entender por una mera determinación económica".

²⁴ Las cursivas son nuestras.

²⁵ A diferencia de Miguel, Augusto Pescador fue un joven abogado que ciertamente lo orientó en las ideas socialistas, y que entonces realizaba en Madrid su servicio militar, y Juan Bellod Salmerón era estudiante de Derecho en Bellas Artes.

campo que cultivar y un mendrugo diario que comer en compañía. He nacido para estar por el aire y gastar esos tragos de Dios siempre. Yo estaría ahí. Me colocaría en Madrid el tiempo justo para hacer una cantidad pequeña y venirme y comprar un sitio que tiene escogido mi contemplación por estas tierras únicas” (OC: 2332).

De regreso a Orihuela de ese primer viaje, ya en el tren, los guardias civiles pidieron comprobarse su identidad, pero la disparidad entre el título del boleto, a nombre de Alfredo Serna, la cédula de Augusto Pescador, y su persona, bastaron para que la guardia civil le llamase estafador y en Alcázar de San Juan lo hicieran descender del tren y lo llevaran a prisión, la primera de muchas por las que se vio obligado a entrar. En medio de un ambiente de sucedidas confrontaciones entre guardias civiles y obreros y campesinos, como los ocurridos respectivamente en Arnedo y Castiblanco, y las evidentes pruebas de “falsificación”, a la Guardia Civil le resultó menos difícil identificar a Miguel como un sospechoso y llevarlo a prisión. Como ya de suyo, mal actuó la Guardia Civil al hacerlo con violencia, y al fin una de las razones por la que se enfrentaba al sentimiento de hostilidad por parte de la clase obrera y campesina, aunque por otro lado se viese recíprocamente favorecida por la burguesía provinciana y autoridades municipales que la habían nombrado “La Benemérita”.

Durante su regreso a Orihuela, el edificio de Santo Domingo había sido expropiado y destinado a la Segunda Enseñanza con el nombre de “Gabriel Miró”, tras las primeras alteraciones religiosa, dígame la disolución de la Compañía de Jesús, la ley de divorcio y la secularización de cementerios, que en efecto no sólo fueron un menoscabo cultural contra la Iglesia, “(...) a su papel como difusora de ritos, concepciones, vivencias, representaciones sociales y símbolos definitorios de una sociedad tradicional (...)”, sino un desmantelamiento de su poder económico-político llevado a cabo a través de una verdadera lucha simbólica, pues “Se pretendía acabar con la representación de la fe católica como símbolo absoluto de la comunidad, identificación que había actuado como una de las bases de legitimación simbólica de la estructura social del viejo régimen” (González Calleja, 2005: 108).²⁶ En contrapartida, la Iglesia y la burguesía urbana y rural movilizaron como antes otros sectores sociales en acciones revisionistas dirigidas contra las reformas republicanas y las nuevas propuestas ideológicas que hacían mella de su poder económico, político y social:

(...) bajo el impulso de la Iglesia creció una oposición que aglutinaba no ya a oligarquías del Antiguo Régimen, sino a miles de agricultores medios y pobres dirigidos políticamente por miembros de las clases medias urbanas. (...) Este nuevo partido de masas era en parte una derivación del sindicalismo agrario que en 1917 había dado origen a la CNCA y de aquella Unión Patriótica que había servido para proporcionar a la Dictadura de Primo de Rivera su clase política civil, iniciativas ambas impulsadas por Ángel Herrera, fundador en 1909 con el jesuita Ángel Ayala de una agrupación destinada al cultivo de minorías selectas

²⁶ En efecto, las escisiones ideológicas eran tales que “La República era identificada con la lucha contra la Inquisición, con los erasmistas del siglo XVI, los afrancesados del siglo XVIII y los krausistas del siglo XIX y XX. La defensa de la Iglesia era identificada con la misión nacional de España en la Reconquista y con la defensa de la España contemporánea contra los pecados del liberalismo y el materialismo” (Jackson, 1976: 63).

con capacidad de liderazgo político y social, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Ángel Herrera lanzó en abril de 1931 el Partido de Acción Nacional (...), bajo el programa de religión, patria, familia, orden y propiedad (Juliá, 2007: 104-105).

En esa línea, una de las contestaciones a las reformas religiosas en Orihuela fue la creación de la revista *El Gallo Crisis*, dirigida por el fraile y consiliario de la CEDA,²⁷ Buenaventura del Puzol y el líder católico Ramón Sijé. El “(...) primer número apareció en el Corpus de 1934, (...) y colaboraron en ella Jesús Manuel Alda Tesán, profesor de Lengua y Literatura española; los abogados Juan Bellod y Tomás López Galindo; un notario, José María Quílez (que fue quien la financió), y Juan Colom, sacerdote titular de la cátedra de Filosofía” (Sánchez Vidal, 1992b: 39).

No obstante esta panorámica, Miguel estaba inmerso en sus sueños de superación y fama poética personal. Al mismo tiempo que sus actividades como mecanógrafo con Luis Maseres, se dedicó bajo la tutela aún de Sijé a la corrección de lo que pronto sería su primer libro de poesía *Perito en lunas*, publicado en la colección *Sudeste* del diario murciano *La Verdad*, merced al patrocinio de Luis Almarcha, José Martínez Arenas y Ramón Barber. Así, con aliados del poder local, la obra primaria vio la luz en enero de 1933 bajo el cuidado editorial de Raimundo de los Reyes, por cuya intermediación Miguel conoció a García Lorca, cuando éste con su grupo La Barraca presentaba *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, en Murcia. Al autor de *Bodas de sangre* Miguel dirigió el 10 de abril de 1933 una carta con tono desesperado frente a las duras críticas que recibía su *Perito*, del que opina: “Usted sabe bien que en este libro hay cosas más que se superan difícilmente y que es un libro de formas resucitadas, renovadas, que es un primer libro y encierra más personalidad, más valentía, más cojones –a pesar de su aire falso de Góngora– que todos lo de casi todos los poetas consagrados, a los que si se les quita la firma se les confundiría la voz (...)” (10-4-1933; OC, 2307). Sin embargo, Lorca se mostró hostil a los llamados y a la propia figura del poeta oriolano, pues es verdad, como advierte Muñoz Molina (2010: 38), Miguel “Empezó jugando a ser el ‘pastor poeta’ del primitivismo pintoresco, y en la sociedad literaria de Madrid en vísperas de la guerra siguió siendo, entre hijos de buena familia con inclinaciones izquierdistas, damas de sociedad y diplomáticos, el campesino moreno y exótico, el inocente y bondadoso que llevaba alpargatas y pantalón de pana que podía ser entrañable, pero no siempre era invitado a las reuniones de buen tono”.

En la misma Orihuela experimentó los recelos literarios que más tarde viviría en la ciudad; aunque pocas, las duras críticas a *Perito* hicieron mengua de su emocionado espíritu en relación con su primera obra lírica; y es que, reflejadas ya en su título original, *Poliedros*, las complejas metáforas dificultaron la lectura de sus poemas, a los cuales tuvo que eliminar incluso los títulos, y reducir dadas las políticas editoriales

²⁷ La CEDA y Acción Popular estaban dirigidas por José María Gil Robles, y representaban la línea moderada de la Iglesia y sus seguidores. Más tarde coaligó con Renovación Española, representante de “(...) los católicos adinerados, la aristocracia y los elementos intransigentes de la Iglesia” (Jackson, 1976: 118). En 1933 Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega fundaron la Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), y José Antonio Primo de Rivera, entre otros, la Falange.

implementadas por el nuevo régimen y la escasez de papel comenzada a sentir²⁸ (Sánchez Vidal, 1992b). Posteriormente, Miguel se dedicó a cultivar la escritura y traducir “El remero” de Váleriy, en su estudio-huerto, como confiesa a su destinatario Raimundo de los Reyes, y se consagró a preparar, bajo el influjo mironiano y la supervisión de Sijé, ¡*Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras!*, en medio del silencio manifestado en la provincia, como en las ciudades, por los hombres de letras como por la población oriolana en general. Todavía en marzo de ese año tuvo oportunidad de participar con lecturas de “La elegía de la novia lunada” en el Ateneo de Alicante, y explicar la “Elegía media del toro” con dibujos creados por Rafael G. Sáenz y Francisco Díe, en la Universidad Popular de Cartagena, donde fue invitado en julio por Carmen Conde y Antonio Oliver Belmás (Sánchez Vidal, 1992b: 2738). A propósito, a este matrimonio y a la joven María Cegarra los había conocido en ocasión del homenaje a Gabriel Miró realizado en Orihuela en octubre de 1932, donde Ernesto Giménez Caballero, que había regresado de un viaje a Italia, puso en evidencia sus ideas fascistas y reaccionarias, manifestó desdén por la estética purista del homenajeado “Y no contento con sus prédicas filofascistas, declararía a la altura de 1954 que Sijé y Hernández ‘fueron de los primeros falangistas’ y que los dos le ‘saludaron con la mano abierta’ en el citado acto” (Sánchez Vidal, 1992b: 75). Por sus protestas a las declaraciones reaccionarias de Caballero, Oliver Belmás y Carmen Conde fueron detenidos junto con Hernández, circunstancia que le valió al poeta oriolano para demostrar su amistad sincera a la pareja.

A mediados de 1933 Oliver Belmás publicaba en *Presencia* una reseña positiva acerca del *Perito*, al contrario de lo que había publicado José Ballester en enero, en *La Verdad*; un mes después aparecían las “cuatro burradas” de Alfredo Manquerié en *Informaciones*, mientras Pérez Clotet elogiaba los versos del poeta, en los números 2-3 de *Isla gaditana*. Con todo, Hernández perdió confianza en sí mismo y se refugió en su huerto dedicado a la configuración de su auto sacramental, para cuya publicación advirtió no querer pedir favores, o tener un mecenas, como fue para su *Perito*. En ese verano también trabajó a destajo como mecanógrafo con el notario Quílez, mientras que por otro lado realizaba solicitud insistente al Alcalde de su pueblo para trabajar o pensión para estudiar; a Juan Guerrero Ruiz solicitó lugar en *El Sol* para sus letras, cuya publicación esperaba le diese unas monedas para sobrevivir, esclarecer el desconcierto y el sentimiento de humillación después de las duras críticas de algunos intelectuales a su

²⁸ Es cierto, el título original *Poliedros* aludía al carácter móvil y metamórfico tratado en los poemas, cuyos 42 títulos esclarecedores del contenidos de sus versos decidió eliminar para su publicación; sólo después Juan Cano Ballesta logró reproducirlos, gracias a la ayuda de Federico Andreu Rieira, a quien Hernández los había dictado (3-11-1932, OC, 2304). Estas modificaciones alteraron ciertamente el hilo conductor de su obra, con todo, Luna es el elemento temático alrededor del cual gira la composición de los poemas.

Después del levantamiento de Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932, el gobierno republicano suspendió diversos órganos editoriales e impresoras declaradas presumiblemente a favor de la derecha; *La Verdad* fue clausurada desde el 10 de ese mes hasta el 7 de octubre; después de la reapertura acusó al Gobierno de abuso de poder y en una editorial declaró su inocencia; también es cierto, por otro lado, que estos sectores fueron afectados por los constantes paros y huelgas llevados a cabo por impresores, electricistas y constructores, entre otros, en diversas ciudades del país, que en ese año (1933) fueron “superiores a las de 1928 y 1931” (Jackson, 1976).

obra lírica, y superar también el desinterés, la hostilidad o la incompreensión manifestados por su pueblo y Alicante, que en poesía se quedaron en Campoamor, diría Miguel. Y es que su libro de poemas, bajo el influjo gongorino, resulta hermético, rebosante de metáforas y mero artificio retórico; dice Bellido Navarro (1992) “metáfora-adivinanza” de elementos terrenales mitificados a través de pirotecnias verbales y simbólicas.

En efecto, advierte Cano Ballesta (2003: 121), *Perito en lunas* resultó anacrónica, desfasada con su gongorismo y purismo ya en declive en medio de “clericalismo y laicismo, entre fascismo y comunismo”, cuando el poeta está inmerso en los años del gran debate estético-ideológico “entre la tradición clasista y la decimonónica y el experimentalismo, entre el ruralismo y el refinamiento artístico urbano, son los años de choque entre la pureza e impureza poética, entre el vanguardismo lúdico y el vanguardismo politizado de dadaístas y surrealistas”; y es que esa primera obra de Miguel Hernández “(...) fue su respuesta inicial a la moda literaria del momento. Fue un gigantesco esfuerzo por superar su rudeza, elevar su lenguaje campesino y dominar la técnica del verso y de la estrofa” (Cano Ballesta, 2003a: 122). Quizá porque, como dice Vidal (1992b: 27), Hernández de vuelta en su pueblo se dedicó a escribir a partir de lecturas que “arrancan de motivos de leyendas que discurren por el tolerante cauce del octosílabo romanceado, homenajes locales, el modernismo ya trasnochado, una mezcla difusa de Bécquer, Darío, Gabriel Miró y Juan Ramón, y grandes dosis de regionalismo *panocho*, en ocasiones precariamente adobado al arrimo de su experiencia cotidiana de pastor”. Es cierto, el joven autor imita el estilo de Miró y Rubén Darío: “Radioscopía”, dice a Sijé en las primeras cartas enviadas a éste desde Madrid (12-12-1931; OC, 2340).

Bajo la sombra de ese registro “noble” de la primera etapa literaria de Miguel Hernández, diremos a este punto con Sánchez Vidal (1992b: 32), la obra poética de autor oriolano lejos de revelar su personalidad resulta un mero “sometimiento a una disciplina depuradora” para dominar el lenguaje y hacer poesía con lo cotidiano, y a través del lenguaje canónico obtener reconocimiento y revestir su “condición de aldeano y acomplexado”, no obstante una condición que retomará el poeta en su proceso de afirmación como hombre de pueblo poco antes, como durante y después de la guerra.

2.3. Un poeta en transición (1934-1936). Hacia una poesía revolucionaria

Bajo el influjo de nuevas ideas artísticas, como ideológicas en su relación con renovadas amistades de intelectuales en la capital, Hernández entró en un proceso de afirmación artístico-ideológica que lo llevó a la creación de una poesía impura y revolucionaria, como se verá a continuación. Así, el segundo viaje del oriolano a Madrid, en marzo de 1934, respondió a su deseo de encontrar editor y director para su auto sacramental *¡Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras!*,²⁹ titulado primariamente *La danzarina bíblica*, y después *¡Quién; te ha visto y ¡quién! te ve y El hombre, asunto de Dios*, como sugirió a José Bergamín poco antes de su concedida

²⁹ Sánchez Vidal señala que es quizá *El hombre deshabitado* de Rafael Alberti la obra influyente en la creación del auto sacramental del oriolano.

publicación en tres actos en *Cruz y Raya*, revista de tono católica-moderada fundada por éste y por Eugenio Imaz, con el apoyo de Manuel de Falla, “en un intento, explícito desde luego en Bergamín, de aunar tradición española y espiritualidad moderna” (Fusi, 2007: 606). Merced a éste, Miguel conoció a Concha Méndez y Manuel Altolaguirre y por éstos, a Luis Cernuda, Juan Gil Albert, Emilio Prados, Luis Vivanco y Rafael Alberti, miembros todos de la llamada Generación del 27,³⁰ y quienes manifestaron haber tenido positivas impresiones en relación con el auto sacramental en verso y la figura del autor, que al mismo tiempo fueron catalizadores que impulsaron a Miguel en su actividad creativa.

Poco tiempo antes de su viaje a la capital, en noviembre de 1933 la coalición Renovación Católica-CEDA,³¹ de Lerroux y Gil Robles, había ganado las elecciones generales al grupo republicano-socialista de Manuela Azaña y Largo Caballero, dedicado entonces al replanteamiento de sus bases teóricas y la formulación de estrategias políticas en sus alianzas con las izquierdas, que acusaron a la República de traición al dejar el gobierno en manos de la derecha-católica CEDA. La clase obrera y campesina, que había depositado sus esperanzas en las promesas de las campañas preelectorales republicanas,³² culpó al primer gobierno republicano-socialista de ser “burgués” y algunos, ideologizados radicalmente, se manifestaron bajo el impulso insurreccional (Zaragoza, Asturias), promovido también por Francisco Largo Caballero, ciertamente frente a un gobierno derechista sin programa ni rumbo políticos precisos (Juliá, 2007: 107-118) que no fuesen lo que podríamos llamar las “Contrarreformas” de las Reformas (Agraria, Trabajo y Religión) en favor de las clases burguesa y mesocrática.

Si bien a lo largo de las tres décadas las tendencias políticas e ideológicas se polarizaron en todo el país entre una masa de jóvenes deseosos de participar de los acontecimientos nacionales e internacionales ante el notable ascenso en Europa del

³⁰ Fusi (2007: 579) dice que para Luis Cernuda esta generación nació con las obras *Libro de Poemas*, *Romancero gitano*, de García Lorca; *Presagios*, de Pedro Salinas; *Imagen*, de Gerardo Diego; *Ámbito*, de Vicente Aleixandre, *Cántico*, de Jorge Guillén; *Marinero en tierra*, *Cal y canto*, de Alberti e *Invitadas*, de Altolaguirre. Y señala la concepción de Pío Baroja en relación con esta tercera generación “(...) que habría aparecido tras la Primera Guerra Mundial y a la que Baroja veía como una generación poco doctrinaria, elegante, no bohemia, que hablaba idiomas, en la que había ya mujeres, que gustaba del cine y de los automóviles y que tenía una actitud ante la vida profunda y digna pero también enérgica y optimista”.

³¹ Fue la CEDA “(...) que no había declarado su lealtad al régimen y cuyos dirigentes habían visitado Roma en enero de 1933 y asistido a la concentración nazi de Nuremberg, en septiembre, la más beneficiada de la prematura disolución de las constituyentes. (...) De similar trascendencia para el sistema de partidos fue la inapelable derrota de la izquierda republicana y el severo correctivo sufrido por los socialistas” (Juliá, 2007: 108).

³² Con el socialista y miembro de la UGT, Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo, la coalición republicana-socialista, a través de la Ley de Términos Municipales, Juntas Locales Agrarias, Jurados Mixtos Agrarios, Casas del Pueblo, Bolsas de Trabajo, Oficinas de Colocación y la institución de la Federación Nacional de los Trabajadores de la Tierra (FNNT), afiliada a la UGT, logró dismantelar el poder de las oligarquías rurales (alcaldes, burguesía provinciana, caciques, grandes propietarios, guardia civil); beneficiar una parte de la clase trabajadora y ensanchar las filas de los sindicatos. Sin duda, las reformas obrera y agraria fueron herramientas políticas con las cuales buscó derribar viejas y tradicionales formas de relación paternalista patrón-obrero por relaciones económicas y jurídicas entre clases, aunque en muchos casos con resultados contraproducentes (Calleja, 2005: 103).

fascismo y, a su vez, de los Frentes Populares como efecto de la crisis económica mundial, fue específicamente desde finales de 1933 en que las tensiones y los conflictos entre las clases políticas e ideológicas se cristalizaron:

Desde finales de 1933, la irrupción de las juventudes en la calle, la aparición de organizaciones explícitamente fascistas, la ruptura de los socialistas con la República, la división de los radicales y el rearme patronal produjeron mayores cotas de conflictividad. El cambio electoral de noviembre alejó a las organizaciones obreras del Estado e incrementó su hostilidad hacia instituciones como la Iglesia y el Ejército, ampliando el poder de convocatoria de la revolución social (González Calleja, 2005: 126).

Esta politización de los grupos de jóvenes, sumará dicho autor (2005: 127), “produjo efectos radicalizadores y violentos, que fueron instrumentalizados por diversos líderes partidistas como medio de presión política” y económica ejercida también por líderes y confederaciones sindicales.³³ Y es que en España se vivía la conformación y la movilización de las agrupaciones conservadoras e izquierdistas en diversas esferas de la vida nacional, esto es, la politización de intelectuales y organizaciones de jóvenes obreros, campesinos, universitarios, trabajadores domésticos, entre otros, que se integraban según sentimiento ideológico y religiosidad (Jackson, 1976) a la JONS, la JAP, la Falange, el Partido Socialista, el Partido Comunista, los sindicatos UGT o CNT, las asociaciones tales como la Unión de Escritores y Artistas Proletarios, creada en Valencia en 1932, y la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, fundada en Madrid en 1933, etc., mientras que el gobierno cedista establecía diversas formas de represión y censura en todo el país, dado el ambiente de tensiones provocado por los movimientos insurreccionales y enfrentamientos callejeros entre los grupos politizados, como antes señalamos.

Esta división política-social repercutió, desde luego, en la esfera cultural, donde la escisión ideológica se cristalizó con la existencia de grupos defensores de una estética pura, “teoría de las negaciones” de lo impuro, dirá Bremond (*apud* Carnero, 1992: 1), ‘deshumanizada’ o de vanguardia, representada por la Generación del 27, y la de los seguidores y los difusores de la llamada literatura y “poesía sin pureza”³⁴ que Pablo Neruda sugeriría en *Caballo verde para a poesía* en octubre de 1935 y la poesía de “avanzada”, “comprometida” o “revolucionaria”, que desde 1930 comenzó a cuestionar el estatuto de las vanguardias frente a los actuales acontecimientos políticos-sociales

³³ Santos Juliá (2007: 111) señala también este cuadro de tensiones políticas, según podemos ver, a los que “(...) se vinieron a sumar las formaciones juveniles paramilitares y los primeros enfrentamientos callejeros entre las milicias de las recién creada Falange Española y las formadas por las Juventudes socialistas y las comunistas”, creadas en febrero de 1934.

³⁴ Dice Pablo Neruda “Así sea la poesía que buscamos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orine y a azucena por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley. Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con machas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías de amor y de odio, bestias, sacudidos, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos. La sagrada ley del madrigal y los decretos del tacto, olfato, gusto, vista oído, el deseo de justicia, el deseo sexual, el ruido del océano, sin excluir deliberadamente nada, sin aceptar deliberadamente nada (...)” (*apud* Carnero, 1992: 3).

nacionales, de Europa y el mundo, y la posición del escritor y el artista ante la realidad social. De tal manera, en este complejo de realidades donde la lucha simbólica e ideológica por el poder vino formando parte de la cultura, las diversas formas de representación artística y literaria constituyeron verdaderas plataformas de debate y catalizadores de transformación cultural.

En esta perspectiva, por mencionar algunos ejemplos entre muchos, en las obras como *Genio de España* y *Circuito imperial* (1929), Giménez Caballero puso de relieve su tendencia fascista, y en el semanario *La conquista del Estado* su director, y fundador de la JONS, Ramiro Ledesma Ramos difundió sus ideas ultranacionalistas, antimarxistas, heroicas y combativas; la propia *El Gallo Crisis* expuso la visión nacional-catolicista y teocrática de Sijé; mientras que, en el otro polo, *Octubre*, creada en 1933 por Alberti, María Teresa León, Alberto Sánchez, Emilio Prados, entre otros, dio luz a las letras revolucionarias e ideas comunistas de *escritores y artistas revolucionarios*; el órgano *Claridad*, fundado en 1935, se convirtió en una plataforma política de los socialistas de Largo Caballero, y *Frente Sur*, creada por el mismísimo Hernández, sirvió a su labor propagandística republicana en la guerra, en la que se torna evidente la aceptación y afirmación de rompimiento del autor oriolano con el pasado.

En este estado de cosas, específicamente en la discusión sobre el estatuto de las vanguardias literarias en el cuadro de las reformulaciones políticas, bien como dice Fusi (2007: 609), fue sintomática la publicación de *El nuevo romanticismo*, en 1930, y la revista *Nueva España* de José Díaz Fernández, que “Revelaban, cuando menos, una nueva sensibilidad que reclamaba, frente a la ‘deshumanización’ del arte y al experimentalismo de las vanguardias, el retorno a un arte explícitamente social y al compromiso político del escritor y del artista”. En relación directa con tales ideas, es decir, sobre el lugar de las vanguardias desde la perspectiva política cuestionará también Ernesto Giménez Caballero, en junio de ese mismo año, en *La Gaceta Literaria* de Madrid (Sánchez Vidal, 1992b: 73). Bien como advierte Sánchez Vidal: “Ésa era la óptica que empezaba realmente a contar, tras años de desvinculación de la poesía y el arte respecto a las miserias de la ideología y la calderilla de lo cotidiano (...) como apostillaría con ironía Cernuda, glosando a un notorio decadentista en detrimento del purismo juanramoniano, eso de la vida misma se había convertido en algo más o menos arrabalero. ‘¿La vida? Nuestros criados se encargarán de eso’”. Así, desde 1930 el despertar de la conciencia cívica en las letras se profundizó cuanto más por el encuentro directo bien a través de diversos órganos de difusión nacional e internacional³⁵ que intelectuales españoles mantenían con diversos autores y sus propuestas, bien con las discusiones estéticas-ideológicas establecidas bien por encuentros directos, bien a través de congresos, revistas, etc., por ejemplo, en torno al arte como propaganda política (Maiakovski); “la compatibilidad o incompatibilidad de la cultura burguesa y el espíritu proletario” discutido por Emmanuel Berl vs Máximo Gorki y Bertrol Brecht vs George Lukács, y la polémica entre los defensores de un arte independiente (“arte por el arte”) y

³⁵ Como advertimos en párrafos anteriores, los periódicos, las revistas y el cine serán difusoras prominentes de las nuevas propuestas ideológicas y de transformación en el arte (Jover Zamora, 1972b: 887).

la comprometida o social (al servicio del proletario) según André Bretón vs Louis Aragon y Sergei Yasenín vs Karl Radek, y el propio Ortega y Gasset-Díaz Fernández, entre otros (Sánchez Vidal, 1992b: 74 y 76).

Pues en este contexto, si Miguel Hernández se inclinó a las ideas románticas-católicas de José Marín fue, como ya vimos, para tener acceso a las instituciones mantenidas por el poder provincial que dieran a luz sus poemas, entonces influenciados por las ideas teocráticas de aquél. Sin embargo, poco tiempo le llevó adoptar las ideas de que hacían eco los intelectuales de un arte comprometida, y es que la visión sijeniana (“sotánica-satánica”, diría Neruda a Miguel) no respondía a los planteamientos que hasta entonces vivían calladamente en el corazón de Hernández, aunque ya en esta altura se manifestara oscilante entre los polos estéticos-ideológicos en debate, al aparecer en 1935 en *El Gallo Crisis* de Sijé y simultáneamente en *Caballo Verde para la Poesía*, de Neruda. Aún en agosto de 1934 escribió su elegía “Citación fatal” al torero Sánchez Mejías, que propuso al director del *ABC*³⁶ con la esperanza de que fuese publicada siendo un tema de “palpitante actualidad”, aunque no llegó a aparecer por saturación de espacio en el diario, según le comunicó el Secretario General. En su condición de “obrero parado”, dice en octubre de 1934 a Bergamín, se dedicó a terminar *El torero más valiente*, que en noviembre de ese mismo año lo llevó de regreso a la capital: “Dentro de unos días –diez... doce– voy de nuevo a Madrid. *El torero más valiente*, tragedia española mía, me lleva en busca de teatro allí. Tengo en preparación muchas cosas... El cine me atrae irresistible” (11-1934; OC, 2317). Regresó efectivamente a la fuente donde se encontraba y movía la élite literaria, los ‘reformadores’ del arte nacional, y motivado por su deseo de hacer teatro dio a leer su tragedia a la directora y actriz del Teatro Eslava, Margarita Xirgu; sabía también que Cipriano Rivas Cherif, director del Teatro Español y municipal madrileño, apostaba por un teatro experimental, y pensó incluso en el propio García Lorca, pero estas figuras del teatro mostraron poco interés hacia *El torero más valiente*, apenas publicado en dos de su escenas (IV y V) en *El Gallo Crisis* núm. 3-4, en octubre de ese año (Sánchez Vidal, 1992b).

Y si bien en 1934 Miguel Hernández aún colaboraba en la redacción de la revista sijeniana, ya se mostraba en desacuerdo con el “catolicismo exacerbado, intransigente, resultante de la soledad y el carácter soberbio e impetuoso” de éste (OC, 2332), como diría en enero de 1935 al director de *Cruz y Raya* cuando ya había establecido en las navidades anteriores relación con el pintor Benjamín Palencia, quien entonces se ofreció a ilustrar el *Silbo vulnerado* del oriolano. Y es que la actitud de Sijé, como ya vimos, respondía a la visión tradicionalista, conservadora y ortodoxa en que la moral cristiana, la mística, los autos de fe, las Cruzadas, como el origen castizo³⁷ le resultaban la fuente

³⁶ El 31 de mayo de 1931, *ABC* y *El Debate* habían sido suspendidos por el gobierno republicano.

³⁷ Las obras de historiadores diversos reflejarán el interés por el estudio de la esencia histórica y cultural de España frente a Europa. Efectivamente, el erudito Ramón Menéndez Pidal en *Poema del Cid* alude a la raíz castellana como centro de la identidad nacional, o el continuismo hispano-romano, visigodo y de reconquistas españolas sosteniendo por Rafael Altamira en *Historia de España y de la civilización española* y por Sánchez Albornoz en *España. Un enigma histórico*, ante las que resultaba una diatriba

de la identidad y la salvación nacional, mientras que Hernández comenzaba a afirmar la vitalidad de la tierra: fecunda, palpitante, moderna y revolucionaria, como las esencias también de su poesía y vida, porque “Miguel hunde su verso en el corazón de la tierra y en toda la imagería que de ella brota”, dice Cano Ballesta (2003b: 124) sobre la transición poética del poeta oriolano. En esa línea temática e ideológica fue configurando su obra literaria, y es que conoció en su viaje de diciembre de 1934, a miembros de la llamada Escuela de Vallecas. Por mediación de su compañero de pensión en Madrid, su pariente Francisco Díe, conoció al escultor González Gil y al pintor Benjamín Palencia, como se dijo; a este último escribió desde Orihuela dando noticias acerca del proceso de creación de su *Silbo vulnerado*: “Estoy acabando de terminar un libro lírico, ‘El silbo vulnerado’... un libro como tú me pedías, de pájaros, corderos, piedras, cardos, aires y almendros” (12-1934; OC, 2327), dado a la luz en febrero de 1935.

Fue también por su relación con Palencia porque Hernández conoció a otros integrantes artistas vallecanos: Alberto Sánchez, Maruja Mallo, Eduardo Vicente, Rodríguez Luna, y otros, de quienes recibió una fuerte influencia estética, y tal vez por quienes esclareció la visión revolucionaria que dormía en él. Si bien que las tendencias en las artes plásticas venían reproduciendo el paisajismo regional español (Sorolla), el impulso de dar respuesta al deseo de “europeización” de España condujo ciertamente a los artistas de vanguardia por las líneas del cubismo y el surrealismo, en trazos geométricos de una arquitectura deslumbrante, que la estética sugerida por el grupo vallecano contornó hacia un giro anti-urbano o anti-cosmopolita en preferencia del neoruralismo o neopaisajismo, en tono con los artistas del 98, sin embargo, y esencialmente, sobre una visión comprometida y revolucionaria: “(...) Alberto y Palencia buscarían crear un arte enraizado en la realidad inmediata del pueblo, desde una síntesis del surrealismo y postcubismo al servicio sobre todo de la reinterpretación del paisaje castellano, apuesta que en Alberto se tradujo en una escultura de formas fantásticas (monolitos alargados y rayados, como si fuesen formas espaciales, casi cósmicas) y en Palencia, en una pintura terrosa de colores ocre, y pincelada gruesa como expresión de la sequedad y humildad de los páramos castellanos” (Fusi, 2007: 583). De esa manera, los elementos de la naturaleza que Hernández utilizó en sus versos de la adolescencia fueron afirmados a través de una voz renovada, consciente y segura de su origen terrenal antes que místico-teológico de la visión sijeniana; de esta poesía primera impregnada de catolicismo, lo mismo que de éste, se sintió arrepentido el joven poeta, como dijo en junio de 1935 a Juan Guerrero Ruiz:

En el último número aparecido recientemente de *El Gallo Crisis* sale un poema mío escrito hace seis o siete meses: todo él me suena extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico única y exclusivamente a la canción y a la vida de tierra y sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba suicidándome y traicionándome tristemente (OC, 2345).

La realidad histórica de España, de Américo Castro, donde éste replantea que el origen de España se debe al cruzamiento de cristianos, moros y judíos (Fusi, 2007: 617).

Como enuncia a Pérez Clotet desde agosto de 1933, el paisaje y los elementos naturales (olivos, la viña, las higueras, la cosecha, las espigas, el barro, las chicharras, etc.) que en adelante conjugaría Miguel en su poesía respondieron a esa visión desmitificada y terrenal, como ya advierte en *Miguel Hernández y el debate cultural de los años treinta (El poeta ante el 'Guernica')* Cano Ballesta (2003b: 124-125): “El trato y la conversación con Alberto Sánchez, Maruja Mallo y Benjamín Palencia le hacen acercarse a las cosas del campo, no como símbolos, sino como en sí mismas, como objetos y realidades terrestres, valiosas por sí despojadas de todo simbolismo metafísico”.

Por otra parte, se ha afirmado también la influencia estética de Pablo Neruda con respecto a la transición estética del poeta oriolano. En mayo de 1934, por un segundo viaje a España al consulado de Chile en Barcelona, Neruda se dirigió a Madrid a tratar sobre la edición de su *Residencia en la tierra*, y en el verano de ese año tuvo noticia del Miguel, cuando en julio, éste viajó a la capital para entregar a Bergamín el material restante de su auto sacramental, ocasión donde pudo conocer a José María de Cossío; entonces el poeta chileno quedó positivamente impresionado en relación con la obra y su autor, pero fue hasta diciembre que el encuentro entre ambas figuras tuvo lugar a la sazón en una conferencia dada por Neruda en la Universidad de Madrid en la que García Lorca participaba como presentador; meses más tarde tuvieron ocasión de encontrarse en las reuniones del “Frente Popular de la poesía”, a las que también asistían María Zambrano y Enrique Azcoaga, con quienes Miguel se enlistó hacia mediados de febrero de 1935 para llevar a cabo las Misiones Pedagógicas³⁸ en diversas zonas rurales de España (Sánchez Vidal, 1992b). A la autora de *Filosofía y poesía* dedicó en el segundo número de *El Gallo Crisis* “LA MORADA-amarilla”.

A partir de entonces, el Hernández que había absorbido la poesía pura y deshumanizada adoptó tanto las formulaciones de la poesía “impura”, nutrida con los temas de la vida cotidiana, del hombre y su condición humana, de acuerdo con Pablo Neruda, a quien dedicó *El hombre acecha*, tanto como el surrealismo “romántico” de Aleixandre, su futuro amigo al que Miguel escribió “Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre” y dedicó *Viento del pueblo* (Morelli, 1992). En ese año *La destrucción o el amor* había ganado el Concurso Nacional, y este hecho despertó interés por Miguel, quien convenientemente se sirvió de ello para establecer comunicación con Aleixandre, solicitando a éste un ejemplar de su obra galardona, porque no tenía dinero para comprarlo. En esa línea de cambio, los trazos de la visión neorromántica de rechazo al purismo manifestado por Miguel se entrecruzarían en la ruta hacia su afirmación de compromiso político y social, enriquecida por las propuestas de Neruda y Aleixandre, a partir de finales de 1933, por un lado, como ya se ve en sus opiniones a Pérez Clotet al señalarle “su olvido de ‘su aquí’” y un verso “bello excesivo” a propósito de su *Trasluz*,

³⁸ Sobre las Misiones Pedagógicas hemos referido que la función de estos jóvenes, y de este proyecto cultural republicano, era concientizar a los lugareños sobre el valor cultural de sus regiones y la importancia de integrarla al nivel nacional moderno; representaban teatro guiñol, recitaban poemas de los poetas clásicos españoles; proyectaban películas de actualidad; alfabetizaban a jóvenes campesinos, etc., creando una conciencia social y cultural significativas.

hasta 1935, por el otro, cuando se declara contra el tradicionalismo-catolicismo de Sijé. Con certeza que a éste, en su papel “sermónico”, la transición estético-ideológica de su amigo le pareció el camino hacia la perdición,³⁹ que desde esa perspectiva equivale a decir laicismo, reformismo, poesía impura-revolucionaria. En este punto, nos parece conveniente transcribir las palabras de Sijé, que no tienen pérdida, y que revelan mucho a una parte las concepciones acerca de la llamada poesía impura y más, sobre el dilema estético-ideológico del momento, como el propio pensamiento de aquél:

Es terrible lo que has hecho conmigo. Es terrible no mandarme *Caballo Verde*... Por lo demás, *Caballo Verde* no debe interesarme mucho. No hay en él nada de cólera poética, ni de cólera polémica. Caballo impuro y sectario. Quien sufre mucho eres tú, Miguel. Algún día echaré a *alguien* la culpa de tus sufrimientos humano-poéticos actuales. Transformación terrible y cruel. Me dice todo esto la lectura de tu poema *Mi sangre es un camino*... Nerudismo (¡qué horror, Pablo y selva, ritual narcisista e infrahumano de entrepiernas, de vello de partes prohibidas y de prohibidos caballos!; aleixandrismo, albertinismo). Una sola imagen verdadera: la prolongación eterna de los padres. Lo demás, lo menos tuyo. ¿Dónde está Miguel el de las batallas? (*apud* Sánchez Vidal, 1992b: 80)

Y es que a Miguel le tocó vivir y tomó partido de las transformaciones estéticas-ideológicas ocurridas dos décadas anteriores a la guerra; a decir de Sánchez Vidal (1992a: 4), al surgir en los años 30 “en él puede sorprenderse la misma cuestión (...) la fase resolutiva de las vanguardias, su integración en discursos estéticos de orden neorromántico, neobjetivista o neocasticista, más comprometidos desde el punto de vista ideológico y político. Las palabras de Miguel contra Picasso apuntan en esta dirección de desplazar el cosmopolitismo parisino y las vanguardias de primera hora por algo más telúrico y autóctono”. De ahí que Hernández no encuadre ni en la Generación del 27, pues él transita en medio de los ‘neo’ y los *post* ‘ismos’, ni en la Generación del 36, porque, para Sánchez Vidal, la guerra no es el “núcleo gravitatorio” del poeta sino su “clausura” (1992a: 4); para el crítico, son sobre todo la madurez y la personalidad reflejadas en *El rayo que no cesa*, *Viento del Pueblo* y *El hombre acecha* que encuadran a Miguel Hernández en la Escuela de Vallecas y acaso “sea el más representativo de esa tendencia”. En efecto, bien que se refleje en la poesía, según el *corpus* epistolar seleccionado, es en las cartas donde se nota mayormente esta dicotomía, pues Hernández apenas sobrevive al conflicto bélico que viene a ser, en efecto, su clausura.

En este punto nos parece claro recapitular que la transición estética e ideológica (poesía pura/poesía impura-comprometida; catolicismo/laicismo) se dio poco después de la publicación de *Perito en lunas*, mejor decir, a finales de 1934, cuando ha establecido relación con los artísticas de Vallecas, y los poetas Neruda, Alexandre y

³⁹ Resulta interesante la declaración de Eutimio Martín (1992: 12), como referimos muchos párrafos arriba, cuando dice, por un lado, que era estratégico para Miguel Hernández su relación con Sijé, pues le permitiría entrar en “el engranaje editorial católico, único posible en Orihuela”. Y a Sijé servirse del “talento literario de Miguel para utilizar el necesario ingrediente poético de su ambicionado proyecto teocrático. Un pastor poeta le suministraba el fermento irracional de la poesía y el nada despreciable argumento político del proletario recuperado”, por el otro.

Alberti, hasta *El rayo que no cesa*, de 1936. Y es que ese proceso de mudanza creativa vino acompañado o impulsado por su experiencia de vida en las Misiones Pedagógicas; su nueva vida en Madrid, a veces de hastío, envidias y mentiras y los sentimientos encontrados en relación con la vida tradicionalista en la provincia frente a la urbana (13-7-1935; OC, 2347); los agridulces de su relación-pasión con Maruja Mallo, la pintora gallega que gozaba de renombre pues había trabajado con Ortega y Gasset ilustrando para la *Revista de Occidente*; la separación (julio, 1934-febrero, 1935) con Josefina Manresa; las confrontaciones con el tradicionalismo y el catolicismo de ésta en relación con el comportamiento que veía de las mujeres de la ciudad, cuyos valores culturales, en comparación con la moral y el tradicionalismo religioso de su pueblo, Miguel parecía aprobar:

(...) la agente de los pueblos es tonta perdida, Josefina mía: por eso me gustaría tenerte aquí en Madrid, porque aquí no se esconde nadie para darse un beso, ni a nadie le escandaliza cuando ve una pareja tumbada en el campo, uno encima de otro (...) Odio esa gente idiota que se le pasa todo el día hablando de si ha visto a la vecina besándose con el novio. (...) Tú fíjate en que casi todos los que hablan mal de esas cosas, tan naturales como mear, son solteronas o curas: las dos clases de personas que menos falta hacen en el mundo porque lo envenenan (OC, 2354).

Además de sus experiencias en el trabajo de recopilación de historias de toreros por diversas regiones del país, y el monótono trabajo de redacción de biografías para la Enciclopedia de *Los Toros* de la Espasa-Calpe, que dirigía José María Cossío, y con quien ingresó a trabajar desde los primeros meses de 1935; el distanciamiento con Sijé, y enseguida el duelo por la muerte repentina de éste, el 24 de diciembre de 1935, etc. Con todo, 1935 resultó fructífero para Hernández, pues también participó en la Universidad de Cartagena con una ponencia sobre Lope de Vega; trabó amistad y amorío platónico con María Cegarra, a quien le escribió en agosto dando noticias acerca del trabajo de creación, e ilustración por Maruja Mallo, de *Los hijos de la piedra* “obra montés (...) de paisaje y tierra de que me rodeo” (8-1935; OC, 2357), como escribió a Carmen Conde y Antonio Belmás. En octubre publicó en el primer número de *Caballo Verde para la poesía* “Vecino de la muerte” y se dedicó a preparar *El rayo que no cesa*, que vio la luz en enero de 1936, en la colección Héroe, bajo del cuidado editorial de Altolaguirre y Concha Méndez. En efecto, en *El rayo que no cesa* hay mucho de lo que por aquella época experimentó; en palabras de Joaquín Marco (1992: 2), en esta obra Miguel se convierte a través del “autoreconocimiento en un ejemplo de la condición humana: poesía existencial” en que el poeta expone “la realidad dramática exterior”; en ella incluyó, lo mismo que en la *Revista de Occidente*, la “Elegía” a Ramón Sijé, “Silencio de metal triste y sonoro”, “Fatiga tanto andar sobre la arena” y “Lluviosos ojos que lluviosamente”, entre otros poemas, que atrajeron la atención y favorables críticas de Juan Ramón Jiménez, publicadas en *El Sol*, que por su parte permiten conocer el eco del dilema cultural establecido por los intelectuales de la época:

Verdad contra mentira, honradez contra vergüenza. En el último número de la Revista de Occidente publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca elegía a la muerte de su Ramón Sijé y seis sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la “poesía pura” deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad, su herencia castiza. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda, como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional poético, y ¡quién pudiera asaltarlo con tanta claridad todos los días! Que no se pierda en lo rolaco, lo católico y lo palúdico (las tres modas más convenientes de “la hora de ahora”, ¿no se dice así?) esta voz, este acento, este aliento joven de España (apud Díez de Revenga, 2003: 2).

Se ha dicho que *El rayo que no cesa* revela una visión liberada, personal e íntima gracias a “El amor, que abrió un nuevo camino para su composición poética” donde ciertamente conviven “(...) residuos de los viejos planteamientos religiosos, embriones de la nueva poética y, sobre todo, el poético girar en el vacío que es el tono más general de una obra concebida desde el alejamiento de Sijé, de Orihuela y de su novia” (Sánchez Vidal, 1992b: 56-57). Y es que en esta obra, continúa este crítico, se refleja la tensión entre los signos vitalista y tragicista, donde el deseo erótico es la fuerza vital que se enfrenta a la moral provinciana que condiciona a la novia y al ambiente oriolano. También Cano Ballesta (apud Sánchez Vidal, 1992b: 55) señala al respecto de esta obra que Hernández “(...) ha ido paulatinamente de la angustia de vivir como pecado las tentaciones carnales que le alejaban de Dios, hacia una valoración positiva del amor de mujer. En este momento la pena y la vida atormentada del poeta es también *mal de ausencia*, pero no de dios, sino de la persona amada. El amor divino ha sido sustituido por el amor humano”. Ciertamente, *El rayo...* constituye una pieza poética reveladora de su transición estética y vital marcada por las contradicciones íntimas, amorosas, estéticas e ideológicas, en suma, de pasajes vivenciales de aquella época.

Como en *Los hijos de la piedra*, donde “lo erótico con lo social” queda unido, aunque al final resulten dominados por una “moral imperante” (Sánchez Vidal, 1992b: 58), aún de aquel ascetismo planteado por Sijé; no obstante en esta pieza ya se refleja su interés por la realidad social, aquel trasfondo histórico vivido en los primeros días de octubre de 1934, entre la clase obrera, juventudes izquierdistas (socialistas) y miembros de la clase media que ante la entrada de la CEDA al Gobierno se levantaron en armas en Asturias, donde la revolución cobró expresiones superiores de violencia que se repetirían en la Guerra Civil (Jackson, 1976: 143-160 y Juliá, 2007: 113-115). El mismo poeta argentino, tanto como la amistad profesada al poeta por el escritor revolucionario Raúl González Tuñón, a quien Miguel había conocido a finales de 1935, y quien retomó y denunció este acontecimiento en *La rosa blindada*, inspiraría las obras de Hernández. Fue *Los hijos de la piedra*, en efecto, la pieza que encaminó *El labrador de más aire*, galardonada con diez mil pesetas en el concurso Lope de Vega (Sánchez Vidal, 1992b) y que Miguel nunca cobró y publicó sólo hasta 1937, lo mismo que su *Teatro en la guerra*; fue aquélla una muestra del despertar cívico del oriolano en medio de una crisis política-social en expansión, y fueron éstas las de mayor expresión estética comprometidas con lo social.

2.4. Miguel Hernández y la explosión de la Guerra Civil

Como veremos, la compleja situación política y social que va experimentando el poeta antes de la explosión de la Guerra Civil y de cómo su vida se ve sumida de un girón y marcada por los acontecimientos bélicos, son el entramado en que, por otro lado, toma lugar su afirmación como hombre y poeta del pueblo. Tal vez, como atinadamente sugiere Mula Acosta (1992: 1), este compromiso social que Miguel manifestó y sostuvo durante y después de la guerra armada haya sido una “actitud inherente”, es decir, una actitud esencial y producto de la experiencia individual en que la influencia ajena (dígase Neruda, Aleixandre, Alberti, Palencia, González Tuñón, etc.) apenas haya actuado como catalizadora “de referencias que informan unas ideas y unas experiencias subyacentes en el poeta”; o bien, como dice Sánchez Vidal cuando se refiere a la transición de ideas de Miguel en relación con los de Sijé: se trata del despertar de planteamientos que Miguel “llevaba –en potencia dentro–” y que despertaron tras el encuentro con una realidad desbordante en diversas esferas de la vida nacional.

Y es que el 15 de febrero de 1936 España reflejaba una efervescencia política y social, pues el Frente Popular, armado por grupos republicanos y de izquierdas (Izquierda Republicana, Unión Republicana, el PSOE, PCE y Esquerra –izquierda republicana de Cataluña), había ganado la contienda electoral a la CEDA, de Gil Robles, el candidato desasistido por los grupos católicos y monárquicos (Juliá, 2007: 120), éstos escindidos y radicalizados, y beneficiados por el fascismo italiano. A partir del triunfo del Frente Popular la tensión social y política cobró formas violentas de manifestación entre los grupos y seguidores partidistas, debidas a las primeras medidas tomadas por el régimen de Azaña:⁴⁰ entre otras, el establecimiento de la Generalitat y el Gobierno de Luis Companys, en Barcelona, la declaración de ilegalidad de la Falange y el encarcelamiento de Primo de Rivera, la integración de los grupos socialistas y comunistas, enfrentados con los grupos juveniles de derecha, los ataques entre las clases políticas, sociales e ideológicas, etc., que agudizaron las tensiones sociales en el ambiente nacional español. Sin embargo, Miguel vivía ensimismado aún en su deseo literario, probando los agridulces de su vida personal, como el gozo al saber editado *El rayo que no cesa* y el duelo por la muerte reciente de su compañero Ramón Sijé, mientras los paros, las huelgas generales, los enfrentamientos callejeros entre los grupos escindidos, etc. habían obligado al gobierno del Frente Popular ordenar la movilización de la Guardia Civil con el firme propósito de recuperar el control y el orden públicos que causó el traslado justamente del futuro suegro de Hernández, Manuel Manresa y la familia de éste, de Orihuela a la provincia de Elda, en agosto de ese año.

A la fecha, los abusos de poder cometidos por guardias civiles contra campesinos fueron calificados como actos de represión, y los ataques físicos entre ambos grupos

⁴⁰ En una manera excesivamente simplista, podríamos decir quizá, que el descontento resultó de las primeras reformulaciones de las contrarreformas de las reformas republicanas que antes había llevado a cabo el bienio radical-cedista.

llegaron a la tortura y el asesinato.⁴¹ Este hecho fue causa de incertidumbre para Miguel, por temor a la seguridad contra su familia, su novia Josefina y la familia de ésta, tal como expresa en carta de mayo de 1936, donde se nota, por otra parte, la tensión social, la crisis económica en las provincias, como en el seno de la propia familia Manresa:

Maldigo siempre la hora en que se le ocurrió a tu padre pedir fuera del cuartel, que por eso te han llevado a ese pueblo, donde a lo mejor se organiza cualquier día una revolución y pasa algo malo. En Orihuela todo el mundo conocía a tu padre y sabían que era el mejor hombre del cuartel. Pero ahí nadie sabe nada y con el odio que la gente tiene a la guardiacivil, no se fijarán mucho en nada. Además, ahí ni encuentra trabajo tu hermano ni tú cosas, y como son tantos en la familia comprendo que el sueldo de tu padre no es bastante para vuestra casa (5-1936; OC, 2415).

Y es que el seis de enero de ese año, Miguel había sido víctima por segunda vez de los malos tratos por parte de La Benemérita, cuando miembros de la guardia al encontrarlo en una ganadería de toros en San Fernando, donde paseaba, lo cuestionaron y le exigieron cédula de identificación que no pudo presentar, razón de que se sirvieron los uniformados para llevarlo detenido al cuartel, y de malas formas:

Yo indignado le dije que aquello no eran modos de tratar a una persona. Bueno, por eso nada más que pasó, en el cuartel me dieron no sé cuántas bofetadas, me quitaron las llaves de mi casa, me dieron con ellas en la cabeza, me llamaron ladrón hijo de puta. Querían que dijera que había ido al pueblo a robar o a tirar bombas. Como no me sacaban otras palabras que no fueran de protesta, me dijeron que me iban a hacer filetes si no confesaba los crímenes que había cometido (2-1936; OC, 1992: 2374).

Frente a tal acontecimiento, fue reveladora la participación que tuvieron intelectuales como Ortega y Gasset, Alberti, Cossío, Lorca, Bergamín, Aleixandre, Ramón Jiménez, al firmar y publicar en *El Sol* una protesta contra la detención y mal trato dado al poeta de Orihuela, que por lo visto comenzaba a ser considerado por autores reconocidos como tal. Y es que los odios enardecidos entre militares, jóvenes seguidores del nazismo-fascismo y de los frentes populares habían convertido en torbellinos implacables los aires anímicos de la población entera, porque todos desconfiaban de todos. Por otro lado, merced a sus actividades alfabetizadoras en las Misiones Pedagógicas durante los primeros meses de 1935, y más tarde por el trabajo como oficinista y redactor para la enciclopedia, Miguel tuvo oportunidad de recorrer diversos pueblos serranos (Puertollano, Tamaral, Valdepeñas, Albadalejo) y conocer tierra adentro esa realidad tan cercana para él y al mismo tiempo tan distante de la España moderna: la del puro pueblo y provincia, como advirtió Fusi (2007), y no por ello negativo, a nuestro juicio, mas sí en lo que toca a la marginalización al estar carente de los servicios básicos como luz eléctrica, carreteras y correos, etc.; y campesinos mal

⁴¹ Muchos ataques a Guardias Civiles fueron cometidos por los mismos grupos de derecha para inculpar y desprestigiar al gobierno de la República y a los socialistas (Jackson, 1976).

pagados, desprovistos otra vez de sus tierras después del bienio radical-cedista, acosados por las autoridades y la clase de poder locales, etc.

Más tarde, instalado en Madrid, y después de seis meses de su rompimiento con Josefina Manresa, decide en febrero de 1936 reanudar la relación, declararle su amor y deseo de casarse con ella; este ofrecimiento de matrimonio, como veremos, se mantuvo de esa fecha hasta el 9 de marzo de 1937, en que pudieron contraer matrimonio civil, en medio de la guerra. Partícipe desde entonces de su vida, testigo y cómplice epistolar, Josefina se convirtió en el motivo principal de la producción epistolar de Miguel, quien para entonces declaraba a aquélla su condición existencial, de soledad y “miseria afectiva” (Martín, 2010) entonces vividas en Madrid “Dejaré Madrid, Josefina, no puedo vivir más en él, odio todo lo que hay en él. Esta vida artificial y encerrada me agota. Yo necesito tu persona, y con tu persona, la vida sencilla de Orihuela, no la de sus vecinos, si no la de sus tierras y sus montes” (1-5-1936; OC, 2404). Al respecto, Eutimio Martín (2010) declara la voluntad de Miguel de casarse con Josefina como un remedio por satisfacer su deseo paternal y estado de soledad “Tengo muchas ganas de estar contigo, Josefina de mi alma, y quiero trabajar mucho para ver si nos podemos casar muy pronto. Esta vida tan sola no puede continuar mucho tiempo; me desespera ver las parejas de novios de por aquí y me da una envidia muy grande. Tenemos que juntarnos cuanto antes” (2-1936; OC, 2377). Y es que esa crisis existencial es lógica si pensamos que se encontraba en un proceso de introspección, reformulación y afirmación de sus deseos e ideas personales en medio de fuertes acontecimientos políticos-sociales.

Esos cambios ideológicos se pueden ver inicialmente en su relación con Josefina al reconocer bien que sencilla y honesta, muy arraigada a la moral provinciana y al tradicionalismo religioso que coartaban la sensibilidad amorosa que el otro manifestaba y esperaba recibir ya sin tapujos y sentimientos de culpabilidad de su novia, como venía observando en las mujeres de la capital “Pero ha llegado el día en que los sentimientos se vean claros y no sean tomados como pecados, Josefina. Quisiera que vieras a las mujeres de aquí; son completamente sinceras y si uno no le gusta se lo dicen y si lo quieren se lo manifiestan con toda el alma. ¿No te parece que lo demás es puro engaño?” (3-1936; OC, 2385). Como advierte Cano Ballesta (2003: 126), la idea acerca del amor carnal como pecado y lujuria que se desprende de aquella visión cristiana adquirida en su juventud, desaparece frente a esta otra que es terrenal, y por tanto, natural, como vemos en aquella cita. No obstante, prevalece en Miguel un sentimiento de soledad y desamparo inquietante que lo condujo a comparar su vida tranquila y afectuosa en medio de la naturaleza oriolana a la complicada de la ciudad, donde las envidias, los celos, las mentiras, los asuntos literarios “mezquinos y tristes” le producían decaimiento, desengaño y deseo por volver a su otrora forma de vida campesina, como manifestó a su amigo Carlos Poveda en febrero, al querer darle noticia de su nueva publicación:

Me acuerdo cada día más de la vida sencilla del pueblo en ésta complicada de aquí. No puede uno librarse de chismes literarios y chismosos. Temo acabar

siendo yo el peor de todos. Hay mucha mentira en todo, querido Carlos. Estoy sufriendo cada desengaños con amigos que he creído generosos y perfectos (...) A veces, ante las situaciones que observo de envidia, rencor, mala intención o veneno, que de todo encuentro, me dan ganas de reírme (...) por ese tiempo corría yo por la sierra de un lado a otro tirando piedras y bañándome en los barrancos y ahora estoy frente a esta máquina de escribir que se ríe de mí (OC, 2369).

En medio de ese mundo “mezquino” de las biografías taurinas y la ciudad conflictiva anhela su vida tranquila de la provincia, cuanto más al experimentar lo recelos vividos en los cenáculos literarios de intelectuales de los que se caracterizaba porque “De todo el grupo, sólo él conoció de primera mano el trabajo manual, sólo él pasó hambre al llegar a Madrid en el que se le cerraban todas las puertas y en el que daba vueltas por la calle con el estómago vacío y con una carpeta de versos mecanografiados brazo esperando (...)” (Muñoz Molina, 2010: 38). En fin, las experiencias adquiridas en otras regiones y Madrid le ofrecieron nuevas perspectivas de la realidad social, el arte, la poesía (Aullón de Haro, 1992 y Cano Ballesta, 2003b), sobre sí mismo y su relación y compromiso con los otros. De esa manera terminaría *El labrador de más aire*, creada a su imagen y semejanza de lo que, parafraseándolo, consideró que fue y quiso ser como dice a su amigo Carlos Fenoll en junio de 1936; creó también *Viento del pueblo*, cuando de regreso a Orihuela, tras declarada la Guerra Civil el 17 de julio, se dedicó a dar forma a esos versos, empapados de aquella visión de estética comprometida o revolucionaria que asumió.

De suma importancia resultaría en el trayecto de su vida, la muerte del padre de Josefina, cuando a mediados de agosto la vida de aquél cayó en manos de milicianos de Elda, y cuyo hecho consternó al joven escritor; después de una estadía con su novia en Elda y Orihuela, decidió volver a la capital, pero no para reincorporarse a su escritorio de Espasa-Calpe, sino para enlistarse en el ejército del Quinto Regimiento del Partido Comunista, instalado en las inmediaciones de un convento donde las tropas realizaban el adiestramiento. Fue destinado inmediatamente al Frente de Madrid, para cavar trincheras en Cubas, un pueblo cercano a la capital; sin embargo, una infección en el estómago lo trajo de regreso a Madrid, a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, de Alberti, Teresa de León y Emilio Prados, quien logró ubicarlo en actividades para la propaganda política y cultural en los frentes. En el batallón de Valentín González “El Campesino” conoció al comisario político cubano Pablo de la Torriente Brau, y bajo las órdenes de éstos comenzó diversos viajes por Valdemoro, Pozuelo de Alarcón, Alcalá de Henares y Ciudad Lineal, donde realizó también su labor propagandística mientras escribía el *Pastor de la muerte*. De la integración del Batallón del Campesino y fuerzas dispersas, nació en diciembre la Primera Brigada Móvil de Choque, cuya imprenta lanzó en enero de 1937 el semanario *Al Ataque*, la plataforma propagandística de Miguel, cuando ya a finales de noviembre de 1936 había sido nombrado Comisario de guerra; ejercicio propagandístico que calificó de “el mejor” de su trabajo, según dijo a Josefina el 25 de enero de 1937 (OC, 2488), aunque bien notase el desgaste padecido por sus compañeros tras los violentos ataques establecidos a lo largo de casi seis meses de

guerra no ya contra españoles rebeldes, sino contra nacionales y tropas extranjeras nazistas-fascistas alemanas e italianas.

Más tarde, en carta abierta publicada en ese órgano, informaba al comandante Valentín González su salida del Frente de Madrid para incorporarse al Altavoz del Frente Sur, de Andalucía. Desde ese Frente, desde Jaén, en marzo de 1937 escribió a penas unas líneas a Josefina en las que le pedía se preparase para la realización de tan prologado deseo de casamiento, y que tendría lugar e manera civil el 9 de ese mes, mas vivió con Josefina una breve luna de miel y una corta vida de casados juntos. Por otro lado, *Frente Sur* fue el foro abierto en que Miguel manifestó y criticó la realidad de apatía del frente valenciano, indiferente a la guerra, y donde “se ha reunido lo peor de cada parte”, tanto como “La pedregosa ciudad de Jaén (...) dormido en un sueño blando de aceite local”. En ese periódico aparecieron también, “Aceituneros”, “Jornaleros”, “Andaluces”, etc., poemas que integró en *Viento del pueblo*, así como una prosa lúcida y de contenido profundo como “Compañera de nuestros días”.

En julio de ese año participó en el II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura, en Valencia, donde tuvo oportunidad de exponer su visión estética e ideológica del arte y la poesía revolucionarias (Aullón de Haro, 1992). Y mientras veían la luz su *Teatro en la guerra* y *El labrador de más aire*, Miguel se recuperaba de una anemia cerebral, en Cox, y a finales de agosto tomaba camino hacia la URSS donde asistiría al V Festival de Teatro Soviético a lo largo de un mes y de paso por varios países, desde París, Estocolmo, Moscú, Kiev, Leningrado, hasta su regreso a España, al fin viajes en los que Miguel experimentó el encuentro consigo mismo y su “españolidad” frente a la visión de un paisaje otro en Rusia, y la misma Europa, tan indiferente a la guerra española, como él diría en la prosa “La URSS y España, fuerzas hermanas”, como ya retomaremos en algunos de los últimos párrafos del subcapítulo 3, del capítulo 3 (pp.84 y ss.).⁴²

Su viaje a Rusia, como aquel su primer viaje a Madrid, le dio los elementos con los cuales nutrir *El Hombre acecha*, obra de carácter declaradamente antiburguesa y condenatoria de la injusticia e indiferencia social de la clase burguesa (europea), donde además revela su paso de la exaltación épica del *Viento del pueblo* al “al intimismo defensivo” (Sánchez Vidal), inspirado también en Manuel Ramón, su primer hijo, (19-12-1937) que muriera el 19-10-1938 tras una infección intestinal y problemas de alimentación. Por su lado, *Cancionero y romancero de ausencias* estaría inspirada en aquél y Manuel Miguel, su segundo hijo (4 de enero de 1939), y las experiencias carcelarias, que inició desde su detención, el 30 de abril de 1939, cometida por la policía portuguesa en Moura, donde había llegado clandestinamente, y que lo había entregado el 4 de mayo a Rosal de la Frontera, de paso en retroceso por Huelva, Sevilla hasta Torrijos, en Madrid; posterior a una brevísima libertad provisional, fue encarcelado en Orihuela, remitido más tarde a Conde de Toreno, Palencia, Yesería, en su paso a Ocaña, donde permaneció desde noviembre de 1940 hasta el 28 de junio de 1941, cuando entró

⁴² Al respecto, para la publicación de un artículo posterior, y desde una perspectiva imagológica, analizo en las cartas de Miguel Hernández la representación de la URSS y España realizada por éste después de su largo viaje a aquel país y diversas ciudades europeas.

al Reformatorio de Adultos de Alicante; ahí, la tifus y enseguida la tuberculosis le dieron muerte el 28 de marzo de 1942, 24 días después de haberse casado religiosamente con Josefina, tras chantajes y asedio continuos por parte de autoridades religiosas, como Luis Almarcha, para que el poeta soldado “se convirtiera” –sin que lograran conseguirlo– y llevase a cabo dicho matrimonio, y haber luchado incansable para conseguir su traslado a Puerto Coeli, para tratar de su enfermedad, pero los enemigos comunes no lo ayudaron, lo dejaron morir de forma cruel y cobarde.

En **síntesis**, a través de algunas cartas pudimos hacer un recorrido biográfico, como testimonial del autor oriolano en que primeramente vemos a un adolescente soñador empeñado en dejar su oficio de pastor de cabras para formarse como poeta en la capital, a la que recurre en un primer momento con ansias de gloria y fama literaria y con cartas de recomendación de autoridades locales religiosas y políticas como Ramón Sijé y Luis Armacha, para que personajes reconocidos de las altas esferas del medio cultural en la capital lo ayudaran; no obstante se encuentra con una realidad hostil como efecto de las reformulaciones políticas, sociales y culturales, por otra parte ajenas a lo que el joven soñador pensaba hallar en la ciudad; y es que le toca vivir las convulsiones ardientes de la década de los treinta, cuyas reformulaciones y transiciones ideológicas y políticas-sociales conducirían a la explosión de la lucha bélica.

De regreso a su pueblo natal bajo el influjo de ideas estéticas e ideológicas trasnochadas, como el romanticismo y neocatolicismo proclamadas por Ramón Sijé, Miguel produce su *Perito en lunas*, obra por la cual recibiría fuertes críticas de los intelectuales locales, como algunos más del ámbito nacional; hacia 1935 se ve influenciado como identificado por las propuestas estéticas de la Escuela de Vallecas, que preferían en el terreno de las artes plásticas, un distanciamiento por las pirotecnias vanguardistas del cubismo y cosmopolitismo sugeridos, entre otros, por Picasso, en pro de un arte neoruralista, neopaisajista, motivados por el compromiso social; desde luego, en la literatura el joven poeta que había seguido la tradición clasista y la decimonónica hasta el vanguardismo experimental ya en anacronía, se va afirmando a las propuestas de la poesía de avanzada, la poesía impura (Neruda), el surrealismo neorromántico (Aleixandre) y la literatura comprometida con lo social, en medio de los enfrentamientos entre laicismo y clericalismo, comunismo y fascismo, etc. En 1936, en los preámbulos del conflicto armado, el autor, con una visión renovada personal amoroso, como ideológico en lo político y religioso, como en lo literario (*Viento del pueblo*), va afirmándose como un poeta comprometido con lo social y con el pueblo, como demostraría en la guerra. Justamente de su experiencia, posicionamiento ideológico y participación como poeta y soldado en el conflicto bélico, así como la influencia de éste en su poesía, tratará el capítulo posterior.

**CAPÍTULO III. MIGUEL HERNÁNDEZ. CORRESPONDENCIA (1936-1939)
HACIA UNA REPRESENTACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Escribeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí, con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiende tu vientre de pobre que me espera,
y defiende tu hijo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

PRELIMINARES

En la actualidad, ha sido significativa la proliferación de estudios analíticos que enfocan la Guerra Civil española y la vida en ese contexto desde las más diversas perspectivas, así como la creación de una vasta literatura, en que pueden llegar a confluír la ficción y la realidad, desde el testimonio de los hechos vividos en primera persona, como cartas, diarios y memorias, hasta narraciones propiamente estéticas-literarias sobre dicha materia. Como se ha podido señalar en el capítulo primero, las cartas guardan un carácter testimonial y representacional al revelar la experiencia de vida personal, como colectiva, y la mentalidad de quienes la practican; las estructuras y las dinámicas socioculturales de un periodo histórico determinado en que es producida y difundida; las potencialidades de sí como un medio de comunicación y autoexpresión en diversas épocas, sociedades, formas y recientemente, materialidades distintas, que le otorgan un valor privilegiado dentro de otras expresiones discursivas de prestigio.

En los estudios recientes, las cartas constituyen un testimonio y una herramienta que permite conocer una historia de vida, los rasgos de una personalidad, el espíritu y el posicionamiento ideológico, la carga emocional frente a la realidad sociocultural e histórica en que viven los sujetos que la practican, etc. En el caso específico de las cartas producidas en la guerra y que tratan ese tema, es posible vislumbrar los miedos, las frustraciones, las angustias, las ideologías, la idiosincrasia y la experiencia cotidiana que los autores y actores de las cartas manifiestan en torno a dicha realidad histórica. Así, en el análisis detenido de las cartas de Miguel Hernández producidas en 1936-1939, buscamos reconocer la representación y el desarrollo cotidiano que el poeta manifiesta sobre los acontecimientos bélicos; su experiencia de vida en tales circunstancias, como las repercusiones que produce en su vida íntima, familiar y social, como en su obra artística. Revisaremos también la importancia que, como práctica cultural, cobró la escritura epistolar en la guerra y la postguerra, y sus alcances en tanto que reveladoras de tales realidades y voces hasta entonces silenciadas o pretendidamente olvidadas, que en un análisis comprometido pueden revelar los trazos más profundos de una historia de vida personal y las dinámicas socioculturales de la Historia nacional española hasta ahora conocidas. Así, bajo esta óptica a lo largo de tres subcapítulos revisaremos la imagen de la guerra, la experiencia de vida del autor en ese contexto, el estado emocional del sujeto que enuncia, el desarrollo y la afirmación del posicionamiento político e ideológico y las imbricaciones de su experiencia en la guerra en la obra literaria producida en aquellos años.

3.1. La guerra (1936). Un poeta y soldado a las trincheras

Si antes de los acontecimientos bélicos Miguel Hernández escribía poesía revolucionaria y participaba en los Ateneos con la lectura de sus poemas juveniles de protesta, en la guerra serían las trincheras los espacios donde se empeñó sin reservas en la lucha social como soldado y poeta del pueblo; bien como señala Joaquín Marco (1992: 2), el poeta-cantor que entonces era, se convirtió en la guerra en el soldado-cantor, pues “(...) su condición trágica se acrecienta ahora al contacto con la realidad. Como poeta revolucionario, Hernández decide alterar el signo y la función del poeta. La poesía de guerra no puede ser heterodoxa, debe anclarse en una realidad elemental y evidente y alcanzar otro público. Se canta lo que se vive, lo que la realidad dramática y exterior propone”; y es en esa perspectiva que Hernández asume su “función y ficción” como poeta declamador-*viento del pueblo* y ofrece una imagen textual de la guerra y las repercusiones de ésta en su vida y obra artística. Con todo, bajo el amparo de su obra poética y periodística de la guerra, se quiere plantear de qué manera se define el carácter representacional de las cartas como referentes de la realidad objetiva o si por el contrario son muestras de una mayor subjetividad, y de qué modo la trágica situación en que se encuentra el epistológrafo en el momento en que escribe sus epístolas otorga a su discurso un valor de sinceridad y realidad, que no obstante es preciso analizar en relación directa con la personalidad del autor, como la de sus receptores; el grado del pacto íntimo establecido con éstos, las normas y restricciones impuestas a la escritura epistolar por parte de los grupos políticos-militares, y las exigencias que impone la propia realidad bélica, entre otros.

Es cierto también que en sus cartas es posible localizar fragmentos de esa realidad trágica de guerra que refleja Miguel en su poesía, por ello no parecerá exagerado afirmar que son las narraciones epistolares testimonios *in situ*, escritos en la inmediatez de la guerra: en la calle, las trincheras; entre los amigos soldados haciendo fila para recibir la ración de comida; entre los tapetes de una fábrica incautada, en el comedor del batallón en los frentes, en las zangas de las fortificaciones, en las rodillas y en medio de la calle convertida en barricada, etc. Sin embargo, es pertinente considerar para el análisis de esta referencialidad descrita por Hernández, además de las exigencias que imponen los acontecimientos bélicos, factores determinantes como la censura impuestas por las fuerzas políticas de gobierno y de mando militar, y la autocensura, influenciada por aquélla y por la actitud de compromiso y solidaridad adoptada por el autor de las cartas, que le motivaron a mediatizar el contenido de su discurso epistolar, con el fin de evitar penas y angustias a sus receptores, familiares y novia, Josefina Manresa.

En este caso, siendo Josefina el *locus* de competencias y modalidades determinadas para la lectura de las cartas de Miguel, será conveniente considerarla elemento clave para comprender en parte el contenido del discurso epistolar, pues de acuerdo con el carácter que va revelando intratextualmente de ella el emisor en las cartas, se trata de un sujeto débil y angustiado al que la descripción de la realidad de la guerra y más tarde la referencialidad de la prisión le son mediatizadas muchas veces para aliviar el dolor vivido mucho antes del inicio del combate armado, y con razón, reconocería el mismo Hernández, pues Josefina había perdido en breve tiempo al padre,

la madre, los abuelos y enseguida el primer hijo, en medio además de la miseria y el hambre constantes generados por la guerra. De ahí que, y coherente con su compromiso cívico, Miguel Hernández haya convocado permanentemente en sus cartas a su esposa y seres queridos a mantener la calma, la serenidad, la fuerza y la resistencia en los tiempos de combate a pesar, no obstante, de la difícil situación que él mismo padecía.

Y es que si Hernández hasta 1935 se había mantenido en su aletargamiento de vida personal, en el momento en que los horrores de la guerra le han sido descubiertos “recupera su esencia solidaria, sin ningún tipo de reserva” (Mula Acosta, 1992: 2) a favor de sus seres queridos y del pueblo humilde y subyugado al que siempre perteneció y con el que se afirmó e integró en cuerpo y alma hasta el final de su corta vida. Por ello resulta lógico que, como poeta y hombre comprometido, haya apelado a la resistencia y la esperanza de un mundo mejor (5-1936; OC, 2414), como más tarde apelaría a la novia en los tiempos más críticos de guerra (21-9-1936; OC, 2457). Hacia octubre de 1936, revelando su visión cívica escribió: “Sé más fuerte, nenica, no te desesperes que nos son los días para desesperarse por una persona sola, sino por varias. Pasan cosas que no debemos olvidar, por mucho que nos queramos, y no podemos ser tan egoístas que nos olvidemos de ellas” (OC, 2462).

Asentados en esa perspectiva de compromiso por parte del autor, es oportuno leer la totalidad de sus cartas. Así, la primera imagen que nos ofrece de las tensiones políticas-sociales vividas entre grupos civiles y militares antes de la guerra, la encontramos en carta de febrero de 1936, dirigida a Josefina, donde le contaba de su detención por la Guardia Civil y aprisionamiento en San Fernando del Jarama, aludiendo a la violencia cometida contra él por los uniformados, y las tensiones y los ejercicios de violencia llevados a cabo por los diversos grupos políticos-sociales previamente a la explosión civil (2-1936; OC, 1992: 2374). En tales fechas Miguel había declarado a Josefina su deseo de casarse con ella y todavía hacia junio de 1936 insistía a la novia desesperada que tuviera paciencia y confianza, porque habrían de casarse por la iglesia, bien dentro, como ella deseaba, o por detrás, le diría Miguel en un tono anticlerical a la novia devota. En relación con su posición anticlerical y como muestra de sus transformaciones ideológicas asumidas, Miguel afirmó en tiempos de guerra “Yo no he dejado de creer en Dios ni he dejado de no creer, pero por ahora no lo necesito, y sólo te necesito a ti, y tú eres una queridísima tontica que crees que con ir a misa, ya has cumplido tus deberes de cristiana, que no lo eres aunque tú lo creas” (28-7-1936; OC, 2452). Al respecto, Cano Ballesta (1971: 32) advierte que se trata efectivamente de una actitud anticlerical sin pasar a lo antireligioso, porque de parte del poeta no existió “Ninguna negación de la fe, ninguna expresión blasfema (...)”.

Pues bien, las tensiones políticas-sociales entonces y los hechos armados de los primeros meses de 1936 apenas se veían como un movimiento revolucionario, sin prever que significaría uno de los más fatales y dramáticos para la vida y la historia de España, y cuyas primeras imágenes Miguel nos ofreció la siguiente referencia, mientras esperaba ansioso el prometido estreno de su obra *Los hijos de la piedra* en Buenos Aires, y participaba en Unión-Radio de Madrid recitando algunos de sus poemas como

“Elegía a Garcilaso” y “Sino sangriento”, que le ayudasen además a paliar su raquítica situación económica y realizar el prometido matrimonio

Están pasando muchas cosas en Madrid estos días. Anteayer, cuando volvía de despedirme en la estación de mi hermana Elvira que ya está en Orihuela, vi disparar a unos guardias contra unos fascistas. Y ayer cerca del restorán donde como, estallaron cuatro bombas en una obra. Hay mucha gente parada, y los albañiles sobre todo, que están en huelga mucho tiempo ya, están desesperados y con hambre. Tengo ganas de que se acaba todo esto, porque uno no va seguro por ninguna parte (OC, 2445).⁴³

Rafael Abella (2004: 47-48), refiriéndose a la vida cotidiana en Barcelona, como en gran parte del país, señala que el pueblo se había convertido “en tropa de milicianos y milicianas” pues en cualquier lugar eran visibles “pañuelos rojos o roji-negros, gorrillos, emblemas de la hoz y el martillo. (...) La vida colectiva hervía en un clima de revuelta que había fundido los plomos de la disciplina. La huelga general, nacida como réplica a la sublevación, se había convertido –como en las demás ciudades republicanas– en evasión vocacional para unas existencias condenadas de siempre a la dura imposición del trabajo”. Por su parte, Miguel Hernández, que desde abril había prometido a Josefina un viaje a Orihuela y Elda, vio frustrado su deseo de estar cerca de la familia y la novia por la suspensión del servicio de trenes y correos, que el Gobierno había declarado tras el levantamiento militar en ciudades como Navarra, Aragón, Castilla la Vieja, Sevilla, Andalucía, Huelva, Granada y Madrid. Con todo, y no obstante aún en el letargo personal, el 28 de julio pudo revelar los sentimientos experimentados frente a los hechos de guerra, así como una imagen de ésta y los efectos nocivos en la vida individual y colectiva cotidiana de la ciudad:

(...) pensaba que no me habías escrito al enterarte de que no circulaban los trenes y de que los correos estaban interrumpidos. (...) He pensado todo este tiempo que llevamos de guerra angustiado por ti (...). Ha habido días en que no he podido salir a la calle de los tiroteos que había en todo Madrid. El Cuartel de la Montaña está muy cerca de mi casa y los aeroplanos pasaban por encima de ella para descargar bombas sobre los sublevados. Todos los obreros de aquí llevan escopetas, fusiles, revólveres y a cada paso que da uno tiene que acreditar su personalidad. No sé contarte todas las cosas por que he tenido que pasar y para colmo de males, yo, que tenía dispuesto mi viaje esta semana pasada, me he desesperado al ver que no había trenes para ninguna parte de España. (...) supongo que en Elda no habrá pasado nada y que la guardia civil se habrá puesto al lado del gobierno. (...) saldré mañana miércoles de aquí y estoy impaciente y preocupado (...) me temo que el gobierno suspenda otra vez la circulación de los trenes. (...) sí que nos casamos si no me fusilan los rebeldes si triunfan. Estoy deseando que se acaben estas cosas porque así no se puede vivir aquí. (...) se me haría imposible la vida, porque si ganan los tíos cochinos

⁴³Desde junio, los trabajadores de la construcción y los ascensoristas madrileños se levantaron en huelga y en armas, tanto como trabajadores de otras industrias en diversas ciudades (Jackson, 1976).

esos, no tendría ninguna esperanza de que estrenen mi obra. (...) (OC, 2451-2452).⁴⁴

Como es posible observar, la dramática realidad de guerra es la protagonista descrita en la voz de la primera persona que la vive, y es representada sin tintes de fantasía o ficción al ser escrita en la inmediatez del espacio y los hechos bélicos, que absorben toda presencia y dominio en la piel de quien los padece. Por lo mismo, no encontramos en el mensaje epistolar del oriolano algún recurso estilístico supremo, sino por el contrario, un lenguaje inmediato, cotidiano, común, o podríamos decir, un lenguaje hecho y coloquial ligado directamente al presente de la enunciación. La dramática circunstancia en que se encontraba y la espontaneidad con la que escribió los hechos confieren al contenido de estas cartas un valor de sinceridad en relación directa con la realidad descrita y los sentimientos causados en el epistológrafo y representados por él: una angustia permanente por Josefina; una inquietud por el estado emocional de su madre, Concepción Gilabert Giner, delicada de salud y a la sazón preocupada por Miguel y Elvira, habitantes de Madrid; su interés por el estado y la situación de peligro en que pudieran haberse encontrado los pueblos vecinos a su provincia; el enojo por la violenta posesión de los espacios y los servicios públicos de transporte y comunicación por parte del Gobierno y los militares aliados, que paralizó el ritmo de la vida cotidiana individual y colectiva de Madrid y otros estados del país, etc. También es posible observar la imagen de la situación político-militar mantenida entre las fuerzas armadas incontrolables: por un lado, obreros armados y fuerzas militares fieles al gobierno republicano frente a uniformados aliados al levantamiento militar-fascista, por el otro; el miedo generado por las manifestaciones de violencia, control y represión oficial, al exigir permanentemente la identificación personal, que atacaba de manera directa la libertad y la seguridad individual, como por los mismos bombardeos y tiroteos, detenciones, persecuciones y fusilamientos practicados por los grupos enfrentados.

Sobre esta realidad de violencia, Rafael Abella (2004: 49-50) señala que “A despecho de la tremenda algarabía, la vida cotidiana había de atender a unos imperativos que hasta ponían en peligro la salud pública. La ciudad estaba sucia, las basuras se habían acumulado sumándose a los despojos de los combates callejeros, a los restos de barricadas, hechos de colchones y sacos”, etc. Y es que, en todo sentido, la guerra supone un cambio radical en la vida de las personas, no sólo porque modifica el ritmo y las condiciones de vida cotidiana, sino además porque despierta la consciencia y el propósito de renovación y deseo de vivir según ideales (justicia, paz, libertad), que bien pueden estar adormecidos, y que la propia guerra impulsa a su realización; esos ideales hacen que la guerra sea vivida con la esperanza de un mundo mejor (Díaz Padilla, 1991); de ahí que acontecimientos violentos y dramáticos como consecuencias de la guerra muy cercanos al poeta hayan resultado factores decisivos para la toma de los nuevos rumbos de su vida personal, y colectiva, tales como el asesinato de Manuel

⁴⁴ También, sobre las dinámicas de guerra en cada bando, como los fusilamientos a prisioneros y a los desertores, Gabriel Jackson (1976: 239) señala que estos últimos “para evitar la misma suerte, tenían que identificarse [permanentemente] por su sindicato o partido político”.

Manresa, cometido al parecer por equivocación en manos de milicianos republicanos, el 13 de agosto de 1936, y el fusilamiento cobarde de Federico García Lorca, perpetrado la madrugada del 19 de agosto de ese año.

Miguel, que había ido a su pueblo a pasar las vacaciones de verano con su familia y novia, por la muerte de Manuel Manresa se mantuvo hasta mediados de septiembre apoyando a dicha familia, donde quedaron huérfanos su novia y sus cuñados Manolo, Carmen, Gertrudis y Concepción, y en una situación material precaria; él propio Hernández refirió esta situación a José María de Cossío en carta del 3 de septiembre, cuando por tales razones le pide un anticipo como pago de su trabajo en Espasa-Calpe con el que buscó ayudar a los Manresa Marhuenda (OC, 2455). El 12 de septiembre decía al mismo destinatario no saber qué hacer y estar consternado por la muerte violenta de García Lorca, cometida por golpistas militares, una vez que el General Queipo del Llano hubo entrado y tomado la ciudad granadina, imponiendo el terror a través de ejecuciones masivas de autoridades municipales y civiles del pueblo. Bien es cierto, dirá Collado (1993), que fueron estos hechos las heridas que traspasaron su conciencia de poeta, porque decidió finalmente enlistarse el 23 de septiembre al 5º Regimiento Militar Popular, esto es, cuando tuvo certeza de que el triunfo de los rebeldes suponía una coartada para sus ideales de justicia y paz, para él, la familia y el pueblo, decide salir a combate como aliado de la República, afiliado del Partido Comunista (PC) y soldado del regimiento popular, conformado por combatientes que se agruparon bajo la premisa de disciplina y resistencia.

Estas milicias populares tuvieron desde los primeros días del levantamiento militar-fascista en Madrid una participación contundente por parte de jóvenes miembros de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) y de la Juventudes Comunistas y Socialistas Unificadas (JSU), que se sumaron a las filas de los cinco batallones de milicias populares, este último instalado en el convento y colegio de los Salesianos de la calle Francos Rodríguez (Sánchez Vidal, 1992b). Entre los personajes nacionales y extranjeros que se adhirieron a la lucha antifascista se puede mencionar a Enrique Lister, Carlos Contreras, “El Comandante Carlos”, Manuel Carnero y diversos intelectuales antes referidos, como Alberti, María Teresa de León, Altolaguirre, Bergamín, Serrano Plaja, González Tuñón, y el italiano Vittorino Vidali; el periodista cubano Pablo de la Torriente Brau, entre otros, quienes desarrollaron actividades de defensa militar en las trincheras y difusión cultural republicana; en suma, comunista, socialistas, republicanos y no afiliados a sindicatos o partidos ensancharon las filas del Regimiento Popular, en la que tomó posición en las trincheras como poeta y soldado, y más tarde en el mando como comisario de guerra, el joven de 26 años Miguel Hernández Gilabert.

3.2. Cartas desde las trincheras: ¿(d)escribir la guerra?

Si bien, como hemos referido en líneas anteriores, las cartas de Miguel Hernández son una fuente de representación del contexto real de guerra, no obstante, veremos de qué manera aquélla se ve sometida al ocultamiento de datos en favor de la revelación del yo frente a los hechos bélicos, es decir, a la comunicación de sentimientos, a la

sobreposición de la subjetividad por la objetividad, y que pueden configurar el mosaico de una idiosincrasia individual con respecto a y la vida en la guerra, y por tanto, nos permitan desentramar la figura, el carácter personal y sentimental, y la actitud ideológica del poeta frente a la guerra. Veremos también los efectos de esta experiencia personal descrita en las cartas en relación directa con el contenido de su obra literaria; desde luego, sin olvidar la representación, aunque velada, de la lucha armada y la situación de la construcción de la carta en ese contexto.

Al respecto, escribir cartas en el enfrentamiento bélico fue un recurso mediante el cual el epistológrafo buscó alterar la cruda imagen de la guerra y reforzar la esperanza por un mundo venidero mejor, evocando pasajes de la vida feliz pasada y afirmando la victoria de la justicia y la paz por sobre las condiciones infrahumanas padecidas en los espacios de la guerra. Para los soldados, como para sus familiares, escribir (cartas) se convirtió en la posibilidad de tener un “cuarto propio” y un medio de resistencia y sobrevivencia (Castillo Gómez, 2003) al mantener un hilo de unión entre familiares, amigos e instituciones políticas-sociales diversas (casas de asistencia social, hospitales, iglesias, cuarteles, embajadas, etc.), no obstante sorteando las limitaciones contextuales como las restricciones de censura.

Si bien Diego Navarro Bonilla (2005: 20) refiriéndose a la función coercitiva de las escrituras burocráticas como “forma latente de violencia” impuesta a través de “mecanismos de condicionamiento suave”, como el control y el registro de los escritos en las cárceles franquistas, podemos aplicar este término a los mecanismos restrictivos implementados por las autoridades militares de ambos bandos a la correspondencia generada entre soldados y familiares durante la guerra, en que la materialidad como el contenido de la carta permanecieron vigilados dentro de aquel universo donde todo y todo estaba bajo sospecha. Y es que fueron las cartas escritas en la lucha armada, y durante el régimen franquista, el medio para crear un campo de escritura en el cual vaciar las experiencias de la vida cotidiana en ese contexto de violencia, reproducir la voz del yo y poder comunicar al ser querido la diversidad de sentimientos: las angustias y las frustraciones como sus consecuencias directas, por un lado, y las esperanzas e ideales que se iban configurando en la mente de cada soldado, como entre una parte de la sociedad, por el otro.

En fin, escribir en la guerra fue un mecanismo mediante el cual contrarrestar el dolor, las penas diarias, el sentimiento de soledad y desesperanza frente a la muerte y las miserias causadas por la sinrazón. En este sentido, como sostendrá Quinto Antonelli (2005: 154) “Hay en la práctica de la escritura un evidente alivio de la tensión psíquica provocada por la reclusión, o, como escribe Stefano Ferrari, la escritura crea un verdadero proceso reparador, ‘o sea, el escribir, como ocasión y recurso para superar y para elaborar la afección ligada a determinadas experiencias percibidas como traumáticas’”. Específicamente, Antonio Gibelli (*apud* Antonelli, 2005: 154) planteará la tesis de la escritura epistolar como terapia –en la guerra y la prisión– (p. 29, del Capítulo I) y como medio de “autoconversación”, pues, en efecto, la carta servirá como una herramienta para aliviar el dolor de la situación que se vive al permitir el “monodílogo” (Silva, 1998); dar a saber de la propia existencia real y los sentimientos

del sujeto que enuncia; hacer presente al ausente y mantener al resguardo la identidad personal amenazada.

Observamos cómo en efecto escribir desde el frente “a lápiz y de prisa”, y desde los hogares, fue una de las actividades cotidianas culturales más practicadas durante y después de la guerra, tal como sostiene Verónica Sierra Blas (s/f: 1-2) al señalar que escribir, como leer cartas, en horas de relativo descanso de los soldados se convirtió en una de las ocupaciones más deseadas por aquéllos; se trataba de cartas enviadas por los familiares, los amigos, los oficiales y las madrinas de guerra;⁴⁵ y cartas escritas por los soldados a los amigos de los distintos batallones; cartas oficiales dirigidas a los superiores de mando militar para solicitar permisos, favores, licencias, etc.; cartas abiertas donde los soldados opinaban sobre la vida y los problemas en las retaguardias; epístolas íntimas a la novia o las cartas dirigidas a las madrinitas de guerra, quienes asistían moral y materialmente a los soldados “proporcionándole consuelo a través de sus palabras escritas y ayuda material mediante el envío de ropa, comida o tabaco, así como cualquier otra cosa de la que éste tuviera necesidad”. Ciertamente la carta, fuese familiar, privada, pública u oficial, se convirtió en el medio de comunicación más usado en dicho periodo, y generó al mismo tiempo una socialización y una democratización tanto de la escritura como de la lectura en esos momentos y más tarde durante el franquismo; por otro lado, se tornó una realidad de valor simbólico al revelar la personalidad, la imagen y la existencia de quienes la practicaban, y al mismo tiempo la idiosincrasia de un grupo social mayor.

Sobre la escritura epistolar como práctica social y cultural, en que a través de fórmulas y normas se revela la condición social y cultural de quien la ejerce, Sierra Blas (2003: 76) dice que son las cartas familiares las que más representan el acceso a la escritura “parejo a los cambios sociales y culturales que acontecen desde el siglo XIX en adelante, llegando a convertirse en el tipo epistolar por excelencia, en cuanto que como ‘forma primaria de escritura’ puede ser empleado por todo tipo de personas independiente de su edad, sexo o clase social, y que en él tiene cabida toda suerte de situaciones que acontecen en la vida diaria”. De tal manera que incluso en las trincheras, los soldados y los familiares recién alfabetizados recurrieron a la escritura epistolar, y para hacerlo asistieron a la consulta de los manuales epistolares de la época, cuya introducción en los frentes se debió a la creación de la Sección de Bibliotecas de Cultura Popular, “que por medio de bibliobuses consiguió repartirlos entre los soldados y contribuir de esta forma a la lucha contra el analfabetismo tan prodigada por la República” (Sierra Blas, s/f: 2).⁴⁶

⁴⁵ Las referencias a la Madrina de Guerra “(...) han de ligarse a la I Guerra Mundial, siendo desde entonces una figura común en los distintos conflictos bélicos que van sucediéndose a lo largo del siglo XX en Europa” (Sierra Blas, s/f: 1).

⁴⁶ Advierte además que por parte de los sublevados, la introducción de libros fue posible a través del programa Servicio de Lecturas para el Soldado, de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de la Junta de Defensa Nacional, creada el 24 de julio de 1936, cuatro meses después de la creación de las Bibliotecas de Cultura Popular. Para saber sobre la materialidad en la creación de estos manuales epistolares en tiempo de guerra, pueden verse las pp. 2 y ss.

Resulta interesante además la tesis que plantea la autora al señalar que fueron creados los manuales epistolares destinados a los soldados de guerra con base en “estrategias de producción y difusión específicas, ambas íntimamente ligadas a las dimensiones propagandísticas, ideológica y adoctrinadora con la que se dotó a toda clase de producto escrito durante la contienda” (2).⁴⁷ La carta fue, en suma, el medio de comunicación y de sobrevivencia más recurrente durante la guerra, como durante el franquismo, que en este último caso, por un lado, sirvió como un mecanismo de control para tener dominio sobre los reclusos y sus familiares, y para los prisioneros el espacio para el diálogo (vigilado) de “almas separadas”, por el otro, como ya tendremos oportunidad de revisar en un capítulo posterior.⁴⁸

También las memorias, como las crónicas de guerra y los documentos propagandísticos formaron parte de esta cultura escrita de aquel periodo, que nos dan luz sobre las mentalidades, los sentimientos de quien las escribe y las dinámicas culturales puestas en práctica durante ese espacio de tiempo de la historia nacional española. Con todo, es preciso tener presente la configuración del discurso epistolar según diversos factores, como antes se advirtió. En las cartas de Miguel, la preocupación continua por la salud y el estado material y emocional de sus familiares, como el envío y la recepción de las cartas dirigidas a su esposa serán un leitmotiv, y es que esta repetición de temas se debió a la consciencia cívica alcanzada en sus experiencias de guerra, que le llevaron a mediatizar el contenido de su escrito y ocultar lo más posible esa referencialidad. Esta autocensura sobre la realidad de guerra responde también a la personalidad descrita acerca de su mayor destinatario, y las normas violentas de represión discursiva impuestas a través de un control y códigos específicos que determinaron el contenido y la materialidad de la escritura epistolar durante y después del conflicto bélico; de ahí que, la referencialidad derivara en la mediatización de los mensajes con frases repetidas y temas redundantes y banales frente a realidades e ideas (amorosas, políticas, ideológicas etc.) silenciadas, censuradas y autocensuradas, aunque en ocasiones estratégicamente referidas. Así, entre una y otra carta se encuentran pasajes que se contradicen, pues en la referencialidad que antes pretendía ocultar el emisor real, en una carta posterior la afirmarí, o intentaría negar. Ese mundo silenciado o pretendidamente omitido, otras veces enunciado a través de la ironía y el humor amargo, sobre todo en las cartas escritas en la prisión, se revela más crudo en diversos pasajes en que la inmediatez de la escritura en las circunstancias de guerra se convirtió en un factor que condujo a la misma revelación de aquello que el epistológrafo buscaba ocultar.

Sin duda, para Miguel Hernández escribir en la guerra y en la prisión funcionó como recurso para descargar las crueles experiencias de lo cotidiano, romper con la soledad (Grassi, 1994) y desvelar los sentimientos y la consciencia frente a los hechos

⁴⁷ Unos estudios acerca de los manuales epistolares destinados a los soldados y publicados durante la Guerra Civil: Sierra Blas (2002) y Sáez y Castillo Gómez (2002).

⁴⁸ Sierra Blas (2003: 84) advierte que la carta es aceptada como la manifestación “(...) por excelencia de la extensión de la cultura escrita que acontece desde la edad moderna hasta nuestros días y que es precisamente en el siglo XX cuando el acceso de estas clases populares al mundo de la escritura deja de ser considerada como algo excepcional –acontece la llamada ‘democratización de lo escrito’ (...).”

bélicos; en ese sentido, podemos decir que por sobre la descripción de la realidad de guerra, las cartas adoptaron la función de medios de comunicación de sentimientos, de evocación del yo, por encima de la descripción factual u objetiva, que sí se nota abiertamente en textos poéticos y periodísticos creados por el oriolano en la guerra; por tanto, hay en las cartas una descarga de la realidad interior o estados emocionales del yo: sus temores, angustias, ilusiones, etc., que dan cuenta de cómo padece la guerra el epistológrafo, por otra parte en su función de poeta y soldado en la guerra. Gracias a la escritura epistolar, como emisor de su discurso, o “calhada testemunha” (Silva, 1998), Miguel se convirtió en el autor primero de su historia de vida, al seleccionar y evocar entre los momentos convulsos de vida presente los instantes familiares felices anteriores a la lucha armada, o en otras palabras, al poner en juego la cuestión de la “decisividad”. Así, el 21 de septiembre refiriéndose a su estado de ánimo, lejos de Josefina y de vuelta en Madrid pocos días antes de su ingreso al 5º Regimiento, expresaba su desgano emocional frente a la ciudad en guerra

Aquí está todo muy tranquilo, no pasa nada malo y solamente se apagan las luces a las once de la noche. Nadie sale ya a esas horas porque entonces sí que es peligroso andar por las calles y quien no lleva la llave para abrir la puerta principal de su casa se queda a dormir al relente. No tengo ninguna gana de hacer nada más que de pensar en ti (...) Me estorba todo el mundo y me voy siempre a donde puedo estar solo para pensar en ti completamente. (...) Van a venir enseguida tiempos muy felices para nosotros seguramente. (...) paloma, nena, hija. Iré prontico y me verás llegar en mi bicicleta, con pan y alegría para ti (...) (OC, 2456-2457).

Sin embargo, Miguel se vería inmerso abruptamente en el violento espacio de la guerra, pues ante la amenaza de las fuerzas legionarias y regulares que llegaban a Talavera de la Reina y avanzaban desde Sevilla con el fin de entrar a Madrid, el envío de contingentes de jóvenes republicanos en defensa de la capital española fue inmediata, como venturosa, pues los milicianos republicanos apenas entrenados, dadas las exigencias de los acontecimientos bélicos, eran enviados a los diversos frentes, lo mismo que un convoy improvisado con escasas municiones y víveres. De tal manera, como miembro militar de la 3ª sección de la 2ª compañía, Hernández fue enviado a Cubas, un pueblo cercano a Madrid, donde se dedicó a abrir zangas y trincheras, como escribió a Josefina desde esa región:

Hemos venido aquí a hacer fortificaciones para no dejar pasar a los fascistas que hay en Talavera de la Reina y te reirías mucho si me vieras dormir en una fábrica de tapices, metido en un estante de los que hay para colocar la lana. No hay camas para tantos hombres como hemos venido y todos nos acostamos encima de la lana que se ha de utilizar en la confección de los tapices que te digo. ¿Cómo te va por ahí, Josefina mía? A mí no me va mal del todo por aquí, a pesar de todas las incomodidades y molestias que se han de pasar forzosamente en un pueblo pequeño y viviendo con doscientas personas más, cada una de una leche diferente. Estoy aquí como si no existiera el mundo para mí, como si me hubiera muerto y me encontrara con muchas cosas extrañas y fuera del tiempo. (...) Me ha dado una tristeza y una pequeña alegría acordarme de esta fecha (...) ten por seguro que nos casaremos el día primero del año mil

novecientos treinta y siete. He suspendido la escritura de esta carta para comerme un ramo de uva con pan, el desayuno que nos han dado esta mañana. Así tenemos que pasar estos días y ya vendrán otros mejores y otros peores tal vez. (...) yo dejaré de ser el muerto que me parece que soy ahora y tú dejarás de ser la mujer triste que me imagino que eres en estos días (27-9; OC, 2458-2459).

Como se ve, es ésta una de las fases violentas de la guerra: el soldado, como el prisionero, es un individuo atacado en su libertad y privacidad, en su capacidad y posibilidad de relacionarse libremente con los otros y con el medio, pues se ve obligado a vivir en pésimas condiciones materiales y con personas de diversas costumbres, carácter y personalidad. En su carta, Miguel refirió las formas de vida en las trincheras, las condiciones de supervivencia y el riguroso control, así como las dinámicas de vida diaria y hasta monótonas, como el rito del reparto de “uva con pan”, las raciones alimenticias de siempre; las dinámicas de disciplina militar, así como la mentalidad con respecto a la guerra, en que los sacrificios y la resistencia fueron mecanismos, entre otros, por los cuales las milicias pretendían ganar la causa republicana. Por otra parte, nos hace testigos también de su estado emocional al manifestar nostalgia por el ambiente casero, la angustia por las condiciones materiales y de salud en que imaginaba y reconocía podían encontrarse los papás y Josefina, etc. En la siguiente carta del 28 de septiembre, día en que las milicias republicanas perdieron Toledo, en esas horas decisivas y urgentes en la defensa de Madrid, retrató con mayor amplitud los tópicos mencionados

Tengo que escribirte así, a lápiz y de prisa, porque todos los que habemos aquí escribimos a nuestras novias y no hay plumas más que para unos dos o tres. Además no nos queda ni tiempo para escribir por la sencilla razón de que trabajamos todo el día haciendo trincheras en el campo y a mí me tienen aquí cavando los rastros para hacer zanjas. Desde aquí vemos pasar los aviones con bombas para Toledo y oímos los estampidos de las explosiones y los cañonazos. Luego, como somos tantos para comer, desayunar y cenar tenemos que formar cola y se nos va el tiempo que nos queda libre en eso. Aprovecho, como otros muchos, estos momentos de antes de cenar y lo hago apresuradamente porque sé que ahora mismo tendré ocupada la mesa en que estoy escribiéndote y queriéndote por una patrulla de compañeros. Me levanto y me acuesto muy temprano, porque nos lo exigen así (...) Quisiera saber en qué estado de ánimo te encuentras en estos días tristes que atravesamos. (...) Presumo que las cartas te llegarán bastante retrasadas, porque no hay correo y únicamente van las cartas a Madrid en un camión que viene de cuando en cuando a traernos víveres. (...) Dime, no obstante, para cuando vuelva a Madrid, todo lo que compone tu vida (OC, 2459-2460).

En fin, en las cartas de Miguel Hernández se revelan las formas de violencia colectiva e individual causadas por la guerra al enfrentarse diferentes grupos políticos, sociales, ideológicos, como la propia lucha interna entre los deseos e ideales individuales con los de una colectividad; es decir, revelan los estados emocionales y psicológicos causado al sujeto al verse forzado a elegir entre los impulsos y los deseos de su consciencia individual y los dictámenes de poder político, ideológico y militar que por conveniencia

material algunas veces se vieron obligados a seguir, como vimos en el capítulo II (pp. 53 y ss.), al respecto de la politización de jóvenes españoles.

Por otra parte, al reconocer las cuestiones acerca de la censura y la autocensura en las cartas de Miguel, y las estrategias para hacerlas visibles, por dar un ejemplo singular a este punto, referimos a la filósofa mexicana del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, quien al escribir su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* y resaltar las dificultades para hacerlo frente a los enemigos comunes, el Santo Oficio, dijo que la autocensura “Son efugios para huir la dificultad para responder” al querer dejarlo en el *silencio*, “pero como éste es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle un breve rótulo para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga”, es decir, “(...) aquéllas cosas que no se pueden decir”, porque “el callar no es no haber qué decir, sino no caber en las voces lo mucho que hay que decir” (De la Cruz, 1957: 828). Entonces, como la moja, Miguel Hernández enunció que no se podía decir lo que de mucho había para decir, con lo que dijo más que diciendo aquello que convenientemente rotuló de indecible, sobre todo en las cartas escritas desde la prisión; luego entonces se trata de un silencio estratégico y elocuente.

En este sentido, se puede ver que la distancia entre la realidad y lo que se pretende enunciar nos introduce en un discurso velado, donde la realidad inmediata es puesta por el emisor bajo el interés constante por saber de la realidad y la vida cotidiana de los otros (receptores) y comunicar sus sentimientos. De esa manera, más que ofrecer a Josefina realidades o “mundos posibles” o ficcionales por sobre las crueldades de la guerra, Miguel Hernández escribió de sus sentimientos y pidió a su esposa que le hablase de sí y de todo lo que compusiese su vida: la situación con las cuñaditas a las que él llamó “Las Marianas”; la vida en el pueblo, las festividades populares; los trabajos de costura y bordado de la novia; más tarde, estando prisionero, sobre la vida de su hijo Manuel Miguel; sobre la situación material de la casa-jacal donde vivían; acerca de la gallina ponedora y la cabra lechera, etc.

En esta perspectiva, “el doble pacto” epistolar como mecanismo de ficcionalización sugerido por Jorge Guillén (1998) no ocurre en la producción epistolar de Hernández, pues ni él ni Josefina asumen un doble pacto epistolar; es decir, más que asumirse como ‘sujetos de papel’ o sujetos ficcionalizados, ellos son y se saben seres reales que asumen no el doble pacto, sino el pacto epistolar; son sujetos empíricos que padecen las violencias de la guerra; y más que sugerir rastros e intenciones de procesos de ficcionalización, “otros mundos” o mundos posibles por sobre la realidad inmediata, Miguel pone en juego la omisión, el ocultamiento, el desvío de información, o en palabras de Janet Altman (1982), hace uso de la máscara o el disfraz, o como Sor Juana, pone rótulo a su silencio, en tanto que sujeto real y consciente de la necesidad de utilizar tales recursos. En algunas cartas a Josefina del 30 de septiembre, desde las trincheras, y la segunda, el 9 de octubre desde Madrid, expresó el emisor real:

Mira, no quisiera que, si escribes a María, le dijeras que no estoy en Madrid, porque no quiero que se entere mi familia. Le escribo a mi hermana Elvira y dentro de la carta pongo otra para mis padres como si estuviera allí. En fin, te dejo, no me dejan escribir las voces y las demás molestias de tanta gente

reunida (OC, 2461). No digas a nadie, si vas a Orihuela, que me encuentro como me encuentro ahora, que no lo sepa mi madre. Si me hubiera sido posible ocultártelo a ti también te lo hubiera ocultado, pero a ti no puede ser (OC, 2464).

Pero este disfraz u ocultamiento de la realidad se contrapone a sus manifestaciones de angustia y soledad, y las constantes peticiones de cartas de su familia con mensajes novedosos de la vida cotidiana de aquéllos, que lo distraigan de la cruel realidad; así, desde Valdemoro le decía: “Escríbeme, escíbeme pronto, enseguida, Josefina. Dame otra carta que me distraiga de todas estas cosas tristes que pasan” (21-10-1936; OC, 2466). Y es que este deseo por ocultar la realidad se debe en parte a la personalidad débil de Josefina, como podemos ver por los trazos intratextuales que la configuran como un ser angustiado a quien Miguel buscó proteger permanentemente contra el dolor y la miseria. Por eso, al tratarse de seres reales, es posible conocer entre líneas la propia referencialidad material y emocional de Josefina, y que bien puede remitir a la de una colectividad, es decir, a la de otras mujeres en su papel de esposas, madres, hijas y hermanas que sufren al saber de sus seres queridos en las trincheras, etc. como vemos enseguida, lo mismo que el compromiso cívico de aquél:

Ayer he recibido tu carta quejosa como siempre, para no perder la costumbre de quejarte. Empiezas por decirme que no dejas de llorar y que me escribes para no llorar como tienes por costumbre. Me da mucha rabia saber que sufres y lloras, pensando en que ahora, precisamente ahora, cuando tantas novias y tantas madres se están quedando sin sus hijos y sus compañeros, cuando debieras de ser más fuerte que nunca, te dedicas a las lágrimas, como si únicamente existiéramos tú y yo en el mundo. Te tienes que dar cuenta, Josefina querida, de que hay personas en la tierra que necesitan, y hoy más, un consuelo mayor que el que tú necesitas. Sufres porque quieres, más que por que no tienes más remedio que sufrir. (...) te dedicas a desesperarte por tu cuenta y a pensar que no me vas a volver a ver más (...) (10-1936; OC, 2461).

Por una infección en el estómago causada por la mala calidad del agua o la comida en las regiones donde se dedicó a cavar fortificaciones, Miguel fue enviado de regreso a la capital para su recuperación, que tuvo en la casa de su hermana Elvira; en esa época frecuentó la Alianza de Intelectuales Antifascistas, donde encontró a Alberti, Teresa de León, Prados, etc.; a este punto desde Madrid explicó a su prometida que fue la censura la razón porque se retrasó la correspondencia:

Me dice mi hermana Elvira que ella ha recibido las postales que le he mandado con seis o siete días de retraso y eso me hace pensar que tú no habrás recibido todavía mis cartas (...). La causa mayor del retraso es que abren todas las cartas y las leen por motivo de la situación y por eso no llegan las cartas a su debido tiempo. Me imagino, nena adorada, lo que habrás sufrido sin saber de mí por lo que yo he sufrido sin saber de ti en tanto tiempo. (...) Lo que quiero que me digas pronto, enseguida, es que te encuentras bien del todo. (...) te escribiré tarjetas ya que es la forma mejor de que te lleguen pronto y de que no se pierdan mis noticias. Tú tienes que mandar abiertas las cartas y así me llegarán antes a mí también, aunque siendo cartas se retrasarán siempre más. (...) No te preocupes por mí, que yo no estoy donde hay tiros, sino mucho más atrás (9-10; OC, 2463-2464).

También refiere desde Valdemoro (10-1936; OC, 2464) su preocupación por las cartas; la rabia por la violación de su intimidad “No quiero mandarte mis cartas desde Ciudad Lineal porque han de pasar por la censura del cuartel y me fastidia que se enteren tantas personas de lo que te digo (...)” (OC, 2486), y las dificultades para la circulación y la transcripción del contenido “(...) quisiera decírtelo mucho más cerca de tu oído y muchas cosas más que no te digo porque no tengo ni espacio ni libertad para decírtelo” (25-1-1937; OC, 2465). Posteriormente, en sus viajes por Alcalá de Henares, donde tuvo que asistir en sus misiones culturales de guerra, Miguel expresó sus impresiones del lugar como de su estado emocional, el 19 de noviembre: “Hay columnas y conventos por todas partes (...) Siempre deseo saber tantas cosas de ti y nunca me llega ninguna. Maldigo un millón de veces a quienes tienen la culpa de ello. (...) Tampoco tengo noticias de mi familia y a veces quisiera olvidarme de todos vosotros para quitarme este pesar, pero no puedo, nena mía” y enseguida: “Me encuentro en otro mundo, esa es la sensación que tengo sin tus cartas y en medio de las cosas que pasan” (OC, 2470), como expresaría también el 26-11-1936 (OC, 2372).

Tal como lo manifiesta, son sus cartas un mosaico de emociones en que se combinan la angustia, el dolor, el odio, la rabia, la furia, como la esperanza y la ilusión por un mundo mejor; remiten a la realidad interior emocional del sujeto que enuncia. Pero este espacio de escritura, más que un laboratorio para la creación (Kaufmann, 1990) y construcción artística, responde a la necesidad de comunicación, a la voluntad de romper con la soledad, al deseo de hacer presente al ausente, más que de configurarlo por medio de una representación ficcional; son escritos que responden al ansia de saber de la existencia de la amada, como la de dar a conocer, veladamente, de la suya propia y comunicar los sentimientos, el estado emocional y psicológico en que se encuentra, antes que describir completamente la cruel realidad; de ahí que sus cartas, como ‘instrumento de dos consciencias’ (Grassi, 1994), constituyan un espacio para la catarsis, la liberación de sentimientos del yo; de esa manera, las epístolas de Miguel responden a la función comunicativa más que a una función literaria, en que la guerra y sus efectos sí resultan motivos para la creación y claramente evocada en su poesía de guerra, como se ve en “Sentado sobre los muertos” (OC, 556) (*El Mono Azul*, 24-9).

Después de ese viaje a Madrid, por intervención de Emilio Prados, Miguel fue destinado a las actividades para la cultura y la propaganda y a partir de entonces empezó su carrera como miliciano de cultura por diversas regiones del frente de Madrid, y como miembro del batallón de Valentín González, “El Campesino”, que estaba ligado a las órdenes directas del comisario político De la Torriente Brau; de acuerdo con Sánchez Vidal (1992b) fue el cubano quien sumó al poeta a las actividades culturales en la guerra, entre las que se destaca la elaboración y la difusión de periódicos, periódicos murales; las tareas de alfabetización, la proyección de cine; la realización de teatro y la composición, la difusión y la declamación de poesía en los frentes, mesas de discusión, entre otras, que respondían a la intención republicana de alfabetización para la liberación del pueblo.

Cuando en septiembre y octubre los intereses militares rebeldes estaban puestos en la conquista por la capital española con aviones alemanes y submarinos italianos, y

diverso material bélico que había entrado libremente por la frontera portuguesa, los bombardeos sobre regiones aledañas a Madrid movilizaron las fuerzas militares de gobierno, apoyadas entonces por la Unión Soviética, con aviones, tanques y técnicos de armas de guerra, y las aportaciones posibles realizadas por México, que alentaron la moral de las milicias populares, atacadas por tierra y por aire en el puente Manzanares, la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico, etc., mientras centenares de milicianos “morían en sus puestos, los esfuerzos se adelantaban para recoger los fusiles” (Jackson, 1976: 290) y las Brigadas Internacionales llegaban a Madrid y se sumaban a la defensa antifascista. Entonces, como señala Collado (1993: 205-206), en los frentes de Pozuelo de Alarcón y Boadilla del Monte, el soldado va recibiendo su “bautismo de sangre”, y van convirtiendo a Miguel en un ser “penetrado en su conciencia”; de ahí que, por la sensibilidad derramada por el joven poeta tenemos, aunque velada, una imagen de los hechos brutales ocurridos en las inmediaciones de Madrid, y el tejido espiritual y humano que “el poeta deja a salvo entre la sangre, la pólvora y la muerte”, que sin duda “rayaron al máximo su sentido trágico y heroico” como se ve en “No dejar solo a ningún hombre” (OC, 2233), publicado en *Nuestra Bandera* núm. 112 (14-11-1937), revista alicantina y órgano del PC, dirigida por Emilio Delgado.

Es la guerra y sus crueldades contra el pueblo campesino y jóvenes milicianos; contra ciudades símbolos de lo que se considera lo español (Madrid, Sevilla, Manzanares) y campos castellanos que despiertan su conciencia profundamente comprometida y humana, o heroica. Frente a la angustia de la novia, que da oídos a las noticias sobre las desgracias en los frentes, decía “Por lo visto te dijeron que me habían matado, o poco menos, y tú te has pasado varios días llorando y sin comer. Eso me parece adivinar en tu tarjeta del seis de este mes (30-11-1936; OC, 2474)” e insiste en afirmar una aparente tranquilidad en Madrid, defendida por “la sangre madrileña y española”, con todo, trasluce su angustiada estado emocional “Ya se me figura que estoy sin verte un millón de años, y los días se hacen mucho más largos oyendo los cañones y las bombas. ¡Qué gran diferencia entre estos días y aquellos tan pacíficos de antes, cuando íbamos por Orihuela y sólo se oían nuestros pasos juntos!” (OC, 2475-2476). Y es que el desánimo, las penalidades, el abandono en que se hallaba y la corrupción entre las autoridades políticas y militares hacían odiosa la guerra para él y determinaban que el único deseo fuese el de regresar a casa y permanecer junto su madre y la novia, y más tarde su primer hijo Manuel Ramón.

El 22 y 24 de diciembre, desde Ciudad Lineal le dice a su prometida sobre la angustia por el estado de ánimo en que la encuentra (o la lee) “(...) me daría una gran tristeza que después de casados te encontraras peor que ahora. Tienes que estar dispuesta a soportar todas las molestias que estos días de guerra traen consigo y otras cosas”. En la misma, hablaba también de su labor como comisario en Ciudad Leal y, en breves pinceladas, los efectos terribles de la guerra, que separa a las familias y los pueblos enteros, e impide escribir los mil “te quiero” en las cartas vestidas de blanco, de nieve y lágrima seca “No me tomes en cuenta que no acabe de llenar el blanco del papel diciéndote que te quiero largamente como lo siento. Es la guerra, nena. La guerra que tiene a los hombres de un lado para otro hasta que los tumba en la tierra” (OC, 2480), de

manera como describe en “Llamo a la juventud”, donde si bien exhorta a los jóvenes a luchar por la libertad de España refirió, no obstante, el dolor de las madres “que les dieron leche”, hermanas que los atendieron y novias o viudas que lloran insaciables por los jóvenes soldados caídos (OC, 573) por causa de los “fascistas, que no nos dejan poner la paz sobre España, y maldícelos a ellos, que han matado a tantos compañeros nuestros. Pero pronto se acabará con todos los italianos y alemanes que han traído a asesinarlos y nos juntaremos para siempre tú y yo, yo y tú, adorada Josefinica” (21-1; OC, 2485). Por otro lado le habla de su ánimo y deseo de paz por encima de todo: “Parece que vivo más lejos de ti y más cerca de ti en esta guerra y en estas vísperas de nuestro casamiento. Luchó a brazos partidos porque esto se acabe cuanto antes (...)” (25-1-1937; OC, 2486-2487). En esta perspectiva se irá definiendo la visión política y social revolucionaria de Hernández como un hombre de paz,⁴⁹ como se ve en “El herido” (OC, 666); y es que el valor de la amistad, el compañerismo y la solidaridad fueron alimentando su corazón y espíritu de hombre comprometido con los trabajadores del campo y la ciudad, y como él, combatientes en los días de larga retirada en medio del crudo invierno y la miseria, en la lucha por la conquista de la justicia, la libertad y la paz, como del pan.

3.3. Poesía de guerra: poeta cívico, poeta del pueblo (1937)

Como podemos confirmar, la carta es un espacio donde la “decisividad” (Sijé) toma sentido, pues se trata de un lugar, en este caso, donde negar o afirmar una serie de valores en torno a y la vida en la lucha bélica, según factores diversos antes referidos; así mismo, se sabe cómo la carta resulta un espejo que proyecta la sociedad y sus formas de vida, que a la vez determinan dicha práctica cultural (Michel Launay, *apud* Grassi, 1994: 10) y cómo se convierte un espacio donde aliviar la soledad, evocar la presencia del otro y liberar la voz íntima del yo. De la misma forma, en el análisis siguiente de las cartas se buscará conocer la experiencia de vida de Miguel Hernández y las repercusiones de la guerra en su obra literaria; la especificidad de las cartas en confrontación con la obra poética y prosa de guerra, y en suma, el posicionamiento ideológico que nos permitan conocer al hombre, Miguel Hernández, y su tiempo, pues bien como refiere Darío Puccini según Auerbach, “Lo que en una obra comprendemos o amamos es la existencia de un hombre, una posibilidad de nosotros mismos. (...) hace que el lector o el analista se acerque no sólo a la obra del autor, sino también a su persona, al hombre, a su vida, a su drama (...)” (*apud* Gómez y Patiño, 1999: 82-83), en este caso, a uno de los autores españoles, “modelo de intelectual comprometido” (Cano Ballesta, 1993: 123) que supo combinar las armas con las letras, como a continuación se estudiará.

Pues en efecto, hacia noviembre en su labor como comisario de guerra en los frentes de Madrid y Alcalá de Henares, son diversos los escritos que dan cuenta de la

⁴⁹ Sobre la visión de Miguel Hernández como hombre de paz sostendrá Ramírez Hernando (1992: 3) que en la obra poética, y diríamos también en sus cartas, palpita “un canto constante a la vida en paz (...) una vena que recorre el fondo de su obra (...) preñada de nostalgia, (...) de la paz arrebatada y continuamente anhelada”.

experiencia de vida del oriolano en el contexto de la lucha armada al lado del comandante cubano De la Torriente Brau, a quien le dedicó en tono épico la “Elegía segunda” (OC, 566), después de su muerte el 18 de diciembre, en la batalla de los alrededores de Majadahonda. En el primer número del semanario *Al Ataque*, una de las plataformas propagandísticas de guerra del joven soldado y poeta, publicaba “Memoria del 5º Regimiento” (núm. 5, 6-2-1937; OC, 625) y textos de tono épico como “El Campesino” (núm., 9-1-1937) y “Digno de ser comandante” (núm. 4, 30-1-1937), dedicados a Valentín González, quien después de ser herido “tres veces con tres plomos” siguió luchando desde una camilla “sobre la que reclinarte/ para seguir disparando/ mandando fuego y coraje” (OC, 625). Con todo, a pesar del acento épico se siente el desgaste de energía de los combatientes, pues han pasado seis meses de ardua guerra en que ha sido derramada la sangre de jóvenes y hombres que regresan tristes al combate en las trincheras y salen de ellas con alegría indisimulada, como se lee en “El reposo del soldado” (OC, 2183). En ese, como en otros textos, en su función de comisario de guerra, Miguel tuvo el deber de exhortar a sus compañeros soldados a la disciplina, la fuerza y el empeño en el combate y la unión entre los miembros militares de unos y otros batallones.

De acuerdo con Rafael Abella (2004: 290), las milicias de cultura popular, en coordinación con el Comisariado de Guerra, llevaron a cabo una ardua promoción cultural y propagandística entre los combatientes y la población civil siguiendo la consigna cultural republicana “Su acción se desarrollaba a través de numerosos medios: bibliotecas, prensa, festivales y propaganda. Las bibliotecas actuaban mediante camionetas transformadas en bibliotecas ambulantes –bibliobuses– que llevaban los volúmenes a los pueblos, a la retaguardia” para divulgar en diversas unidades militares, las múltiples noticias impresas sobre los acontecimientos de la marcha militar; fortalecer la unión entre los milicianos y jefes oficiales de cada batallón; exaltar el ánimo de los soldados y alentarlos en la lucha por la libertad, la justicia y la paz. El mismo folleto *Propaganda y Cultura en los Frentes de Guerra* advierte sobre el perfil de los Comisarios políticos: “Se hace necesario que el encargado de realizar tan alta misión, imprescindible para el logro de la victoria, demuestre constantemente una seriedad de espíritu, una seguridad en el triunfo y unas dotes persuasivas tales, que de manera perenne, sea ejemplo y guía de las fuerzas armadas” (*apud* Gómez y Patiño, 1999: 54).

En esta perspectiva, no existirá duda de que el compromiso político y social adoptado y mantenido por Miguel Hernández hasta después de la guerra conformaría su personalidad como hombre y poeta empeñado en la guerra por la libertad y la justicia, con su grupo político-militar y el pueblo. En la guerra como en la prisión, Hernández afirmó la lucha por un mundo venidero justo y libre para todos, y sostuvo hasta sus últimas consecuencias su valor y dignidad al poner al servicio del pueblo su honra y libertad; desde esa óptica enunciaría en carta a Josefina el 26-11-1936 “(...) para mí hubiera sido una vergüenza tener que ir por la fuerza. ¿No te parece mucho más honroso ir a un lugar voluntariamente que no tener más remedio que ir? (...)” (OC, 2473). En la propia dedicatoria de *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre, asumió esta clara

función: “Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas” (OC, 550). Tal actitud de compromiso se debe, sin duda, a su experiencia directa adquirida en la realidad rural y campesina como hijo de pastores cabreros, y más tarde como amigo de obreros en la ciudad, en sus misiones de cultura y como soldado en las trincheras. A este punto, Tomás Navarro Tomás afirmó lúcidamente que Miguel “Siente con amplitud y fecundidad la tragedia de España, el sacrificio del pueblo y la misión de la juventud. Sirve a su pueblo como poeta y como soldado. Su espíritu, encendido en un puro ideal de justicia y libertad, se vierte generosamente en sus composiciones poéticas y en su vida militar” (OC, 548) en efecto. Y es que, como advierte Muñoz Molina (2010: 34-38), fue Miguel quien “conoció de cerca y de verdad, por decisión propia” la guerra, donde adoptó una voz madura como poeta y como militante político; aunque “tampoco cuadra, ni física ni metafóricamente, en la fotografía de los poetas canónicos comprometidos con la causa republicana: [pues] vive con los soldados, no en los despachos de la Alianza de los Intelectuales”.

Efectivamente, cuando trabajó en el Frente Sur (18-2-1937; OC, 2492) pudo recorrer diversas zonas rurales en las que vislumbró la miseria en que sobrevivían los obreros del campo: hombres, niños y mujeres, como efecto de las injusticias y la crueldad cometida desde tiempo atrás contra ellos; fue éste el grupo con el que el poeta y soldado oriolano se comprometió con el uso del fusil y las letras, como declaró en carta abierta escrita el 21 y publicada el 27 de febrero en *Al Ataque*, en la que declaraba a Valentín González estar “orgulloso de haber peleado a tus órdenes con un fusil, y a ti vuelvo la memoria y la mirada para aprender a diario dignidad, generosidad, bravura, sencillez. (...) Yo seré el poeta dispuesto a empuñar el fusil y a empuñar el romance cuando lo creas conveniente (...)” (OC, 2185-2186). Bajo esa voz de compromiso, prosa, teatro y poesía de guerra del autor oriolano vieron la luz en diversos periódicos murales, periódicos y revistas de la época; así, por ejemplo, en enero publicó en *Milicia popular. Diario del 5º Regimiento de Milicias Populares; Ayuda. Semanario de la solidaridad*, editado por el Socorro Rojo Internacional, de Madrid y dirigido por Teresa de León; *La voz del combatiente. Diario de los Comisarios de Guerra del Ejército del Pueblo*, y *Al Ataque*, del que fue coordinador y difusor. En marzo, escribe en *Acero y Frente Sur*, revista editada bisemanalmente por el Altavoz del Frente Sur, con sede en Jaén, etc.

Al respecto de este panorama cultural o acerca del *boom* cultural durante la Guerra Civil, Gamonal Torres (*apud* Gómez y Patiño, 1999: 109) señala que la cultura se transformó en la zona republicana “en un sustantivo laico de la religión. Su difusión y defensa fueron un lugar común hasta convertirse en mito (...), la cultura instrumentalizada e ideologizada, ligada directamente a las instancias políticas, es el imprescindible ‘background’ sobre el que hay que basar el conocimiento de las actividades artísticas. (...) se convirtió en un arma más de combate, como tuvo un papel en el arsenal ideológico de los bandos contendientes (...)”. Bajo tales dinámicas, toda esa poesía de guerra y específicamente el llamado “teatro de urgencia”, sugerido por Rafael Alberti, escritos sobre la marcha, en la inmediatez y las exigencias de los

combates, “obritas rápidas, intensas –dramáticas, satíricas, didácticas–,” (Díez de Revenga y De Paco, 1981: 183) fueron las que realizó Miguel Hernández en su *Teatro de Guerra*; no obstante, el autor oriolano apeló al desafío de la simplicidad en favor de un arte comprometido con los ideales bien ligados al republicanismo y comunismo, donde tuviera lugar la expresión de los sentimientos sin olvidar la realidad colectiva. Para el oriolano, en efecto, sería ese teatro de guerra una de sus mejores armas políticas e ideológicas no sólo en la contienda, sino en la paz:

Creo que el teatro es un arma magnífico de guerra contra el enemigo de enfrente y contra el enemigo de casa. Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, han de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra.(...). Con mi poesía y con mi teatro, las dos armas que más me corresponden y que más uso, trato de aclarar la cabeza y el corazón de mi pueblo, sacarlos con bien de los días revueltos, turbios, desordenados, a la luz más serena y humana. (...) Cuando descansemos de la guerra, y la paz aparte los cañones de las plazas y los corrales de las aldeas españolas, me veréis por ellos celebrar representaciones de un teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes (OC, 1787-1788).

Sin embargo, fue el brutal inicio de la guerra que “dejó a Miguel Hernández escaso tiempo para cuestiones especulativas y le forzó a someter su creación y modo de pensar a la atmósfera de urgencia y amenaza en que se vivía, de modo que fueron sus escritos y su actividad durante la guerra las mejores muestras de su participación en el debate cultural”, refiere Cano Ballesta (2003b: 121) a propósito de la visión de Miguel Hernández con respecto al papel y la orientación del arte revolucionario en el debate cultural de la década de los treinta, tal como se discutió en el Congreso de Escritores Antifascistas en Valencia, celebrado en julio de 1937. En efecto, la convulsión personal producida por la guerra y las constantes movilizaciones en los frentes le causaron una serie de ideas y sentimientos que alimentaron el espíritu artístico de Hernández y lo encaminaron a la afirmación como poeta cívico (25-1-1937; OC, 2488), como tal apelaba a la esperanza, convencido de que las fuerzas represoras desaparecerían de España junto con la guerra y esos ideales lo motivaron para no desfallecer ante la maldad y el odio proclamado por el otro, según afirmó a Josefina:

(...) tienes que llegar a comprender que con la guerra que nos han traído no defendemos más que el porvenir de los hijos que hemos de tener. Yo no quiero que esos hijos nuestros pasen las penalidades, las humillaciones y las privaciones que nosotros hemos pasado, y no solamente nuestros hijos, sino todos los hijos del mundo que vengan. A tus hijos, a mis hijos, les enseñaré a trabajar, sí, porque el trabajo es lo más digno en el hombre, pero a trabajar con alegría y sin amos que los hagan sufrir con insultos y atropellos (10-02-1937; OC, 2493).

A propósito, las ideas de la lucha, la exaltación y la redención de los trabajadores del campo que Miguel hace en las cartas las retoma en diversos poemas que se pueden calificar de revolucionarias, de “protesta y rebeldía”, con la que “sólo pretende redimir al pobre y al oprimido de la miseria en que le ha hundido la injusticia social y la guerra”

(Cano Ballesta, 2003b: 128). Poemas como “El campesino de España”, “Fiesta del trabajo”, “Las manos” (OC, 592-593) y “El sudor” (OC, 595) dan cuenta de aquella visión que se revela también en la carta anterior. Y es que, más que ideas doctrinarias o dogmas ideológicos y políticos son sus experiencias directas en el campo y en el universo trágico de la guerra los motivos que alimentaron su poesía y prosa de guerra y lo que podríamos llamar su lírica epistolar,⁵⁰ y que las nutrieron de significado, de profundo sentimiento e intensidad emocional, de aguda consciencia y compromiso con el pueblo, como ya se ve en “El niño yuntero” (OC, 560-563) y “Aceituneros” (OC, 585-586), donde se nota una convocatoria a la lucha contra la invasión extranjera y la postulación de una nueva sociedad de corte rural, donde predominase sí el trabajo, la familia, los niños, los hijos, etc., en plena libertad. Por todo, al fin, el poeta se convirtió en el cantor del pueblo tanto por su “poesía social”, como “civil”, que Darío Puccini (2003: 2) contrapone en supremacía del segundo:

(...) no poesía de circunstancia (...) unos versos, en todo momento, que sirven para expresar su indignación, rebelión o sed de justicia en unas situaciones de lucha encarnizada, y aunque encarnizada, legítima y justa, y, en otros momentos, de rebelión contra la opresión y la injusticia. No, poeta civil, en mi opinión, significa esto: poeta que quiere vivir y representar la voz general de la mayoría o de la supuesta mayoría popular del país. (...) El poeta civil incluye naturalmente al poeta social, pero quizás lo supera, al menos en el sentido de querer expresar varias capas sociales y varios ambientes humanos; algo que configure de alguna forma un pueblo, un conjunto de poblaciones, y, en resumen, una nación en su sustancia histórica, presente, y aun en su paisaje.

Al respecto de esta poesía de guerra, Concha Zardoya (1975: 115) dice que se trata de “viento, alud de versos épicos, arengas, gritos, dentelladas, cólera, ternura, llanto. Todo lo que temblaba o bullía a borbotones en el alma del pueblo”. Por su parte, Ortega (*apud* Gómez y Patiño, 1992: 132) habla de lírica política y advierte que brota en ella la consciencia del poeta frente a la realidad, “conmueve o agita en pro de un proyecto político, alaba o denosta personas o ideales contrarios, exalta al hombre que representa su deseable y determinada estructura social, anima a la acción común, enciende pasiones libertadoras o expresa angustias personales en el marco de su interpretación política”, y concluye que es *Viento del pueblo* un claro ejemplo de “parénesis popular bélica”. Y a propósito de la lírica propagandística sostiene que “es fácil percibir el apasionado compromiso del poeta por una especial forma de régimen político (...) provocar la emoción del lector, a transmitir el propio idealismo del autor, a fortalecer el sistema social pregonado como modelo de esperanza (...)” (133) y que el poema se hace arma en la mano del poeta, tal como se lee en el prólogo a su *Teatro en la guerra* (OC, 1787), que sirvió de prueba a las autoridades del régimen franquista para condenarlo a muerte.

En efecto, como se logra ver en escala íntima en la correspondencia, fueron más la prosa y la poesía de guerra que adquirieron una función como instrumento de mediación

⁵⁰ Puede ser llamada lírica, sin entrar en el dilema de literariedad, toda vez que en efecto hay una descarga de profundos sentimientos y consciencia del yo frente a su realidad.

y estímulo directo y activo en cuestiones sobre por qué la guerra; la defensa de su tierra, casa, hijos, madre, esposa, novia, etc., y sobre la conquista de la libertad y la dignidad humana, de ahí que Miguel haya afirmado en “La poesía ‘como un arma’” buscar a través de la poesía dignificarse, exaltar y redimir a su pueblo: “Vivo para exaltar los valores puros del pueblo, y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir” (OC, 2227). Desde esta óptica es comprensible su enérgica condena a la falta de compromiso social y político de las ciudades (OC, 2495) y burocracias políticas cómodamente ajenas a la tragedia de Madrid, y que más tarde reclamaría también a los amigos que lo dejaron solo en su vida forzada en la prisión; así escribía a su familia “(...) en Valencia me indigna ver tanta gente tan ausente de lo que pasa en Madrid. En Valencia se ha reunido lo peorcito de cada parte y deben ser contadas las personas apreciables que tiene ahora” (OC, 2496). Por el contrario, esa Madrid hostil que conoció en sus primeros viajes, la de las tentaciones y las lujurias humanas, fue en la guerra, la ciudad símbolo de heroísmo del soldado español; imagen del poder “desesperadamente deseada” por los rebeldes nacional-fascistas, y “firmemente defendida” por sangre española de obreros y campesinos soldados comprometidos, según manifestó en “Defensa de Madrid” (*Al Ataque*, 16-1-1937):

Cuando los hombres del pueblo de Madrid, los campesinos y los obreros que sienten en lo más hondo la gran tragedia de la capital de España, (...) están viviendo en las trincheras unos días inacabables de hambre, fuego y muerte, sin dormir, con los ojos dilatados para vigilar los movimientos del enemigo, con las ropas mojadas de barro, de sangre, de lluvia (...) cuando la guerra está salpicando de luto el corazón de tantas madres y tantos compañeros; cuando depende de España entera que las vidas derramadas, que se están derramando y que se van a derramar no sean siembra en páramo baldío, veo, siento con pesadumbre y cólera ciudades de retaguardia ajenas por completo, a pesar de sus aparatos de carteles y carteleros de propaganda, a la terrible verdad que nos circunda. Dentro de ellas apenas hay otras cosas que no sean carne de carnaval, fingimiento de problemas importantes, burocracia, problemillas, torpezas y mezquindades que hacen apretar los dientes y el alma (OC, 2166).

Se trata de una fuerte crítica no sólo a las olvidadizas ciudades de retaguardia como a la “burocracia” y “mezquindades” de las autoridades, dígame revolucionarias; a la chabacanería llevadas a cabo por intelectuales antifascistas que escudados por las paredes del Instituto de la Alianza Antifascista cantaban y bebían como en una fiesta de carnaval en medio de la sangrienta lucha, mientras Miguel cantaba y pedía ayuda con dolor al mundo en “Recoged esta voz” (OC, 575-576).

Con apenas unos días de recién casados en Jaén, el 19 de abril Josefina asistía a cuidar a su madre, Josefa Marhuenda, que muy enferma, y en las condiciones precarias en que vivían hasta mayo habría de resistir con vida. Aún impaciente por saber de la situación de la familia, y decaído por la separación con su esposa, le decía a ésta sobre el proceso de edición de otro libro (20-4-1937; OC, 2497); con todo, se dedicó a recorrer diversas zonas de Extremadura, Andalucía, Jaén, Valencia, etc., y escribir en diversos periódicos y difundirlos en zonas de combate, de cuyas experiencias nace “Compañera de nuestros días” (*Frente Sur*, 21-3-1937), un texto sobre la mujer campesina de quien

nos ofrece una imagen trágica, ruda, dolorida, pero real y hasta de tono biográfico sobre su madre y hermanas campesinas (OC, 2191-2192). En fin, tal fue el proceso de politización de la vida cultural “el empuje arrollador de los acontecimientos que obligaban al escritor a tomar partido y el fortalecimiento y triunfo de la literatura (sobre todo de la poesía) comprometida y revolucionaria (...)” (Cano Ballesta, 1978b: 213).

Por otra parte, en mayo escribió a Josefina la alegría al saber de su paternidad y anunció su viaje a Castuera, un pueblo de Extremadura en el que realizaría trabajos de propaganda con el Altavoz “Ha vuelto Petere y seguramente iremos él, Tréllez, Paco, todos los del cine, Braña, los de la emisora (...). Esto no se lo digas a nadie porque no conviene que nadie lo sepa” (OC, 2499); aunque desde Jaén, enunciaba las dificultades materiales y logísticas para realizar dicha labor y sobre su deseo de proteger a la esposa de los bombardeos de los fascista en Castuera y Jaén (11-4; OC, 2502-1503).⁵¹ En julio asistió al Congreso de Escritores Antifascistas donde se reunieron, entre otros, Alberti, Machado; Malraux, Jean Cassou, Tzara, Henri Lenormand, Juan Marinello, Neruda, Octavio Paz, Vallejo, Nicolás Guillén, Huidobro, G. Tuñón, Alexis Tolstoi. En ella, el joven poeta tuvo oportunidad de escuchar y expresar las propuestas ideológicas y estéticas en torno a una poesía comprometida y revolucionaria, por un lado, mientras escribía *Pastor de la muerte*, y padecía de una “anemia cerebral” de la que se recuperaba en Cox, al lado de su esposa embarazada. Más tarde asistió a Alicante, al Ateneo de la ciudad y recibió la invitación por parte del Ministerio de Instrucción Pública para asistir al V Festival de Teatro Soviético en la URSS, donde asistió con el músico Casal Chapi, el dibujante Miguel Prieto, la actriz Gloria Santullano y el periodista Francisco Martínez Allende (Luis y Urrutia, 1984: 26); sobre ello, el 27 de agosto escribía a su esposa embarazada, mientras insistía, por otra parte, en los cuidados que debía tomar en la alimentación, como en la gestión de hospedaje para las niñas en la guardería de San Juan; en ésta Miguel esperaba que las cuñadas estuvieran protegidas y con posibilidades de una mediana alimentación.

La guardería que te digo está en la playa de San Juan (Alicante). Me han ofrecido plaza para las pequeñas. (...) Pensándolo bien, hasta que no tengamos una casa grande para los seis que somos, no debemos llevar a las chiquillas con nosotros, que se pasarán el día comiendo pan y aceite si hay pan, y si no aceite sólo como las lechuzas. (...) En San Juan preguntarás por la guardería de la F.U.E (...) Come mucho y bueno de lo que encuentres: no vuelvas al bacalao ni sigas con la cebolla, que ya sabes lo que va a salir si sigues comiendo esas cosas (OC, 2514).

A este punto, Sierra Blas (2009: 83) señala que el cuidado de los niños se convirtió, por encima de cualquier ideología, en uno de los objetivos esenciales entre los contendientes, sin embargo, es preciso considerar que fue con todo este fenómeno un

⁵¹ Señala María Gómez y Patiño (1999: 123) que el Altavoz del Frente, dependiente del Subcomisariado de Propaganda del Ministerio de la Guerra, transmitía desde septiembre a través de Unión-Radio, información sobre el desarrollo de la guerra y temas de carácter combativo para el pueblo en armas, y que desde noviembre de 1936 “construyó un coche blindado en cuyo interior instaló un potente equipo de altavoces, ‘único en España y acaso en Europa’, con el que se propuso realizar una eficaz labor propagandística desde las primeras líneas de fuego”.

elemento de que se sirvieron los grupos combatientes para establecer una discusión ideológica, política y cultural, con alcances a nivel nacional e internacional, como se puede ver en una gran producción propagandística de la época.⁵²

Comprometido con su labor, Miguel siguió el viaje a la URSS donde vivió el encuentro y la búsqueda; la revelación de sí y la inmensidad de mundo, en mejores palabras, vivió la traducción, al descubrirse a través del Otro, como conocer al Otro; fue este un viaje en que vivió el sentimiento de pertenencia o de abandono: se supo extranjero... y como Don Quijote, supo que nunca más se vuelve el mismo a la tierra de origen. Así, Miguel Hernández, el poeta, el campesino y el soldado, experimentó un sentimiento de arraigo a su España entonces en guerra; esa patria que pudo observar a través de los Otros, lo mismo que el otro lado de Europa ajena e indiferente a la sangrienta lucha española contra el fascismo, y que años seguidos sería la causa de desgracia de esas naciones europeas a las que Miguel describió “de cartón” y de “pobres hienas aisladas” en “La URSS y España, fuerzas hermanas”.

De estos encuentros e impresiones con las diversas ciudades europeas (Inglaterra, Francia, Suecia) por las que viajó de paso, como de su permanencia en distintas ciudades de la URSS, nos hizo testigos en algunas de sus cartas dirigidas a Josefina desde aquellas regiones; este largo viaje donde re-descubre su “españolidad” y que lo dotó sin duda de temas que trataría más tarde en composiciones como “España en ausencia”, “España madre”, “Rusia”, “La fábrica-ciudad” y “Los hombres viejos” de *El hombre acecha* y prosas ya señaladas, además de “Hay que ascender las artes hacia donde ordena la guerra”. De aquel libro, Cano Ballesta (1971: 48) sostiene que se trata de una “obra intermedia entre el entusiasmo apasionante de *Viento del pueblo* y la voz entrañable y apagada del *Cancionero* (...) El poeta va adentrándose lentamente en su interior, el fuego purificador del dolor le va despojando de lo que pudiera ser mero palabreo superficial sin mensaje ni hondura”. En efecto, *El hombre acecha* vislumbra el fatídico y aterrador final de la guerra, que ha creado el hombre perverso por el odio, la garra hambrienta contra el otro con el que se desangra y se da muerte; donde el poeta y el campesino redescubren sus garras, por eso “La misma guerra que en *Viento del pueblo* era entusiasmo, valentía, heroísmo, canción a la alegría, se ha trocado en tragedia inacabable: odios, heridos, hospitales, hambre y cárceles” (48), que describe con mayor fervor en la poesía y prosa de guerra que en las cartas, como ya se dijo, y cuya especificidad tiende más hacia la evocación del yo, a la catarsis, o en suma, a la subjetividad. Con esa visión, de regreso a España permanece en Cox junto a Manuel Ramón, su hijo recién nacido el 19 de diciembre, del que pronto se separaría al dar inicio la batalla de Teruel;⁵³ recuperado de su anemia cerebral y agotamiento físico tras

⁵² El tema sobre la labor de defensa y protección a los niños de la guerra merece un estudio aparte; cierto es que movilizó una serie de estrategias a nivel político, ideológico y cultural, como la propia Verónica Sierra Blas (2009) analiza; desde luego, los periódicos, las revistas, los carteles, los periódicos murales, las cartas, los manuales epistolares, entre otras formas de expresión escrita de la época resultan un excelente material para análisis de este tema.

⁵³ La batalla de Teruel fue considerada una de las más cruentas de la Guerra Civil; tal enfrentamiento tuvo lugar del 15 al 22 de diciembre de 1937, cuando fuera conquistada por el ejército republicano; tras una aparente calma, dos meses después los republicanos, desprovistos de armamentos, vieron perder la ciudad

el intenso y el dedicado trabajo en Rusia, pero ante las amenazas de guerra de los nacionales, Hernández se reincorporó a la XI División del Frente de Aragón comanda por Enrique Líster en una de las más cruentas batallas, en medio de un crudo invierno y miseria padecidos frente a la declarada inclinación de combate de los rebeldes hacia Levante y Cataluña.

En **síntesis**, pudimos analizar y constatar el gran valor representacional y testimonial de las cartas al revelar un momento histórico nacional español y una historia de vida personal, y colectiva; en caso particular, pudimos reconocer la mentalidad en torno a la guerra y la experiencia de vida, la diversidad de sentimientos y emociones de Miguel Hernández en dicho contexto, que invoca en las cartas, como en la poesía y prosa de guerra, al activismo político y social, y critica la apatía de amigos, ciudades y países indiferentes a la tragedia española. En otro sentido, vimos también de qué manera las cartas funcionan en un periodo determinado como reflejo de las dinámicas de la vida social, política, cultural e ideológica contrapuestas que justamente condujeron a la guerra civil. En ese sentido, las cartas permiten configurar ese tejido histórico de la España de principio del siglo XX, desde la visión de un ser que es partícipe, víctima y narrador de aquel contexto de ardientes convulsiones sociales, político-militares. Ellas le permitieron aliviar el dolor y romper con la soledad al hacer presente al ausente en medio de los desastres humanos y materiales vistos, y porque en ellas fue tejiendo un mosaico de sentimientos, que van del miedo, la angustia, la desilusión, la rabia, a la esperanza de un mundo mejor, justo y en paz.

En lo que corresponde a la propia escritura epistolar pudimos confirmar que se trata de una práctica cultural democratizada, ejercida por personas de distintos sexos, edades y clases sociales, como en materialidades diversas que la distinguen y la convierten en un género singular, híbrido, pero también un producto socialmente determinado. Es cierto que la escritura de las cartas de Miguel Hernández estuvo determinada por las propias exigencias de los acontecimientos bélicos en medio de los cuales fueron enunciadas, mas también por la censura y autocensura impuestas, como antes se dijo. En esa perspectiva encontramos que en ellas no hay rasgos estilísticos que remitan a una intención netamente literaria, y sí a su función pragmática o de comunicación que nace por la misma necesidad de saber de la existencia del otro, Josefina, la familia, los amigos, etc.; expresar sentimientos y liberar la voz del yo, tanto como por superar la distancia, antes que sostenerla como un “equivoco” (Kaufmann, 1990).

No se trata de cartas ficcionalizadas (Guillén, 1998) donde toma lugar el “doble pacto epistolar” y la anteposición de mundos “fccionales”, ajenos o distantes de la realidad en que el epistológrafo enuncia su carta, se trata antes bien de la transcripción de un conjunto diversos de hechos, sentimientos, estados emocionales, como la angustia, el miedo, el dolor ante tanta pérdida humana, de ahí que se vea un agudo sentimiento de soledad, no obstante, y sobre todo, lo que caracterizará el espíritu de

tomada por los rebeldes, apoyados por fuerzas y armamento alemanes e italianos, y abalanzados contra otras ciudades del frente Este en continuación hacia el Levante, donde se había establecido el Gobierno Republicano y que los nacionales ya habían dividido al tomar Aragón.

Miguel Hernández hasta el final de su corta vida: a saber, un sentimiento permanente de esperanza, por sobre la trágica realidad. Son estos los sentimientos proferidos en el momento de la enunciación hecha por sujetos reales, emisor y receptor, antes que sujetos de ficción, que le otorgan a las cartas un grado de sinceridad y verdad al corresponderse con la propia realidad; en fin, son cartas en que emisor y receptor empíricos asumen el pacto epistolar como la premisa para hablar de hechos de conocimiento común: la guerra y sus sinsabores; las miserias, las penas, el dolor, las angustias, las esperanzas, y no obstante, de una forma velada.

Así, esta referencialidad, como la subjetividad mediatizadas a las que aluden las cartas de Miguel Hernández están determinadas, como se dijo, por cuatro factores: (1) Por el grado íntimo del pacto epistolar que, en el contexto de la guerra, permite a los correspondientes tratar diversos temas del conocimiento común, como de la realidad personal e íntima; (2) por la censura impuesta por autoridades de gobierno y militares; (3) por la propia autocensura que el autor de las cartas mantuvo en respuesta a su coherente personalidad y compromiso cívico en el sentido de desear aliviar el dolor a los seres queridos, a través del ocultamiento u omisión de la cruel realidad; y (4) por la propia personalidad y carácter de los receptores, que llegó a convertirse en un factor determinante en la configuración del contenido epistolar; y es que en sus cartas Miguel proyecta una imagen de Josefina Manresa como un ser débil y angustiado que bien hizo frente a la realidad de miseria durante y después de la guerra. A pesar de ello, la mediación por ocultamiento de la realidad de la guerra al final es superada a través de elementos retóricos como la ironía y el humor amargo, sobre todo en las cartas escritas desde la prisión, como enseguida analizaremos.

Por otro lado, se puede observar de qué manera los datos biográficos descritos por Miguel Hernández en su epistolario guardan una relación directa con la poesía, el teatro y la prosa hernandiana producida en la guerra, donde hay una invitación al activismo político y social, y por la otra, la clarifican dando luz para mejor comprender al hombre y al poeta, como al universo extratextual que circunda al autor, al hombre, al soldado. Así, las cartas adquieren un doble poder de referencialidad: objetiva y subjetiva, por cuanto a la revelación de la propia realidad bélica y convulsa, como al mundo interior de un hombre y poeta comprometido con los ideales perseguidos por los republicanos, como por aquellos que él mismo, ante los acontecimientos sangrientos se propuso alcanzar, y que constantemente refirió en sus cartas, como en su poesía: paz, felicidad, justicia, igualdad y libertad para el pueblo de hombres, mujeres y niños campesinos, trabajadores obreros, con los que luchó lado a lado contra la hostilidad nazi y fascista nacional e internacional. Por todo, vemos al poeta, al soldado, al campesino, al hombre revolucionario creyente de aquellos ideales que en su consciencia y espíritu despertaron con fervor las experiencias en la lucha sangrienta, hacia un sentimiento heroico y combativo.

En el siguiente capítulo se busca como objetivo comprender también al hombre y sus experiencias, esta vez, en las cárceles implementadas por el régimen franquista; la imagen del receptor de las cartas, la cárcel, como la situación de la escritura epistolar en ese contexto de fuertes y crueles restricciones.

CAPÍTULO IV. FIN DE LA GUERRA: CÁRCEL, MUERTE Y OLVIDO HACIA UNA NUEVA LECTURA DE LAS CARTAS DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,
van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo, lo persiguen,
lo absorben, se lo tragan.

MIGUEL HERNÁNDEZ

PRELIMINARES

Agustín Sánchez Vidal (1986: 17) advierte que el epistolario de Miguel Hernández no constituye un modelo de gran literatura “ni siquiera de esas ingeniosas observaciones y donaires con que los escritores componen su perfil para la posteridad. Es la necesidad la que lo mueve, más que la inspiración. Primero la de sobrevivir como poeta, luego, ya al final, la necesidad de sobrevivir al tifus, al chantaje y a la cárcel”; y es que como veremos en este capítulo, la necesidad de saber del otro, de mantener comunicación con su mayor destinatario, Josefina Manresa, y saber del estado material, emocional, de salud, etc. de la esposa y el hijo, así como la de configurar un mecanismo de supervivencia ante la dramática vida en la prisión, condujeron al autor al permanente ejercicio epistolar, y como él, a una gran población de la sociedad española de entonces que hizo de la carta el “cuarto propio” y la ventana para ver un poco más allá de los muros carcelarios y defender su identidad sujeta a amenazas permanentes. En esta perspectiva nos proponemos reconocer los trazos de su experiencia en la prisión; saber también de la vivencia cotidiana de sus receptores, particularmente de su esposa Josefina Manresa; la representación de la cárcel y la vida en ella, y la situación de la práctica epistolar en ese contexto. Desde luego, el conocimiento de estas referencias nos ayudará a establecer una relación con la obra literaria del oriolano producida en los inicios de ese periodo existencial, y así mismo, nos permitirá conocer desde la voz de la primera persona una fase de la historia nacional española.

4.1. Hacia el final de la Guerra Civil: las cárceles acechan

La práctica de la escritura en la prisión mitigó la imposibilidad de acción o inercia impuesta por las normas carcelarias de dominio y poder del nuevo régimen. En el caso específico de la práctica epistolar, el recurso a la escritura de la carta familiar se tornó un hilo de esperanza y un mecanismo de supervivencia para los presos, en medio de la calamitosa realidad carcelaria a la que fueron obligados a permanecer; a través de su práctica, los reclusos lograron “autodialogar” y mantener comunicación con sus familiares, de quienes les preocupaba el estado de salud, la situación material y emocional en las nuevas y miserables formas de vida impuestas por el régimen franquista dentro y fuera de la prisión. Por otra parte, la escritura de la carta, como las memorias y los diarios íntimos (celosamente cuidados por sus autores) ayudaron a la conservación de la identidad e individualidad del prisionero que el Nuevo Estado buscó diluir, con el propósito de reconstruir una nueva identidad a semejanza y en defensa de sus ideales: la patria, dios y la familia. A propósito, como ha señalado Santos Juliá

(2007: 155), “El Nuevo Estado se edificó sobre una represión metódica e implacable, que ya no podía tener como meta la consecución de la victoria, sino la erradicación de los virus que había afectado el cuerpo de la patria: el anarquismo, el socialismo, el comunismo, el republicanismo, la masonería, el separatismo, pero más allá, en zonas más profundas, el liberalismo, origen auténtico de todos los males”. A este respecto, y de acuerdo con la tesis formulada por Michael Foucault acerca de los efectos de “la anulación del sujeto, la despersonalización del individuo”, perseguidos por cualquier tipo de régimen con el fin de crear “un hombre nuevo”, señala Antonio Castillo Gómez (2003: 20) que las instituciones y los sistemas carcelarios para lograrlo buscaron desvincular al preso del mundo exterior “familiar, social e ideológico” y “adoctrinarlo en los principios del nuevo estado”, frente a cuyas dinámicas de represión y vigilancia los presos configuran una serie de estrategias con las que evadir dicho control y sobrevivir a las penas carcelarias; dos de esas formas de evasión, o mejor decir, de resistencia, fueron la lectura y la escritura, entre otras.

Del joven autor oriolano podemos decir en principio que si en los años juveniles cuando buscaba gloria literaria, y más aún en los años de guerra puso en práctica constante la escritura epistolar, fue en la prisión una de sus más fieles y dedicadas actividades cotidianas por las que conseguiría una mínima sobrevivencia, al mantener comunicación con sus seres queridos, resguardar su identidad y manifestar el conglomerado de sentimientos. Este epistológrafo que escribe marcado por la miseria, la tragedia de vida y muerte “(...) que llama desesperadamente a todas las puertas para no sucumbir (...)” (Sánchez Vidal, 1986: 17-18) a la pena, el dolor y la muerte, será un ejemplo de vida que remite a la de millares de reclusos y familias españolas durante el periodo franquista. De ahí que, sin duda, el epistolario de Miguel Hernández resulte un testimonio de vida –acaso olvidada de sufrimiento y dolor, de esperanza y resistencia en medio de tales aberraciones; por todo ello, es “(...) en este contexto [que] puede entenderse el último tramo epistolar (...). En él no se encontrará grandes consideraciones de orden intelectual o poético, sino la carrera angustiosa contra la muerte y el chantaje” (Sánchez Vidal, 1986: 24).

Pues bien, hacia febrero de 1939, cuando ya se vislumbra el fin de la guerra, el triunfo de los aliados fascistas y el acecho de las cárceles, Miguel escribía a la esposa solicitando noticias sobre su estado de vida y comunicando, por otra parte, de los esfuerzos que hacía desde los frentes para hacerle llegar leche para el segundo hijo, Manuel Miguel, recién nacido el 4 de enero (26-2; OC, 2524), amenazado desde entonces por el hambre, que en otro momento había complicado la infección intestinal de Manuel Ramón; así, el joven soldado se daba a la tarea de buscar alimento para su primer hijo tocando puertas en el socorro Rojo y la Gota de leche de Alicante (30-6-1938; OC, 2528), como también se vio en citas del capítulos anterior. Esta experiencia de miseria en la guerra y la postguerra motiva uno de los más citados poemas escritos por Miguel Hernández en la lucha bélica: “El hambre” (OC, 663-664), donde es notoria la antítesis tratada por el autor entre los que sufren de hambre, “los niños yunteros”, “las andaluzas”, “los campesinos”, “la compañera de nuestros días” y “el hijo del pobre”, y los que nunca la han padecido: “los hombres viejos”, “los cobardes”, etc. Es posible

apreciar además de qué manera el hambre, como la guerra, causa el odio y el deseo de muerte contra el otro que mantiene en su poder la tierra y el fruto para la sobrevivencia, de ahí que el autor advierta que uno es capaz de matar por hambre, de “luchar hambrientamente”, y obedecer sólo al instinto animal al matar para poder vivir (Balcells, 1992). Pero también puede resultar verdad, como advierte Díaz Padilla (1991: 16) cuando dice que la guerra resulta “algo inútil porque el enemigo cada uno lo lleva dentro de sí y porque es un acto inhumano, un acto brutal y absurdo que estalla en medio de una sociedad, que deja a los más débiles –mujeres, ancianos y niños– desprotegidos ante el hambre, la muerte y la soledad. Su aspecto positivo es el convencimiento de que la raíz de la violencia es individual, y desde ese conocimiento se pondrá fin al constante manifestarse del odio y construir un mundo más humano”. Quizá por ello, como sostiene María Payeras Grau (1992: 296-297), *El hombre acecha* está compuesta de poemas intimistas, “donde la peripecia humana del poeta se contempla en una dimensión más trascendida”; así mismo dice respectivamente a cerca de la “Canción primera” y la “Canción última” que estructuran la obra: “(...) manifiesta la visión del conflicto bélico que reduce a los seres humanos a la condición animal; no cabe más quizá que ser un animal depredador o animal acorralado a esta deshumana situación” y de la última sostiene que: “(...) subraya la tragedia personal, el sacrificio individual que no se resigna a tanta pérdida, opone el amor particular al odio generalizado y acaba suplicando: *dejadme la esperanza*”, que depositará en la esposa y el hijo al terminar la guerra y al permanecer en la prisión.

Así, mientras las cárceles acechaban, el poeta veía llegar la muerte de Miguel Ramón, el 19 de octubre de 1938, cuya terrible experiencia describió en el prólogo de la referida obra, no publicada dado el advenimiento del nuevo régimen, como por la escasez de tinta y papel (OC, 647); poemas también como “Era un hoyo no muy hondo” y “A mi hijo muerto” de *Cancionero de ausencia* revelan esta otra experiencia dramática de la vida del autor español y su esposa Josefina. En medio de tantas desgracias, firme, sin embargo, en su deber como esposo y padre, el primero de enero de 1939 escribía a Esteban, jefe del servicio de la sexta división, solicitando su apoyo económico como al parecer aquel le había prometido otorgar; más tarde, cuando los nacionalistas se apoderaron de Tarragona y el 26 de Barcelona; el 4 de febrero, Gerona y Menorca pasaban a su poder, mientras Francia y Reino Unido reconocían el Gobierno de Burgos y Azaña dimitía de su cargo, Miguel escribía convencido desde Valencia a Josefina: “Creo que no durará mucho la guerra, y está dentro de lo posible que cuando vaya sea para vivir en paz y siempre con vosotros” (OC, 2533). Pero ninguna paz como deseaba sería en adelante la vida del poeta y la de su familia, sólo cárcel y tragedias, pues “Cuando en 1939 todo se derrumba, él se queda vagando en la intemperie de Madrid cuando casi todos los demás encuentran el camino del exilio. No hubo plaza en ningún avión ni pasaporte de última hora para quien había puesto su vida entera, su nombre y su literatura al servicio de la República (...)” (Muñoz Molina, 2010: 38-39). Sin embargo, según declaración de María de Teresa de León, en un último encuentro con Miguel en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, le fue ofrecido el asilo en la Embajada de Chile, que el oriolano no quiso aceptar (Cano Ballesta, 1978a: 24).

El 19 de abril, desde Orihuela, donde había llegado buscando refugio al final de la guerra, Miguel dirigió una carta a José María de Cossío para comunicarle su salida rumbo a Sevilla, siguiendo su plan de exilio hacia América, donde estaba pensado lo seguiría su esposa y su hijo Manuel Miguel. Quería encontrar en Sevilla a Romero Murube, entonces alcalde del Alcázar, de quien no recibió ayuda, motivo por el cual se dirigió a Huelva para encontrar refugio con Pedro Pérez Clotet, sin fortuna alguna porque éste se encontraba de viaje en Ronda; por tales razones decidió entrar a Portugal, por Rosal de la Frontera, pero en Moura fue capturado por guardas portugueses el 30 de abril y entregado el 4 de mayo a la policía española de Rosal de la Frontera junto con sus pertenencias: unas veinticinco escudos, dos salvoconductos para desplazarse a Sevilla, Jerez y Cádiz; el libro de Vicente Aleixandre *La destrucción o el amor*, con una carta del autor en la que se corrige un trabajo suyo y un Auto sacramental (Cerdán Tato, 1992: 2); por la forma como cruzó la frontera, cuando miles de españoles intentaba pasarla, los policías determinaron se trataba de un militante e intelectual de la “zona roja”.

A partir de entonces daría inicio su drama y agonía carcelaria, el “turismo carcelario”, como Miguel le llamó; de tal manera, fue trasladado a la cárcel de Torrijos, en Madrid, de pasó en retrospectiva por los mencionados pueblos para finalmente entrar en la cárcel de Madrid, el 15 de mayo, donde permaneció encarcelado hasta el 17 de septiembre del mismo año, pues obtuvo libertad provisional el 19 de ese mes. Según María de Gracia Ifach (1975: 25), esta libertad se debió a la intervención de María Teresa de León, quien “consigue un ejemplar del ‘Auto-sacramental’ del poeta y hace que lo lean al Cardenal Braudrillart –estaba ciego– que era amigo de Franco. La poesía religiosa del preso conmovió al Cardenal a tal punto, que consiguió su libertad provisional”. Pero Juan Guerrero Zamora, en “Proceso a Miguel Hernández” (1990) sostiene que se trató de un error burocrático que las autoridades correspondientes, Auditor General de Guerra, Juez Especial y Director General de Seguridad, tuvieron que corregir con la inmediata captura del acusado, que se encontraba de visita en la casa de la familia de Ramón Sijé; Pérez Álvarez afirma que fue gracias al aval presentado por Juan Bellod Salmerón y Tomás López Galindo, porque Miguel es puesto en libertad (Sánchez Vidal, 1992b: 2757).

Sin embargo muy poco duró al autor oriolano aquella libertad, ya que por la intervención de Manuel Morell Roger, inspector de la policía municipal oriolana, fue detenido y encarcelado nuevamente el 29 de septiembre en la prisión “San Miguel” de Orihuela, otrora seminario, donde permaneció hasta su traslado el 3 de diciembre a la cárcel de Conde de Toreno, en Madrid; el 18 de enero de 1940 recibiría su condena de muerte, pero el 25 de junio sería conmutada a 30 años de prisión; el 23 de septiembre de ese año, siguiendo las formas de castigo carcelarias, ingresaría a la prisión de Palencia y por mediación de la Guardia Civil sería trasladado a la cárcel de Ocaña el 24 de noviembre de 1941, para finalmente, después de viajes largos y en pésimas condiciones en tren, fuera prisionero en el Reformatorio para Adultos de Alicante, el 24 de junio de 1941, donde la muerte tomaría lugar el 28 de marzo de 1942, tras días de miseria, intensos fríos, hambre, chantajes, represiones, etc.

4.2. Cartas desde la prisión: una historia de vida

La imagen de la cárcel franquista ha quedado gravada en diversos tipos de documentos que hoy constituyen parte de la memoria colectiva española. Las cartas, los diarios, las memorias, como los documentos oficiales burocráticos, etc., ofrecen imágenes de las cárceles, las formas de vida cotidiana en ellas; las dinámicas y las actividades carcelarias impuestas; los sistemas de control y las formas de represión para los reclusos y sus familiares, como también las formas diversas creadas por aquéllos para evadir las formas de control. En la cárcel, una de las mayores alegrías o angustias del recluso fue la llegada de la correspondencia familiar. Como en las declaraciones hechas por Miguel Hernández a su esposa, la escritura epistolar adquirió para él, y para la gran población de prisioneros, un carácter ritual que les permitió sobrevivir al encierro, a la inercia carcelaria impuesta y a la separación del mundo familiar y social externo: “Hoy es mi día de escribirte y empiezo a hacerlo queriendo que se me pase el día escribiéndote porque es como si hablase contigo. Aquí se aprende a querer más de lo que ya se quiere a los seres queridos. (...) se aprende a no olvidar al hijo y a la mujer” (22-8-1939; OC, 2561).

A través de las cartas, el epistológrafo pudo evadir la realidad presente rememorando pasajes de la vida pasada e invocando fragmentos de un mejor porvenir, sin tintes de ficcionalidad, mas sí con declaradas palabras de esperanza, depositada en la esposa y el hijo, antes que a las ideas y grupos políticos con los cuales luchó. Con todo, en este intento por ocultar y evadir la cruda realidad de los tormentos, la maldad, el asedio y el rencor por parte de las autoridades policíacas, políticas, religiosas, etc. en la prisión, mucho se filtró a través del uso de la ironía y el humor amargo, muestras al fin del desencanto de los ideales esperados y lo que la realidad le ofreció; en ese hilo epistolar que Miguel y Josefina fueron tejiendo antes, como durante y después de la Guerra Civil, la vida se revela un drama en un momento histórico terrible para España, toda ella convertida en una prisión, como a propósito dice Santos Juliá (2007: 157):

En cárceles, colonias y batallones, los vejámenes y las torturas eran prácticas habituales, como lo fueron también en pueblos y ciudades sobre tantas mujeres que militaron en organizaciones de izquierda y sobre las viudas, hijas o hermanas de afiliados o dirigentes de sindicatos y partidos que fueron desposeídos de sus bienes, sometidas a un pelado al rape o a la purga con aceite de ricino; catalanes y vascos sufrieron humillaciones y golpes por hablar su idioma, prohibido en todas las manifestaciones públicas y en documentos oficiales; las propiedades de centros culturales, sindicatos obreros y partidos de izquierda quedaron confiscadas y la población civil sometida a censura militar en su correspondencia privada.

De ahí que “referencialidad de vida” (Morales, s/f) carcelaria del poeta oriolano, lo mismo que la de sus familiares, particularmente la de Josefina Manresa, fue comunicada veladamente; en ambos casos y en grados distintos, se trató de una vida en la miseria, donde el hambre continua produjo la agonía física y mental que condujo a ambos correspondientes a pensar constantemente en la situación material que en efecto padecía cada uno en sus respectivos espacios de sobrevivencia. Pues bien, escritas en los

espacios de reclusión (patios, celdas, pasillos, etc.), las cartas se convirtieron en puentes de unión con la realidad exterior y instrumento de comunicación entre dos consciencias (Grassi, 1994), y como los diarios, las memorias, el *grafiti*, espacio para la autoconversación (Gibelli, *apud* Antonelli, 2005)

(...) las cartas vuestras son las que me hacen recordar más vivamente que tengo otra familia que me espera día a día. Por eso, todas las tardes me coloco cerca del que vocea las cartas y cada vez que nombran a un Miguel se me remueve la sangre, pensando que detrás del Miguel vienen mis apellidos. (...) Aquí, solo, cuando me tiendo en mi cama sobre todo, me acuerdo de todo lo que ha sucedido entre nosotros más que nunca (29-8; OC, 2564).

Sometidas a vigilancia permanente, y según Castillo Gómez (2003: 43), las cartas tomaron diversas modalidades como “las cartas de petición de aval que, por lo general, el preso enviaba a sus familiares con el fin de que éstos recabasen los informes o certificados del jefe local de la Falange, alcalde, cura, párroco o guardia civil, que se debían presentar ante las Comisiones Clasificadoras de Campos de Concentración y Prisioneros de Guerra para la posible liberación o reclasificación”. Y respondiendo a los propósitos de conversión de los reclusos en un hombre nuevo, la práctica epistolar en los procedimientos oficiales en que a una parte fue empleada como instrumento de control burocrático, en su función coercitiva (Navarro Bonilla, 2005: 20), la carta adquirió un papel relevante en el ejercicio de dominio franquista, toda vez que el autor de la epístola sometía sus intereses a los dictados y normas de sujeción en forma de súplicas dirigidas a diversas autoridades para que limitasen la pena de muerte, o de prisión.

Esta forma de escritura movilizó una serie de elementos, como los “intermediarios gráficos” y “los intercesores”, que intervinieron en favor de los reclusos al respaldar la súplica hecha y la personalidad del suplicante: “La súplica formulada o enviada a favor de otros pone en evidencia la participación de un amplio número de intercesores, patrocinadores y grupos de presión, procedentes del ámbito social, político o familiar de los reclusos, que intervienen desde roles variados y funciones sociales muy diferentes”(Sierra Blas, 2005: 198). De ahí que en los primeros días de reclusión y hasta el final de su vida, Miguel Hernández haya sometido una gran parte del contenido de sus cartas a la petición de intermediarios y testigos que respaldasen su personalidad, su imagen honesta y honrada que le condonase los años de prisión o le ayudasen oficialmente para su traslado ya en los últimos años cuando se agravaba su salud, y en suma le otorgase posibilidades para su libertad.

En los momentos de su detención, en carta del 6 de mayo de 1939, escribió a Josefina: “Ve a mi casa y di a mi padre y a mi hermano que estoy detenido, que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen a Orihuela. Que hablen con don Luis Almarcha, Joaquín Andréu, Antonio Macando, Juan Bellod, Martínez Arenas, Baldemoro Jiménez y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo” (OC, 2538); aún desde Rosal de la Frontera hizo la misma petición a sus familiares (OC, 2538) y enseguida a personajes influyentes en el

medio político, cultural y económico, como José María de Cossío: “Nuestra familia de Orihuela no sabe dónde me encuentro aún y te pido veas a Morla, a tu hermano, a quien sea, para verme junto a Josefina, que me necesita más cada día, pronto. (...) tú puedes ayudarme a salir rápidamente y no debes dejar de hacerlo. (...) José María, por nuestra amistad, nuestra familia y nuestra poesía, insisto en pedirte este gran favor” (20-5, OC, 2540-2541; OC, 2541 y 2542-2543); también escribió a Pablo Neruda, que se encontraba ya en Chile (26-6; 2548). En esta perspectiva, lo que indica el seguimiento de esta puesta en práctica epistolar de súplica es la aceptación por parte de los emisores de normas sociales y políticas, y la existencia de jerarquías, pues quien suplica reconoce que existe una verticalidad, una asimetría en las relaciones sociales, y en la propia comunicación; luego tenemos las cartas de súplica como representación de las relaciones de poder.

Pero el camino de penas, sufrimientos y miserias en la cárcel apenas se dibujaba para Miguel, quien recurrió una vez más a la escritura de la carta como medio para subsistir frente a truculencias y violencias constantes; así, en espera de avales como María de Cossío y Juan Bellod, dio noticias el día 30-5, mientras refería un panorama de la realidad de hambre en que vivía su familia (OC, 2543). Como era de esperar, la insistencia por avales en las cartas de petición de ayuda se volvió un tormento para Miguel y su familia, que insistieron constantes a las autoridades políticas, religiosas, simpatizantes del régimen, para que le proporcionasen documentos y cartas oficiales que avalasen la conducta, como su petición de libertad o traslado de cárcel: “No dejes de hacer esto que te voy a decir: di a mi padre que vea a don Luis Almarcha y le pida un documento sobre mi conducta anterior a la guerra, si es posible firmado, además de por él, por algunas otras personas más. (...) También sería oportuno otra del Ayuntamiento de Orihuela, pero el principal es de don Luis. Me lo ha pedido el abogado defensor mío, y no debéis retrasar ni olvidar su pronto envío” (8-8, OC, 2559) y en forma de tejido o continuidad intratextual, le comunica a Josefina el 22 de agosto haber recibido el certificado de Luis Almarcha, con poco información a su respecto, pero útil “probablemente” al abogado defensor. (OC, 2562). Así tenemos en esta representación suscita de cartas desde la prisión, la mentalidad en torno a la reestructuración y ejercicios políticos durante el nuevo régimen español, las dinámicas de represión a las que se vieron sometidos los prisioneros como sus familiares, y la propia actitud de nuestro autor. Y es que fue hasta el final de su vida que Miguel Hernández se vea obligado a pedir incansable apoyo económico, político, ayuda médica, ayuda alimentaria, etc., y cuyas respuestas la mayoría de las veces las pasa esperando, sobre todo de quienes creyó recibir. Con razón, al oriolano, dirá Antonio Muñoz Molina (2010: 34)

todo le pasó en un tiempo muy breve (...) se pasó esperando algo (...) enviando siempre peticiones de ayuda a personas siempre mejor situadas que él que no tenían tiempo o las ganas de contestar a sus demandas. Otros disfrutaban el resguardo de una posición social o de un privilegio literario o político (...) esperó tanto, hasta el final (...). Escribía cartas y guardaba con expectación angustiosa (...).

Fueron sin duda, las respuestas de su amigo Vicente Aleixandre las que más recibió, así como las de sus familiares; su amigo recluso y después liberto Luis Rodríguez, la “madrinita”, madre de éste; Germán Vergara Donoso, cónsul de Chile en España, etc., bien con dinero, comida, ropa, visitas, correspondencia epistolar, etc., que alentaban a Miguel en los días oscuros de aquellos tristes años “Recibirás unas trescientas pesetas por cada mes que yo siga aquí. (...). Creo que ya te han mandado el primer giro, y el que te lo manda es Germán Vergara Donoso, el otro amigo que mandó en noviembre” (12-11-1940; OC, 3588); y el 9 de junio afirmaría el apoyo de la familia Rodríguez (OC, 2617), lo mismo que de Aleixandre (OC, 2626); un mes después, acerca de la atención dada por su madrina: “No sabes qué familia más noble la de Luis Rodríguez. Su madre, que ha estado a verme hoy, hace imposible para que no me falte nada. Ya te contaré. Es una alegría muy grande para mí ver, entre tanta porquería de gente que se decía amiga, personas verdaderamente dispuestas a atenderme” (OC, 2627 y 2634).

Con todo, le faltó ayuda para poder salir de la cárcel; otras fueron las respuestas, esta vez negativas o muchas veces nulas de quienes en su momento creyó lo apoyarían: “Me esperaba que Bellod no se atreviera a garantizarme como yo quería. No hace falta por suerte ya, para ya podéis ver que son pocos los amigos dispuestos a serlo de verdad y con todas las consecuencias. No me deis más recuerdos suyos, que es una manera muy cómoda de cumplir dar recuerdos. Y no me gustan los cumplidos (...).” (9-2-1940; OC, 2587) y de Cossío, por razones que sólo el tejido epistolar y el conocimiento común de los correspondientes permite comprender, pero que se intuye se debe a la negativa de ayuda al poeta oriolano por parte del intelectual: “No me recuerdes a Cossío. Recuérdame a los amigos de verdad” le dice Miguel a su amigo Carlos Rodríguez Spiteri (10-10-1941; OC, 2691). Pues bien, salvo aquellas muestras de verdadera amistad, fue en la cárcel la vida diaria de Miguel un verdadero martirio, mitigado, como observaremos, por actividades culturales como la escritura y la lectura, no obstante, siempre vigiladas. En el caso particular, las cartas fueron el medio donde plasmó estratégicamente algunos de sus deseos de paz y justicia para su familia y su hijo; otras más de exaltación al compromiso civil y rechazo a la apatía, a la chabacanería y la complicidad. Por todo, en suma, escribir a su familia fue el “pan diario” (Castillo Gómez, *apud* Navarro Bonilla, 2005: 35) que alimentó y mantuvo firme su espíritu en la cárcel, pese a la realidad infame que revela el tejido de palabras que va bordando con su esposa, de quienes describe también la condición material como un “laberinto de miseria” en cartas del 18-5-1939 (OC, 2540) y 24-4-1939 (OC, 2541).

No obstante, no todo pudo saber ni decir enteramente, pues la constante vigilancia, que funcionó al mismo tiempo como sistema para clasificar y jerarquizar al individuo en el orden del Nuevo Estado, interfirió en la construcción del mensaje epistolar, como en la vida de los correspondientes; a propósito de *Vigilar y castigar*, de Michael Foucault, dirá Philippe Artières (2005: 139) que la escritura funciona como herramienta apropiada para volver dócil el cuerpo y como método de adiestramiento, en este caso, en las sistemas carcelarios franquistas: “Todos los días espero noticias que no me llegan de ti y tampoco de nuestra familia. Poned con todo detalle dirección y remite y no me escribáis nada inconveniente” (6-6-1939; OC, 2545).

Siguiendo tales objetivos de control, el nuevo régimen implementó, entre otras, las postales oficiales con la estampa del Generalísimo, con el fin de hacer propaganda y someter a la sociedad a ese nuevo estado de cosas de control y poder, de tal manera que los prisioneros sólo podían escribir una vez a la semana, en un porcentaje estricto de líneas, y con un contenido limpio de opiniones contrarias al sistema penitenciario y/o críticas al nuevo régimen o al mismo Generalísimo: “Di en casa de mi familia que me escriban, que yo no puedo escribir más y por eso no les escribo. Quiero saber de mi madre sobre todo” (11-7-1939; OC, 2551); y el 3 agosto: “Anteayer he recibido, al mismo tiempo que veinticinco pesetas de mi madre, tu carta. No te he escrito enseguida por dos cosas: una porque escribí ese mismo día a la familia, y ese día es el que me corresponde aquí cada semana; la otra porque, harto de escribirte siempre cada martes, he querido variar de día (...)” (OC, 2554). Y dice más sobre las dinámicas de control carcelarias implementadas contra los reclusos en torno a la práctica epistolar: “De un momento a otro vocearán el correo y lo sabré todo, aunque algo se te quedará en el tintero para no darme pena. A mi no me queda mucho en el lápiz y lo que me queda no es nada triste y no te lo digo entre otras cosas por no poder hacer larga la carta” (5-8-1939; OC, 2557). Estando en Ocaña, sobre las normas de represión que han impedido el envío de correspondencia a Josefina decía: “No ha sido otro el motivo de mi incomunicación que el traslado. Es lo que se llama en lenguaje de prisión, el período, como cierto accidente mensual en la mujer. He pasado veinticinco días completamente solo, en una celda no muy caliente, por cierto, sin poder hablar con nadie y dedicado exclusivamente a pensar en las personas que más quiero en el mundo y a releer tus cartas en todo el tiempo que llevamos sin vernos” (1-1-1941; OC, 2641); el 19 afirmó “(...) sólo puedo reglamentariamente escribirte una vez por semana, sábado” (OC, 2648), norma que rompió al dar noticias de sí indirectamente en las cartas que enviaban a sus familiares los amigos de prisión Fernando Fernández y Fidel Manzanares Muñoz o al hacer uso de estos y otros nombres para poder escribir con más continuidad a Josefina “Recibirás con frecuencia carta mía tal vez firmada por algún amigo mío. Tú me contestarás siempre a mi nombre. Piensa y te explicarás por qué hago esto” (OC, 2642).

Por si no bastasen estas normas, las visitas a la prisión estaban bajo vigilancia permanente, tal como revela una confesión extraída por Castillo Gómez (2003: 23) de *La revolución y el deseo. Memorias*, de Miguel Núñez, en la que éste describe las condiciones como ocurrían las visitas de los familiares a la prisión:

La comunicación con las familias se hacía en el locutorio. Se trataba de una sala rectangular, dividida en la mitad por dos muros no muy elevados y separados entre sí medio metro, sobre los que se alzaba una tela metálica tupida. En un lado se situaban los que llegaban a comunicar con los suyos, a veces treinta o cuarenta personas, y en el otro, los presos. Por el pasillo entre ambos muros se paseaba un funcionario con el fin de escuchar las conversaciones e impedir cualquier intercambio de notas.

Y el propio Miguel Hernández sobre su experiencia de las visitas a la prisión de Orihuela describió:

Mira, que me hacen falta noticias vuestras con que matar el tiempo, aquí más largo que en ninguna otra parte. Eso sí: te pido que no vuelvas a aparecer por estas rejas, porque cada vez que me acuerdo, y no puedo olvidarme de tu visita, me pongo de mal humor. Parecíamos dos perros ladrándonos el uno al otro pero sin entendernos ninguno de los dos. Yo te quiero ver de otra manera, y no como si estuviéramos los dos enjaulados... (10; OC, 2573-2574)

Y cuando ha sido trasladado a Alicante, con ironía le dice “ Ejercita la voz gritando en la casa para entenderte cuando me digas, que me sabe mal o entenderte casi nada. Hasta el viernes (...)” (8-8-1941). Dicho aislamiento con el mundo exterior y la censura impidieron el tratamiento de otros temas más íntimos y de la propia vida en la cárcel, opiniones ideológicas, políticas, etc., como antes se dijo; tal como refirió Miguel al estar en Ocaña: “Y no me pidas más aclaraciones porque no te las puedo hacer de ninguna clase. Te has olvidado, o no has pensado que esto es una cárcel y no se puede decir más que lo que reglamentariamente se permite. Para ello hay una censura y un control riguroso. Por lo demás, salvo estas pequeñas molestias y dificultades naturales en un lugar como éste, que impiden hablar franca y ampliamente por escrito todo lo que uno quisiera (...)” (18-1-1941; OC, 2647). Bajo tales condicionamientos, en una lectura global de estas cartas escritas en la prisión es posible reconocer y comprender el tratamiento de temas que caen en la redundancia; se trata de temas del cotidiano carcelario: las carencias y la mala calidad alimenticias, las pésimas condiciones del edificio, la sobrepoblación, las rutinas diarias como dormir, ver las horas pasar, hacer limpieza, las constantes angustias por la familia; la recepción, como retraso de envíos de alimentos, ropa, cartas y medicamentos; el hambre constante de uno y otro lado de las rejas, la información de las actividades del hogar; la salud y la alimentación de la esposa, el hijo, los padres y las cuñaditas, como el propio estado de ánimo de Josefina, empeñada en la costura para sacar adelante a la familia (OC, 2555-2556).

Otros de los temas recurrentes sería la honradez de su persona, el deber cumplido, el apelo a la fuerza de voluntad, la resistencia, la valentía, la serenidad, la esperanza, de ahí que Miguel insistiera a Josefina y amigos en lo que Castillo Gómez (2003: 39) describe como “(...) el hábito de resistencia que se quiere transmitir a la familia amparado en la honradez e inocencia del sentenciado a muerte. Por otro, los ruegos para que se cuide de ella, especialmente de los miembros que se estima más desvalidos: la madre, la mujer, los hijos”, por ello se ve un constante apelo a la serenidad: “Nuestra vida, Josefina querida, sentirá la paz que se merece y viviremos más tranquilos que hasta hoy. Ten paciencia. Te noto triste en tu carta. (...) Vamos, nena, que no se diga que eres una mujer apocada. (...)” (15-8-1939; OC, 2560).

Y es que la omisión de los aspectos más terribles de la realidad de vida en la prisión responden a la censura, pero también al deseo de evitar preocupación a los familiares, como bien señala Castillo Gómez (2003: 25): “diferente es el tenor de otras misivas donde la ocultación o el falseamiento de lo que se está viviendo es el fruto de una necesidad distinta: la de aliviar el sufrimiento de los familiares. Claro que muchas veces la ironía contenida en cada una de esas ‘mentiras’ reflejaba con toda su elocuencia la miseria del momento vivido”. Sobre esta autocensura el propio oriolano señalaba al

estar en la cárcel de Palencia “Josefina, nunca me he hecho ilusiones. Siempre he cabido lo que habría de ocurrirme, pero he tenido que callarte muchas cosas para tenerte tranquila” (7-11-1941; OC, 2694), y es que bastaban a Josefina las penas por las que pasaba con la familia, de las que el propio Miguel escribió desde Madrid “Con lo que me dices que comes te has a poner como una vaca y me vas a dar miedo cuando te vea. Menos mal que la cebolla que comes, además de los otros manjares, te mantendrá viva a fuerza en la línea y hasta es posible que te ponga más elegante de lo que ya eres” (5-8-1939; OC, 2557-2558).

Por esos trazos biográficos donde se ve la afirmación social de Miguel, es posible conocer la fuente que motiva la conocida cancioncilla “Nanas de la cebolla” (OC, 731-733), escrita en la cárcel de Madrid y dedicada a Manuel Miguel: “Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas que le he hecho, ya que aquí no hay para mí otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme” (12-9; OC, 2566). Así, teniendo como esperanza al hijo y el deber de sostenerlo cuanto posible, soportó las infamias carcelarias (24-10-1941; OC, 2692) según escribió, afirmando en consecuencia su identidad e ideales de justicia y paz en relación con su familia:

También paso mis buenos ratos espulgándome, que familia menuda no me falta nunca, y a veces la crío robusta y grande como el garbanzo. Todo se acabará a fuerza de uña y paciencia, o ellos, los piojos, acabarán conmigo. Pero son demasiado poca cosa para mí, tan valiente como siempre (...) ¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, y sin ti, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos qué postura tomar, y al fin toma la de la esperanza que no se pierde nunca. Así veo pasar un día y otro día, esperanzado y deseoso de correr a vuestro lado y meterme en nuestra casa y no saber en mucho tiempo nada del mundo (...) ay, Josefina, no nos queda más remedio que aguantar todo lo malo que nos viene y nos puede venir, para el día que nos toque aguantar lo bueno. ¿Verdad que llegará ese día? Voy a dejar el lápiz y a esperar tu carta, a ver qué me trae de bueno (...) Y nada más porque no parezca larga ésta a la censura y porque hagan todo lo posible para que llegue a tus manos (12-9-1941, OC, 2566-2567).

Y es que estas cartas le permiten al poeta la liberación del yo y su estado emocional de nostalgia absoluta, desengaño entre los ideales y la realidad ofrecida al final, pero sobre todo, de esperanza, confinada a la familia, al hijo, a la paz familiar, más que a los partidos, grupos o sistemas políticos con los que luchó. Más tarde, tras una breve libertad y dispuesto a trabajar en las tierras de Tudanca pastoreando vacas, diría a Cossío (19-9; OC, 2568), es puesto nuevamente a la sombra de unos muros gruesos y fríos de un sótano de la cárcel de Orihuela, de la que (d)escribió, a través de un humor amargo pero revelador, las dinámicas de represión y odio proclamada por sus paisanos en contra suya, y frente a ellas, no obstante, su afirmación de compromiso consigo y la familia, y su espíritu profundamente humano, al oponer al odio general, la esperanza, el amor y la paz íntimos:

Estoy pasando más hambre que el perro de un ciego y que el uno que ve, pero no tiene que darle. (...) esta fiera hambre me hace pensar muchas cosas. A veces más malas que buenas, y paso mis malos ratos. Me siento aquí mucho peor que en Madrid. Allí nadie, ni los que no recibían nada, pasaban esta hambre que se pasa aquí, y no se veían por tanto las caras y las cosas y las enfermedades que en este edificio. A nuestros paisanos les interesa mucho hacerme notar el mal corazón que tienen, y lo estoy experimentando desde que caí en manos de ellos. No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto mi poca, o mi mucha inteligencia, mi poco o mi mucho corazón, desde luego mis dos cosas más grandes que todos ellos juntos, al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuera un sinvergüenza. Ni lo han conseguido ni lo conseguirán. Mi hijo heredará de su padre, no dinero: honra (9-1939; OC, 2569-2570).

A este punto, bien resulta la afirmación de Muñoz Molina (2010: 39) al señalar que “Nadie mejor que los paisanos y convecinos de uno para abatirlo a traición con la quijada de Caín. El trato que recibe de los vencedores –civiles, militares, eclesiásticos– revela la catadura de un régimen construido expresamente sobre la venganza de clase”, y el odio de los “soberbios poco dispuestos a soportar la insolencia de los humildes” según Manuel Azaña cuando explica los motivos de terror llevados a cabo en ambas zonas de guerra (*apud* Tusell, 2003: 46). Pero fue la vida en la prisión, y las injusticias ahí vividas porque Hernández afirmó su identidad personal e ideológica como un ser justo, honrado, un hombre de paz. En las cartas podemos ver que sostiene sus ideales y sueños por un mundo mejor y, como en las siguientes líneas, se atrevió a señalar al régimen franquista, a los paisanos que destilaron su odio por los hombres y mujeres revolucionarios con valor para enfrentar a los amos y verdugos de siempre:

Se han empeñado en amargarnos la existencia y para nosotros debe ser siempre bueno y dulce luchar por la verdad de nuestra vida, que es la de nuestro hijo. Y aunque el mundo entero se empeñe en hacernos desgraciados, seremos felices por encima de todo, tú ahí, yo aquí, (...) Esto no hace otra cosa que agrandar nuestro querer y nuestra firmeza en la lucha por el pan (9-1939; OC, 2570-2571).

(...) Saldré gordo pero con una mala leche muy grande. Esta gente es más bruta que se puede imaginar. Pero a mí no me joden ni ellos ni nadie. Todo el tiempo que me hagan perder ahora, todos los atropellos, me los han de hacer ganar. No sé vengarme, pero sí afirmarme más en defender una justicia que si no ha estado con otros, ha estado siempre conmigo (...) Ánimo nena. A mí no me falta nunca. Estoy en el sitio peor de la cárcel (10; OC, 2571).

Así, las cartas escritas en la guerra y en la prisión constituyen, por una parte, un testimonio de la afirmación de una identidad verdaderamente humana, y por la otra, un testimonio de la práctica epistolar como fuente de sobrevivencia y resistencia en medio de las infamias padecidas tanto por Hernández, como por su familia, tal como declararía en octubre desde “San Miguel” (10; OC, 2572); y es que, poco menos le habría costado su libertad si el oriolano se hubiese retractado de haber escrito y apoyado con el fusil y las letras la causa revolucionaria; poco menos que declarar fidelidad al gobierno del Generalísimo, poco menos que adherirse al Movimiento para que fuese absorbido de la

pena de muerte y de la prisión, poco menos aprobar la “conversión”, pero no, Miguel Hernández resistió y se afirmó como el hombre cívico dando prueba de honra, dignidad, verdad, justicia y amor que siempre profirió.

4.2.1. Miseria en uno y otro lado de la cárcel

Por otro lado, como sugiere Sierra Blas (2003: 61), la vigilancia por parte de las autoridades contra los reclusos también cobró una fuerte presencia en la vida cotidiana de los familiares, a través del control de la correspondencia: “fue una de las claves para que los mecanismos represores y adoctrinadores pudiesen obtener información acerca del propio preso y de la situación de su familia, sus problemas, sus ideas, sus proyectos, etc. (...)”, de ahí que el contenido epistolar entre los correspondientes fuese mediatizado, autocensurado, con todo son mensajes reveladores de dos historias de vida a uno y otro lado de la prisión. Así, por la enunciación directa y por el tejido intratextual conocemos la experiencia de vida de Miguel Hernández en las cárceles franquistas y la condición de vida de su destinatario, Josefina Manresa. Antes de dejar Orihuela, para comenzar su “turismo carcelario”, una de las tantas formas violentas con las que el régimen buscó mantener el control y el dominio entero de los reclusos y sus familiares, Hernández escribió:

El otro día cuando llovía pensaba que era muy posible que estuvieras comiendo a nado, si tenáis qué comer. Y nuestra cama, el gallinero de nuestra única gallina, superviviendo de la guerra y de tus dos partos; digo, ¿nuestra cama cría hierbas o ramas con la humedad y los riegos? Cualquiera día despertarás y no conocerás la cama, que será, si la lluvia le llega como antes, un árbol de lo más frondoso. ¿Y la gallina: qué me dices de la pobre gallina negra, que ha pasado tantas hambres como nosotros y no ha dejado de poner huevos (...) (10; OC, 2573).

En condiciones materiales precarias y al límite de la supervivencia, atormentado continuamente por el hambre, como la preocupación por el envío y la recepción de cartas, paquetes; privados de la libertad y obligados al hacinamiento en espacios fríos, oscuros y húmedos, es razonable que el poeta declarara con ironía ver a los reclusos “con una cara de presos que meten miedo” (OC, 2575) y con humor señalar que de él mismo no se espantaba porque no se podía ver. Frente a tales formas de violencia en efecto “El prisionero es un individuo mutilado en sus relaciones fundamentales y en sus capacidades de relacionarse: tiene que vivir en la promiscuidad, con gente que no eligió, con la que frecuentemente no comparte ni el idioma ni las costumbres”, dice Quinto Antonelli (2005: 150) en su estudio sobre los diarios de la cautividad siberiana. En esa perspectiva leemos estas líneas escritas por Miguel con esa ironía de la que hasta entonces hace un uso mayor:

Me aburro alguna vez, eso sí, tiene muchas horas el día y siempre no es posible distraerse. En la manta duermo muy bien, tanto que tengo fama de dormilón entre los demás. Duermo tres horas de siesta y 8 de lo demás, y eso que sólo tenemos palmo y medio de habitación por cabeza y cuerpo y para volverse del otro lado hay que pedir permiso a los vecinos, que cuando les da por peerse o

toser, te pudren o te escupen vivo. En el techo sobre mi cabeza, que da con el techo, no sé si porque he crecido o porque ha crecido poco el techo, he pintado un caballo como esos que te mando a todo galope y he colgado un pájaro de papel con este letrero: estatua voladora de la libertad (25-7-1939; 2553).

Agustín Sánchez Vidal (1992: 107) traerá como referencia el testimonio de Eduardo de Guzmán, un compañero de prisión de Miguel Hernández que también refirió las condiciones carcelarias:

Disponemos de treinta y cinco centímetros de ancho y metro y medio de largo para descansar y hemos de hacerlo materialmente incrustados unos en otros, durmiendo de lado y con las piernas dobladas. Para darse la vuelta durante el sueño tenemos que hacerlo a un mismo tiempo los sesenta u ochenta integrantes de cada una de las cuatro filas que ocupan totalmente el espacio de la sala. Peor es la situación de los recién llegados, que tienen que permanecer toda la noche sentados o de pie en el cuarto de lavabos o retretes. Durante el día apenas podemos movernos sin tropezarnos con los otros.

No obstante, y admirablemente, frente a esta calamitosa realidad, ante la inercia y el letargo temporal impuestos, Miguel se resiste con la realización de actividades como la escritura epistolar, la elaboración de trabajos manuales en madera, los dibujos o las cancioncillas dedicados a su hijo, el estudio de otros idiomas, latín, francés e inglés (19-8-1940; OC, 2626); la lecturas de obras permitidas, como el *Quijote*, *La destrucción o el amor*, el *Romancero gitano* (27-2-1941; OC, 2654), que por petición propia le fueron llevados a cárcel por su amigo liberado Luis Rodríguez, frente a las actividades que le son impuestas: “oigo misa todos los domingos y fiesta de guardar y canto Cara al sol tres veces al día” (25-3-1940; OC, 2600), refiriéndose al himno de la Falange, o las lecturas impuestas, como *Redención*, órgano mediante el cual el nuevo régimen difundía e imponía su doctrina; luego sabemos, por tanto, la tónica que el nuevo estado impuso a su programa cultural, entendiéndose de represión. A propósito, señala Eduardo Ruiz Bautista (2003: 119) que son diversos los testimonios que certifican que los presos fueron obligados a suscribirse (comprar) a dicha publicación como condición para recibir las visitas familiares. En ese sentido, se puede afirmar que por parte de los milicianos, o del gobierno republicano y las izquierdas, la instrumentalización de la cultura respondió al deseo de enseñar para liberar, mientras que del otro lado, fue para reprimir, someter y controlar, como se logra ver.

Así y por todo, al paso del tiempo se revela en Hernández al fin un eco melancólico, de mucho recogimiento u honestidad consigo mismo, con los demás, sus amigos de la prisión y los de fuera, y sobretodo con Josefina y el hijo, a quienes les habla de sus actividades cotidianas en la prisión en carta del 11-7-1939 (OC, 2549, 2550, 2580, etc.). Y es que, como advierte Quinto Antonelli (2005: 151), por las difíciles condiciones de vida, Miguel se empeña en algunas prácticas “‘subterráneas’ de alto valor simbólico” mediante las que intenta defender su identidad lejos de la de prisionero y “delimitar la exclusión de sí mismo”: bordar la ropa; escribir cartas, diarios, memorias, calendarios; labrar madera; leer; aprender idiomas... Nada menos que sucumbir a la inercia temporal, a la ausencia física de los otros, a la dura realidad

exterior y sus devaneos al lado de las personas queridas; por eso el prisionero se sumerge en una mareaje de sentimientos, de nostalgia, depresión, desesperación y rabia o esperanza, las más de las veces, por ello se entiende que el propio Miguel haya recurrido al *graffiti*, “testimonio de soledad, la desesperación o la locura” (Navarro Bonilla, 2005: 41), para desahogar esos sentimientos y hasta perversos causados por la represión, el hambre, la injusticia, el odio descarnado, y la impunidad proclamada y ejercida por civiles, autoridades políticas, religiosas simpatizantes del movimiento nacioalista, etc. Frente a esa rabia, no obstante, se sobrepuso, en la oscuridad de una celda húmeda y sobrepoblada, los deseos más profundos y humanos del poeta del pueblo: el de la libertad y la paz (19-2-1940; OC, 2589). En otro momento, a pocos meses de haber ingresado a la prisión, como prueba de su entrega a los ejercicios culturales o “subterráneos”, el autor de *Viento del pueblo* habló también de una posible publicación que esperaba les ayudase a paliar la miseria (3-8; OC, 2556) material; se trataba de su *Romancero*, y que en relación con otros de su generación en tiempos de guerra, Ramón Giménez (*apud* Sánchez Vidal, 1999: 89) sentenciaría entonces que era el oriolano el más fiel y verdadero poeta de esta práctica literaria, al tener una vivencia clara y directa de la guerra; nos interesa sobre todo destacar a este punto la imagen lúcida que ofrece de Miguel como soldado y poeta de guerra en comparación con otros que así se tildaron:

La guerra internacional peleada en España entre 1936 y 1939 acreció la espresión del romance y pudo haber sido una gran ocasión de revivir el *Romancero*, pero los poetas no tenían convencimiento de lo que decían. Eran señoritos, imitadores de guerrilleros, y paseaban sus rifles y sus pistolas de juguete por Madrid, vestidos con monos azules muy planchados. El único poeta, joven entonces, que peleó y escribió en el campo y en la cárcel, fue Miguel Hernández, pero su resabio escolástico juvenil de los frailes de Orihuela lo impregnaron de un didactismo que duró toda su corta vida.

Para más, se puede ver como en un espejo, en este diálogo de consciencia separadas, ambas realidades, es decir, la de Miguel y la de Josefina, de la que sabemos y conocemos por el tejido interepistolar, no obstante ambos correspondientes hayan dejado “algo en el tintero” para aliviar el dolor y las angustias; el mismo Hernández expresara algunas quejas a la esposa por saber poco y tener que adivinar la situación como el estado emocional de su Josefina: “Y dime cosas de tu vida, que la llevas tan en silencio, que toda ella he de adivinarla. Me gusta adivinar tus cosas, pero también me gustaría que me contaras tus penas y tus alegrías con más frecuencia. Dime si te has vuelto a empeñar con las almas del purgatorio, aunque la realidad del purgatorio la tengas ahí, en la misma casa. Quiero saber alguna de las muchas cosas que piensa y sientes al cabo del día” (7-5-1940; OC, 2612 y 19-2-1940; 2590).

Estas muchas cosas de sobrevivencia que Josefina lleva a cabo a lo largo de esos años de ausencia obligada del esposo nos remiten para la situación de muchas esposas e hijos mayores que se vieron en la necesidad de continuar las labores más rudas del campo, y las propias tareas del sostenimiento del hogar; en tales circunstancias las esposas se vieron empujadas a desarrollar un doble papel, el de madre y el de jefe del

hogar, lo que, en palabras de Sierra Blas (2003: 75) puede ser considerado una “redefinición de los géneros”. Pues bien, la necesidad de mantener en pie la casa llevó a Josefina, como muchas otras mujeres a desempeñar actividades consideradas pesadas para ellas, muchas de las cuales les resultaron nuevas al estar acostumbradas a otras labores del hogar (el bordado, la costura, la cocina, etc.); por eso, ante las dudas que iban surgiendo las mujeres consultaban a sus esposos en cartas enviadas a la prisión (Sierra Blas); desde luego las noticias de las actividades de sobrevivencia familiar constituían un aliento para los esposos, como el propio Hernández manifestó a Josefina:

Te veo hecha una mujer de esos campos, vendiendo y comprando *pepes* en los mercados. Sólo falta que te coloques un pañuelo a la cabeza y una faltriquera a la cintura. (...) Me gusta que sepas defenderte de la miseria, que es la *miss* más fea de este mundo. Me gusta verte valiente, aunque no quisiera que hubiésemos llegado hasta el extremo de tener que verte así. (...) Los dos me dais una esperanza muy grande y una fuerza para vivir más grande todavía que la esperanza. Siento que no hayas podido comprar la vaca este mes (6-5-1940; OC, 2610).

Y desde la cárcel de Ocaña habló sobre el negocio de Josefina como “harinera” de maíz (22-2-1940; OC, 2653), con todo, suponía Miguel las dificultades del negocio de la esposa (27-2-1941; OC, 2654), a la que siguió tratando con un tono paternal. En este tenor, cuando ya había sido condenado a muerte, y ha venido ocultándolo a Josefina, Miguel adquirió dicha voz sustentado en una visión esperanzadora y creyente de que se había de cumplir para su familia la victoria final por lo que tanto había luchado y resistido. Amparado en la honradez de sus acciones, en su buen proceder, y creyente en la coherencia de sus actos e ideas escribía incesante a su querida Josefina con ese aire de resistencia que frecuentemente adoptan sus mensajes en un tono testamentario (Castillo Gómez 2003), como la última voluntad y esperanza que parecen representar (4-4-1940; OC, 2593)

No vale ponerse triste, Josefina, pensando en una vida anterior más feliz. Se debe vivir con alegría siempre, cuando no se ha perdido la esperanza de recobrar la felicidad pasada, y ni tú ni yo la hemos perdido. Hacer lo contrario, entristecerse por todo lo que le recuerda a uno algo mejor, es perder las fuerzas hasta agotarse en una lucha estéril con uno mismo, con el aire, con la nada. No hija, no. (...) la felicidad nuestra de mañana depende de saber y querer resistir todas las cosas malas de hoy. (...) quiero verte esperanzada, con alegría de vivir teniendo un hijo como el que tienes (...) son muchos y muy fuertes los golpes que has recibido, hija mía (...) (11-4-1940; OC, 2594-2595).

En ese mismo tono paternal, continúa: “¿Lo has perdido todo? Yo creo que no. Y mientras le quede a uno hilo al que agarrarse para vivir, hay que agarrarlo con todo la fuerza del mundo. No quiero perderte. En tu penúltima carta me hablas como una enferma. Hasta la letra veo llena de flojedad y desgana. Poca voluntad me das a entender. No te quiero así?” (OC, 2595); también en forma de consejo y póstuma voluntad con respecto al hijo, donde reflejan su intención pedagógica, declaraba a su joven esposa:

Que no te vea afligida nunca, Josefina. Házmelo fuerte de cuerpo y de alma: no me lo hagas caprichoso, desganado, irrazonable, egoísta, que el día de mañana no tengas que lamentarlo. Haz su gusto en todo lo que no sea perjudicial ni para su salud ni para su educación. No te desesperes con él, que él no desespere contigo. Y si está tan enfermo como me dices, que no lo creo, anímalo y ve con serenidad la causa de su enfermedad para no equivocarte y saber cómo hacerlo mejor para que se restablezca pronto. No te angusties, nena. Hay que saber hacer frente a todas estas dificultades de la vida. Si te dejas abatir por los reveses, todo el mundo te hará juguete de sí y, débil y ante todos y para todo, te atropellarán, te despreciarán y ni ellos ni tú habréis ganado nada bueno (7-5-1940; OC, 2611).

En ese timbre da consejos como padre, al saber de la poca salud del hijo y le sugiere a Josefina una serie de cuidados en la alimentación del cuerpo y la mente con respecto a aquél, y que tal fuese moderada, cariñosa, fuerte y disciplinada seguro de que harían del hijo una persona responsable, comprometida y razonable (17-5-1941; OC, 2669-2670). Pero enseguida una nueva desgracia se iba tejiendo para el autor del *Cancionero y romancero de ausencias* en su paso por la cárcel de Palencia y la de Ocaña, bajo los muros y como efecto también de los crudos inviernos sufridos en la prisión: una neumonía que lentamente va recrudesciendo y convirtiéndose en bronquitis y en seguida paratífus dado, por otra parte, a la raquítica alimentación, hicieron que el poeta cayera en “manta” o “petate”, como el mismo quiso decir. De tal suerte que, para estar más cerca de la familia y poder conocer a su hijo de dos años de edad y de casi dos años de no verlo, desde abril de 1941 el autor se dio una vez más a la tarea de solicitar a sus amigos, Aleixandre y Rodríguez Spiteri, la atención al asunto de su traslado a Alicante sabiendo, no obstante que “expongo a mi familia a un esfuerzo constante para atenderme” (6-4; OC, 2662); el mismo encuentro en las estaciones ferroviarias antes de entrar a la prisión implicaron ya un esfuerzo para Josefina (14-6; OC, 2676).

Y para hacer posible y más frecuente la comunicación desde Ocaña para dar noticias de su estado y de la recepción o no de paquetes de comida, y sobre todo tratar el asunto de su traslado, escribía en una sola carta a sus dos amigos destinatarios el 6-4 (OC, 2662); o cartas firmadas con los nombres de sus amigos reclusos Fidel Manzaneros Muñoz (9-1-1941; OC, 2644), y desde Alicante, cartas firmadas bajo el nombre de José, Francisco, Miguel-Fernando, etc., que confirman los casos en que el autor de *Perito en lunas* burla o evade la formas de restricción carcelaria, cuanto más en los meses finales de su vida, en medio de la enfermedad, y porque recurre a la petición explícita a las autoridades de dejar circular libremente la carta, que es más nota y telegrama de urgencia con peticiones de medicamentos y material de curación, que propiamente una carta común. Finalmente, por gestiones de Vergara Donoso, Miguel fue trasladado e ingresado el 28 de junio al Reformatorio para Adultos de Alicante, con efectos fatales para su salud, como declaró hacia diciembre, en una carta escrita a lápiz, en un papel oscuro y sin fecha, como todas las enviadas en el nuevo año, a su hermana Elvira, al señalarle sobre su “bacilo del tifus” en la sangre (OC, 2696), que sin embargo, nunca sería neutralizado, todo lo contrario, empeoraría: “Josefina (...) anoche me ha hecho Barbero una operación más importante que la otra. Por medio de un aparato punzante

que me colocó en el costado, después de mirarme de nuevo con los rayos X, salió de mi pulmón izquierdo, sin exagerarte, más de medio litro y medio de pus en un chorro continuo que duró más de diez minutos” (OC, 2716). Bajo tales circunstancias de enfermedad, Miguel se daría a la tarea de solicitar apoyo a las autoridades correspondientes para su traslado al sanatorio antituberculoso de Porta Coeli, en Valencia, pero la orden de traslado nunca llegaría, o llegaría muy tarde, si no hubiera sido por la negación de Hernández de su afirmación ideológica y de servicio al pueblo revolucionario, que a través de chantajes querían conseguir las autoridades políticas como religiosas; de tal manera, para que tal fuese, es condicionado y presionado por el obispo Luis Almarcha para que Miguel se ‘convirtiera’ y aceptara realizar el casamiento religioso, único aceptado por el Nuevo Estado.

Al respecto de este asedio, señala el mismo Agustín Vidal (1992b: 109) el testimonio de Luis Fabregat Terrés, quien refirió el “‘inicuo chantaje’ ejercido por el jesuita Vendrell a instancia de Luis Almarcha” y confirmó la inexistencia de tal solicitud en los archivos del Reformatorio y sí una orden de traslado con fecha posterior a su matrimonio canónico y pocos días antes de morir: “Si se relaciona esto con lo manifestado a Miguel por el señor Vendrell después de operado aquél (‘nosotros no vamos a conseguir de usted lo que queremos, pero tampoco usted conseguirá lo que pretende’) se deduce con facilidad que no hubo ningún intento de traslado sin condicionamientos”. En efecto, como el propio Pérez Álvarez, testigo presencial y biógrafo de Miguel Hernández afirmó, Almarcha tenía todo el poder para que Miguel fuese trasladado a Porta Coeli, al ser el religioso procurador en Cortes nombrado por el mismo Franco y Consiliario Nacional de Sindicatos. Y como el mismo Hernández testificó en sus cartas, cedió al matrimonio religioso para lograr el bienestar de su familia (OC, 2722) como seguramente le prometieron dichas autoridades, relativo es cierto, porque aún después de la muerte de Miguel, Josefina fue acosada por las autoridades religiosas y militares (Nepomuceno, 2003).⁵⁴ Sólo después de celebrado el casamiento, el 21 de marzo, en la enfermería de la cárcel, llegaba la autorización para el deseado traslado de Miguel, sin efecto alguno, porque el 28 habría de morir con una voz que era “la ronquera de la muerte”, declarararía Josefina poco antes del fin de su esposo (Sánchez Vidal, 1992b: 111), que autoridades ultrajaron, chantajearon en nombre de la patria y la religión, muy por encima aún del cristianismo y de la razón.

En **síntesis**: así, como afirmó Darío Puccini (*apud* Gómez y Patiño, 1999: 82-83) “Mientras el mundo estaba ‘distráido’ por la invasión nazi de Francia, por el ataque de los japoneses de Pearl Harbour o por el asedio de Moscú por las divisiones alemanas, el dictador Franco pudo lenta y tranquilamente fusilar o dejar morir a varios miles de patriotas. Miguel Hernández entre ellos (...) El deliberado descuido y la ciega hostilidad han hecho mucho daño a la obra de Hernández” y a la propia imagen del oriolano como

⁵⁴ La misma Josefina declarararía más tarde que Miguel se vio obligado a celebrar tal matrimonio; en la siguiente cita de grabación hecha a ésta el 28 de junio de 1980 en Cox dice “querían que [Miguel] se retractase de sus escritos y que celebrase el matrimonio por la Iglesia. Cuando Miguel se vio sin remedio, él mismo pidió el casamiento católico, ya que entonces eso era lo legal, y como su preocupación era lo desgraciada que me quedaba, obró de esa manera con el fin de asegurarnos la legalidad a mi hijo y a mí y por lo tanto la seguridad tras su muerte” (*apud* Nepomuceno, 2003).

hombre, pues, marcados por las consignas para la construcción de un Nuevo Estado, éste se encargó de poner en el olvido los autores, como Miguel Hernández, que se afirmaron en sus ideales contrarios a los del régimen franquista y dejaron huella de pensamiento y acción en sus obras, a la que, a imagen de la otrora Inquisición, las autoridades represoras del régimen franquista calificaron de “herejes” y las anotó también en el *índex*, y lo que más, destruyó los libros que calificó de prohibidos por estar fuera de los cánones, es decir, de los valores defendidos y difundidos por el Nuevo Estado: religión, familia y patria. Esa bibliofagia (Báez, 2004) llevada a cabo por las autoridades franquistas condenó al olvido diversas obras con las que nunca fue capaz de dialogar; aquellas que, a sus ojos, contenían el virus de todos los males: comunismos, socialismos, liberalismo, masonería, etc.

Por eso, a este punto, las cartas de Miguel Hernández resultan una fuente testimonial de suma importancia que permite plantear nuevas tesis de análisis a los sociólogos, críticos literarios y desde luego a historiadores, quienes podrán reconocer de la memoria subjetiva y de la historia de vida de un personaje ejemplar como Miguel Hernández: su experiencia en la guerra y en la prisión franquista, y como él, la de otros miles de personajes comunes, imágenes y narraciones más humanas de tal vivencia, que neutralicen, por otro lado, las historias míticas al cuestionar identidades colectivas y referentes culturales maniqueos.

CONCLUSIONES

En las primeras páginas del presente trabajo, se habló de la escritura como una forma de permanecer y existir, y la escritura epistolar, como la posibilidad de referir la propia existencia, saber del otro, evocar la referencialidad de la vida, e imaginar y crear; ahora se sostiene que es la carta, como una forma de escritura, memoria y medio para existir; y es que en ella se revela la voz, la consciencia, el espíritu moral, intelectual, humano, etc., y el trayecto de vida, que es drama o gloria, o las dos cosas, de un hombre en su contexto histórico y los propios devaneos de ese tiempo. Como práctica cultural, la carta nace en medio de referencias y códigos sociales, culturales, políticos e ideológicos que, por una parte, absorbe y representa y, por la otra, la determinan como producto; así, al igual que otras formas discursivas de prestigio, ellas son portadoras de una mentalidad, de un espíritu sentimental, idiosincrático y cultural individuales o colectivos. Como medio de comunicación, a través de ella es posible informar, transmitir, negar o afirmar valores y creencias morales y sociales de cierta época y grupo social; como discurso referencial, permite saber de la realidad extratextual que rodea al sujeto en el momento que la enuncia, de ahí que resulten verdaderos documentos y testimonios de la vida personal y social; y como medio de autoexpresión, permite el juego de la confesión y la revelación del estado emocional y sentimental del yo, la catarsis, el autoconocimiento, la creatividad, etc., de donde resulta una fuente para conocer el mundo interior, la vida íntima, palpitante y fugaz, de quien la crea, y por todo también, la imagen del otro, el receptor, a través de los trazos y voces intratextuales presentes en la enunciación. En fin, parafraseando a Janet Altman (1982), las cartas son esa cartografía en que se dibujan las coordenadas emocionales, intelectuales, temporales, espaciales, culturales, sociales e ideológicas del sujeto emisor, como de los entes que en su práctica y recepción participan.

No obstante, aún como medio referencial, al tratarse de un discurso intersubjetivo y discurso de la distancia, la carta guarda en su seno un doble poder de representación, al revelar, por un lado, sujetos empíricos o seres de ficción, y por el otro, mundos reales o ficcionalizados; el primer caso, bajo el pacto epistolar, y el segundo, a través del “doble pacto” entre emisor y receptor (Guillén, 1998), en que los seres reales se reconocen como sujetos de ficción y aceptan el universo ficcional construido por el autor de la carta, bajo “la ilusión de la no ficcionalidad”, que por otro lado la distancian de la carta real, donde efectivamente los sujetos empíricos reconocen las dinámicas del mundo sociocultural extratextual. También es cierto que dado el carácter subjetivo de las cartas, la referencialidad se vea determina por la “decisividad” (Sijé), es decir, la facultad del emisor de negar o afirmar; omitir o revelar, ocultar o descubrir, “retratar o enmascarar” (Altman, 1982) la realidad según sus intereses como los de sus receptores; en otro momento, es la propia realidad que permite o no la representación de tal o cual universo real. Este juego del decir y no decir, en suma, nos introduce en un discurso velado donde se dibujan las marcas y los grados de la subjetividad y la objetividad epistolar.

Sobre tales anotaciones teóricas, y del *corpus* seleccionado (1936-1939), como las cartas de la prisión (1939-1942), tratados en capítulos respectivos, se ha dicho que éstas no resultan un legado de intelectualidad para la posteridad; ni siquiera responden al “equivoco” epistolar (Kaufmann, 1990) del que la obra poética o artística como tal puede surgir, aunque no obstante dejen ver líneas temáticas tratadas con mayor fervor y claridad por el oriolano en su poesía y prosa de guerra, antes bien revelan en mucho los trazos de una vida personal, íntima, artística; el desarrollo de su vida social; el posicionamiento ideológico, los alcances y los oleajes de su vida y acción personal, el espíritu, el drama del hombre y el mundo de profundas revoluciones políticas-sociales, ideológicas y culturales que le tocó vivir, a las que, por otro lado, también aluden sus cartas, y porque adquieren un valor como manuscrito “(...) monuments que nous respectons tous. Grâce á eux, nous avons des informations de première main sur la biographie de l’auteur et même parfois sur la genèse de telle ou telle oeuvre. Ils donnent aussi une image fidèle du milieu culturel où il a évolué pendant une période donnée” (Florence Callu *apud* Peixinho, 2008: 496).

En las cartas escritas antes de la guerra, pudimos apreciar el desarrollo biográfico y artístico, como contextual del joven oriolano empeñado en su deseo de fama y gloria literaria, a pesar de y por sobre las rígidas condiciones materiales e ideológicas impuestas por el tradicionalismo provinciano en que vivió; estas ansias de cultura, que lo llevó a la capital española en 1931, estaba muy en tono con las dinámicas y los debates culturales ejercidos en los primeros años del siglo XX, en varias ciudades del país, y por distintos autores en las diversas áreas del conocimiento: Miguel de Unamuno, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Ortega y Gasset, Valle Inclán, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Gregorio Marañón, entre otros. En efecto, estas cartas nos descubren un paisaje histórico, social, ideológico y cultural en contradicción y profundas reformulaciones, y nos encaminan al cuadro de la Guerra Civil (1936-1939), y cuanto más, nos revelan a un joven en sus ansias de crecimiento personal, humano, a través de la literatura, el arte en general, y que vive las transformaciones nacionales y porque se va afirmando como un poeta cívico. Por otra parte, en las cartas de guerra, escritas en las circunstancias bélicas, la voz y la presencia epistolar hernandiana nos introducen en un mundo real en que se reconoce a un hombre comprometido con sus deseos e intereses de afirmación personal, como un hombre de pueblo, un poeta revolucionario y un ser para la acción en la lucha por la justicia, la paz, la libertad personal y colectiva; tales actitudes están abiertamente visibles en su poesía y prosa de guerra, y en las cartas escritas en la guerra y en las prisiones.

Sin descartar la posibilidad de recurrencia a otras cartas y textos poéticos y de prensa escritos durante el enfrentamiento armado, para mejor comprender al hombre y su mundo, a lo largo de nuestro análisis pudimos reconocer más que un universo ficcional, la voz real del sujeto enunciador en acuerdo con los receptores empíricos de las cartas, con quienes vive una realidad extratextual común; en ese sentido, confirmamos el poder representacional de las cartas de una historia de vida a nivel personal y social, una imagen del contexto, y el estatuto del propio ejercicio epistolar en dichas circunstancias y periodo, donde cobró una relevancia trascendental y reveladora

de los cambios y procesos democráticos y democratizadores de la cultura llevados a cabo por el gobierno republicano y las izquierdas. Desde luego, la confrontación de las cartas con la obra artística y de prensa permitió determinar el estatuto referencial de las cartas, en las que si bien hay una representación de la guerra, inevitable toda vez que es el universo que rodea al epistológrafo, ésta es transpuesta por la revelación del estado emocional, sentimental, existencial del sujeto que enuncia. Es decir, bien que comunican la realidad bélica, las cartas de Miguel evocan al yo y la interioridad del sujeto que padece los dramáticos efectos de la guerra. Ellas constituyen el cuarto propio, el espacio para la sobrevivencia y la resistencia frente a tanta calamidad, a la que el espíritu profundamente humano de Miguel Hernández se sobrepone, resiste y trasciende con su agudo canto y acción de esperanza.

Por su parte, la poesía y la prosa de guerra dejan ver con mayor claridad los acontecimientos bélicos; el conglomerado fascista y la invocación a la defensa y la lucha demandada por el poeta-soldado contra ello; el posicionamiento político-ideológico de Miguel Hernández como un hombre de paz comprometido con el pueblo y sus ideales de libertad; con todo, hay en estas producciones artísticas y epistolares un elemento común, desde luego en grados distintos; se trata de un llamado constante a la fuerza combativa, al activismo personal, social y político, por un lado dirigido a esposas, amigos y familiares, y en el otro, al pueblo, los militantes, los ciudades españolas y extranjeras en la lucha por la justicia y la paz, cuya conquista les permitiese volver al trabajo dignificante, pero esta vez libre de las injusticias y las miserias impuestas por amos y capataces, enemigos comunes al fascismo. Ésta en fin, será una tónica de las cartas como de la poesía y prosa de guerra: un combate y una fuerte crítica a la apatía, y por tanto, un llamado a la disciplina, al compromiso y la acción políticosociales, a la hostilidad en relación con los fascistas, alemanes e italianos, a los países que dejaron sola a España en la guerra, a la clase burguesa (de otras regiones de Europa) que vio en su largo viaje a la URSS; es un apelo contra la cobardía, y sí, a la paz por un futuro mejor.

Efectivamente esta afirmación y este apelo a la lucha aparece en las cartas en menor medida, o de una forma velada o mediatizada, como efecto de los códigos y sistemas de censura impuestos por autoridades de gobierno y militares, primero en la guerra y después durante el franquismo, como por la autocensura implementada por el propio autor de las cartas, en correspondencia con su compromiso cívico al desear el bienestar emocional de sus receptores, sobre todo, de su esposa Josefina Marhuenda. Por otro lado, encontramos que si bien hay una representación velada de los acontecimientos bélicos, ésta, inevitablemente, funciona como el trasfondo en que se evidencia la personalidad política-social y sentimental de un poeta y soldado cívico o, por lo que de manifiesto en las cartas es posible considerar, un revolucionario romántico, convencido de sus ideales e incorruptible a la propia concepción de vida como un hombre de paz, justicia y libertad; un héroe romántico, un ser humano que, frente al odio generalizado antepuso el compromiso, el amor y la esperanza particular, ya al final de la guerra, en los años de prisión, confinados a su esposa e hijo Manuel Miguel. Así, se sostiene que la confrontación de las cartas con la poesía y los textos de

prensa en la guerra clarifica el carácter referencial de las primeras, donde hay una representación y transmisión no obstante velada de la realidad, lo mismo que una configuración y revelación del yo (como el revolucionario romántico), que sin embargo se van desvelando en los intersticios del discurso epistolar; de modo tal que se tienen las cartas como fuente de información y autoexpresión, construcción, resistencia y sobrevivencia personal y social.

Se confirmó también que el hecho de que la representación de los acontecimientos bélicos esté directamente configurada en el acontecer cotidiano y en los espacios de guerra, determina la composición del discurso epistolar como la propia materialidad de la carta (escribir en trozos de papel, con un lápiz colectivo en los batallones, en las trincheras, calles-retaguardias, almacenes incautados, y en las piernas, las rodillas, etc.); son cartas que, escritas en los espacios de guerra, propaganda y difusión política-cultural, otorgan un valor de sinceridad a la realidad y a los sentimientos ahí referidos, en correspondencia con los de los destinatarios.

Más tarde, en los años de prisión, “este diálogo a dos voces” sería un mecanismo de defensa de una identidad amenazada por los códigos y sistemas de represión impuestos por el nuevo régimen, que buscó eliminar lo que consideró el germen de los males en España: el comunismo, el socialismo, el republicanismo y lo que más, el liberalismo, según aquél, la fuente primera de todos los males. De ahí que, a imagen y semejanza de sus ideales, el Estado Nuevo implementara mecanismos de restricción, censura y acoso permanentes llevados a cabo por autoridades militares, policíacas, religiosas, etc., y con las cuales buscó dominar y someter a los milicianos y miembros de los distintos grupos y partidos políticos contrarios al régimen. Muy diferente a la tónica cultural republicana y de izquierdas desarrollada antes como durante la guerra, en que los procesos culturales de educación para el pueblo tenía por fin libertarlos y redimirlos de las miserias e injusticias milenarias, el régimen franquista implementó procesos educativos de control y represión, en que los paradigmas de familia, religión y patria adoptaron el estatuto dominante en las escuelas, cárceles, iglesias, y espacios públicos y privados de la vida civil española de aquellos años.

Aquí, las cartas, como en las de guerra, adoptan un carácter trascendental al funcionar como medio de sobrevivencia para el autor, para el hombre en medio de calamidades, asedios y chantajes por parte de las autoridades políticas, militares y religiosas, explícitamente para que Miguel Hernández en los últimos años de su vida, reconociera la legitimidad del nuevo régimen, y por tanto, renunciara y negara los ideales por los que había luchado. Sin embargo, como en su poesía y prosa, lo mismo que las cartas de la guerra, las escritas por Miguel Hernández Gilabert durante los años de prisión revelan la imagen de un hombre, un revolucionario incorruptible, convencido de sus ideales afirmados en un canto esperanzador y de amor íntimo-familiar, y que antes había depositado en los grupos ideológicos y militares con los que luchó.

En este punto, es cierto que hay una ironía marcada en estas cartas, que no se ve en las anteriores, pero es que hay en el autor de *Viento del pueblo* un desengaño entre los ideales y la victoria que esperaba alcanzar y lo que la realidad final le ofreció: miseria, hambre, represión y olvido. Por otro lado, esta ironía y humor amargo no son si

no estrategias de que se sirve el epistológrafo para expresar su condición emocional y material, ante a la vigilancia y el asedio permanente del régimen. Y es que son también un reflejo de su desencanto, que no desesperanza, por lo que la realidad le trajo frente a aquello que esperaba conquistar para sí, su familia y el pueblo. De ahí que se reconozca una marca compartida entre la poesía y la prosa de guerra y las cartas de prisión, donde expresa una demanda contra la apatía y la falta de compromiso cívico de los que se tildaron de soldados antifascistas, y hacían de la carne carnaval; de las ciudades y países ajenos a la guerra, y de los que se dijeron sus amigos y lo dejaron solo en los momentos dramáticos de su vida en las cárceles.

Entonces, en las prisiones, la escritura epistolar, como la “autoc conversación”, resultó para Miguel Hernández ese hilo de comunicación con el mundo exterior, también vigilado, censurado o controlado por el sistema franquista. Con todo, fueron una ventana semiabierta para que el epistológrafo pudiera liberar (veladamente) su carga emocional, vivir la catarsis, revelar la voz interior, y poder saber del otro, Josefina y Manuel Miguel; a propósito, pudimos concluir también que hay una imagen acentuada de carácter y posicionamiento entre Josefina y Miguel; diferencia de la de aquélla, cuya voz se sabe un lamento, en Miguel es un apelo a la lucha, a la resistencia y la esperanza; no existe un sentimentalismo, a pesar de que el destino y la guerra conjuraran contra su felicidad y la de su familia; al contrario, las cartas resultan un instrumento de sobrevivencia y resistencia que le valió al poeta una posibilidad de suspiro y aire, al que tanto cantó, y una fuente de afirmación de su personalidad, de sus ideales y compromiso cívico y moral hasta el final de su corta vida.

En este sentido, consideramos novedoso el presente trabajo, toda vez que nos permite mirar, como a través de una nueva ventana, la figura de un poeta marginalizado, reducido a una sola voz y espíritu bien que revelador —el artístico—, por la de un ser humano ejemplar; ellas son prueba de la coherencia de la palabra proferida y la acción, y constancia de un espíritu incorruptible de sus ideales. Descubren al hombre frente a circunstancias trágicas, no obstante con un aire esperanzador y con lo que de más humano puedo expresar y perseguir: paz, libertad, justicia, amor, dignidad, honra y verdad, frente al chantaje proferido por una clase social y religiosa, que por intereses y odios personales contra miembros republicanos e izquierdistas, o los que a su juicio eran sospechosos, corrompió el mandato de justicia terrenal y, más aún, los preceptos divinos del cristianismo. Los enemigos comunes, doctos de las armas y las letras sagradas (Francisco Franco, Luis Almarcha), lo atacaron y hundieron con la quijada de Caín, haciendo de su imagen de hombre, poeta y soldado, una más para el desconocimiento y el olvido.

A nuestro juicio, son éstas las novedades del presente análisis, al ver en un caso de vida, la imagen de un ser profundamente humano, cuya experiencia de la guerra le demostró que es la violencia resultado del odio individual, que toma fuerza y se manifiesta en un odio colectivo, y porque supo que sólo apagándolo individualmente es posible construir un mundo verdadero mejor. Nadie que ha vivido la guerra, desea tanto la paz, o como advierte Pepetela (2009: 145) “só aprecia verdadeiramente a paz quem muito conheceu de guerra”; y sin embargo, los enemigos conocieron e hicieron también

la guerra, no obstante no cupo en sus espíritus, lo que de mucho se reconoció y declaró el joven poeta: el olvido del odio y el rencor por la esperanza y el amor como formas sublimes de resistencia; por eso, al instinto animal y la sinrazón generalizada, Miguel Hernández sobrepuso la razón y el amor íntimo, confinado a los familiares; se trata también de esa esperanza tan pronunciada en sus cartas como en su poesía, por ejemplo, “El hambre”, de *El hombre acecha*, y en cuyo final canta: “dejadme la esperanza”. En fin, él alcanzó como tal, una dimensión trascendida y una clareza humana en medio del rencor que condujo a otros (religiosos, civiles, políticos, etc.) a la venganza y el odio general.

Por último, resta señalar que ciertamente en la actualidad sus cartas invocan por un estudio pormenorizado y desde otras ópticas de análisis, que redescubran la voz y la presencia de historias personales pretendidamente olvidadas y silenciadas por la historia oficial. En este sentido, su correspondencia constituye una fuente reveladora del yo, del ente y sus circunstancias, mas también de la realidad trágica en las que enuncia su discurso epistolar; como fuente testimonial de ambas realidades, adquieren una importancia fundamental en la búsqueda de referencias históricas, culturales, sociales, literarias, ideológicas; y en la experiencia de un caso personal en la guerra y en las cárceles franquistas, que hacen de este género, en fin, memoria, imagen y narración. Por tanto, la continuidad de estudios críticos al respecto, sin duda, neutralizarán las historias míticas sobre el autor, el poeta y el hombre, y la propia realidad, al cuestionar tales identidades individuales y colectivas, y referentes culturales maniqueos, dando luz a los repliegues, donde, y como tal, se ocultan las verdades de la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLA, Rafael (2004), *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: la España republicana*, Barcelona: Planeta.

ALONSO, Cecilio (1992), “Desclasamiento y mentalidad campesina en Miguel Hernández”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/poetica5.pdf>, in “Poética”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

ALTMAN, Janet Gurkin (1982), *Epistolarity. Approaches to a Form*, Columbus: Ohio University Press.

ANTONELLI, Quinto (2005), “Escrituras extremas. Los diarios de los prisioneros de guerra”, in Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas, *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón: Ediciones Trea, pp. 147-163.

ARTIÈRES, Philippe, (2005) “La prisión de finales del siglo XIX: una máquina grafómana”, in Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas, *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón: Ediciones Trea, pp. 135-146.

ARTOLA, Miguel (1977), *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Madrid: Alianza Editorial, Ediciones Alfaguara.

AULLÓN de Haro, Pedro (1992), “Las ideas teórico-literarias de Miguel Hernández”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/poetica/poetica1.pdf, in “Poética”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [22-12-2009]

BÁEZ, Fernando (2004), *Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*, Barcelona: Destino.

BAJTÍN, Mijail (1994), *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI.

BALCELLS, José María (1992), “Sátira de guerra en Miguel Hernández”, in Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco (ed.), *Estudios sobre Miguel Hernández*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 27-38.

BELLIDO NAVARRO, Pilar (1992), “El compromiso en la poesía de Miguel Hernández: materia y estilo”, http://www.miguelhernandezvirtual.com/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/lostemas/lostemas5.pdf, in “Los temas”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [22-12-2009]

BRAGA, Cláudia (2004), “Au-delà du contenu. La lettre dans le théâtre de Coelho Neto”, in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Paris: Press Sorbone Nouvelle, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, pp. 139-153.

CANO Ballesta, Juan (1971), *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid: Gredos.

_____ (1978a) “Trayectoria de una vida trágica”, in Juan Cano Ballesta *et al.*, *En torno a Miguel Hernández*, Madrid: Castalia, pp.9-27.

_____ (1978b), “Miguel Hernández: poeta comprometido, periodista y narrador épico”, in Juan Cano Ballesta *et al.*, *En torno a Miguel Hernández*, Madrid: Castalia, pp. 213-236.

_____ (2003a), “Miguel Hernández, periodista en el frente y narrador épico”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/ponencia11.pdf>, in “Ponencias”, in Actas II Congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y 30 de octubre, Orihuela-Madrid, España. [22-12-2009]

_____ (2003b), “Miguel Hernández y el debate cultural de los años treinta (el poeta ante el ‘Guernica’)”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_ii/ponencias/10juanca.pdf, in “Ponencias”, in Actas II Congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y 30 de octubre, Orihuela-Madrid, España. [22-12-2009]

CARNERO, Guillermo (1992), “A la gloria mayor del polvorista. Miguel Hernández y la poesía pura”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/ponencias/alagloria.pdf, in “Ponencias”, Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

CARREIRA, Maria Helena Araújo (2004), “Les lettres dans Lusitânia de Almeida Faria: configurations linguistiques et textuelles de l’intersubjectivité”, in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, Press Sorbone Nouvelle, Paris, pp. 103-109.

CASTELLANOS, Rosario (1972), “El resplandor del ser”, in *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*, México: Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas.

CASTILLO Gómez, Antonio (2003), “Escribir para no morir. La escritura en las cárceles franquistas”, in Antonio Castillo Gómez y Feliciano Montero (coords.), *Franquismo y memoria popular. Escrituras, voces y representaciones*, Madrid: Siete Mares, pp. 17-53.

CASTRO, Fátima de (2004), “Pêro Pais: introduction à la lettre d’un jésuite en Ethiopie (1603)”, in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, París: Press Sorbone Nouvelle, 2004, pp. 27-36.

CERDÁN Tato, Enrique (1992), “Geografía carcelaria de Miguel Hernández”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/poetica11.pdf>, in “Poética”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [23-12-2009]

CHEVALLIER, Marie (1978), *Los temas poéticos de Miguel Hernández*, trad. de Arcadio Pardo Madrid: Siglo Veintiuno de España.

COLLADO, Pedro (1993), *Miguel Hernández y su tiempo*, Madrid: Vosa.

DAUPHIN, Cécile (1998), “Les manuels épistolaires au XIX^e siècle. Pratiques éditoriales et imaginaire social”, in “XVIII^e siècle. La lettre comme venue féminine à l’écriture”, in Christine Planté (dir.), *L’épistolaire, un genre féminin?*, París: Honoré Champion Éditeur, pp. 179-219.

DEBICKI, Andrew P. (1992), “Miguel Hernández y la historia literaria”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/ponencia2.pdf>, in “Ponencias”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

DE LA CRUZ, Sor Juana Inés (1957), *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, Alberto G. Salceda (ed.), t. IV, México, FCE.

DÍAZ de Castro, Francisco J. (1992), “Miguel Hernández frente a la ciudad”, in Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco (eds.), *Estudios sobre Miguel Hernández*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 80-126.

DÍAZ Padilla, Fausto (1991), *Estructura y sentimiento de las cartas de los condenados a muerte*, Oviedo: Servicio de Publicaciones Universidad de Oviedo.

DIAZ, Brigitte (1998), “Les femmes à l’école des lettres. La lettre et l’éducation des femmes au XVIII^e siècle”, in “XVIII^e siècle. La lettre comme venue féminine à l’écriture”, in Christine Planté (dir.), *L’épistolaire, un genre féminin?*, París: Honoré Champion Éditeur, pp. 133-150.

DÍAZ, José-Luis (1998), “La feminité de la lettre dans l’imaginaire critique au XIX^e siècle”, in “XVIII^e siècle. La lettre comme venue féminine à l’écriture”, in Christine Planté (dir.), *L’épistolaire, un genre féminin?*, París: Honoré Champion Éditeur, pp. 153-177.

DÍEZ de Revenga, Francisco Javier (2003), “Miguel Hernández en la estética de las vanguardias y el 27”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_ii/ponencias/07fcojav.pdf, in “Ponencias”, in Actas II congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y 30 de octubre, Orihuela-Madrid, España. [22-12-2009]

_____ y Mariano de Paco (1981), *El teatro de Miguel Hernández*, Murcia: Universidad, D. L.

FUSI, Juan Pablo (2007), “La cultura. Tercera parte”, in Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, *La España del siglo XX*, Ediciones de Historia, Madrid: Marcial Pons, pp. 531-617.

GÓMEZ y Patiño, María (1999), *Propaganda poética en Miguel Hernández: un análisis de su discurso periodístico y político (1936-1939)*, pról. de Miguel Roiz, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

GONZÁLEZ Calleja, Eduardo (2005), “La dialéctica de las pistolas: la violencia y la fragmentación del poder político durante la segunda República”, in J. Muñoz, J. L. Ledesma, J. Rodrigo (coords.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, España: Siete Mares, pp. 101-146.

GRASSI, Marie-Claire (1994), *L'Art de la Lettre au Temps de La Nouvelle Héloïse et du Romantisme*, prefacio de Michel Launay, París: Editions Slatkine, Genève.

GUERRERO Zamora, Juan (1990), “Proceso a Miguel Hernández. Sumario 21.001”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/criticos/proceso_a_miguel_hernandez.pdf, in Críticos hernandianos. [4-5-2010]

GUILLÉN, Claudio (1998), “La escritura feliz: literatura y epistolaridad”, in *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, col. Marginales, España: Tusquets, pp. 177-233.

HERNÁNDEZ Gilabert, Miguel (1986), *Epistolario*, pról. de Josefina Manresa, introd. y ed. de Agustín Sánchez Vidal, Alianza Editorial, España.

_____ (1992), *Obra completa*, edición y crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, colaboración Carmen Alemany, ts. I-II, col. Clásicos Castellanos, Nueva Serie, Madrid: Espasa-Calpe.

JACKSON, Gabriel (1976), *La República española y la Guerra Civil 1931-1939*, [*The Spanish Republic and the Civil War (1931-1939)*] trad. castellana de Enrique de Obregón, col. Temas Hispánicos, España: Crítica-Grijalbo, [1ra. ed. 1967, Grijalbo, México].

JOVER Zamora, José María (1972a), “La época de la Restauración (1875-1902)”, in “Edad Contemporánea”, in Antonio Ubieto, *et al.*, *Introducción a la Historia de España*, Barcelona: Taide, pp. 693-782.

_____ (1972b), “La época de Alfonso XIII”, in “Edad Contemporánea”, in Antonio Ubieto, *et al.*, *Introducción a la Historia de España*, Barcelona: Taide, pp. 783-928.

JULIÁ, Santos (2007), “Política y sociedad. Primera parte”, in Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, *La España del siglo XX*, Ediciones de Historia, Madrid: Marcial Pons, pp. 15-153.

KAUFMANN, Vincent (1990), *L'équivoque épistolaire*, col. Critique, París: Les Éditions de Minuit.

LEDESMA, José Luis (2005), “‘La santa ira popular’ del 36: la violencia en Guerra Civil y revolución, entre cultura y política”, in J. Muñoz, J. L. Ledesma, J. Rodrigo (coords.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, España: Siete Mares, pp. 147-229.

LEJEUNE, Philippe y Catherine Viollet (dirs.) (2000-2001), *Genèse du “Je”. Manuscrits et autobiographie*, col. Textes et Manuscrits, París: CNRS Editions.

LUIS, Leopoldo de y Jorge Urrutia (1984), *El hombre acecha/Cancionero y romancero de ausencias*, España: Cátedra.

MAINER, José Carlos (1992), “Apuntes sobre el tema rural de la España republicana”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/ponencias/1apuntes.pdf, in “Ponencias”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

MARCO, Joaquín (1992), “Función y ficción del poeta en la poesía de guerra de Miguel Hernández”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/ponencia12.pdf>, in “Ponencias”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [5-5-2010]

MARTÍN, Eutimio (1992), “Ramón Sijé-Miguel Hernández: una relación mitificada”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/ponencias/ramonsije.pdf, in “Ponencias”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

_____ (2010), “La vida más allá del mito”, in *El país semanal. La vida breve de Miguel Hernández. Tributo al genial escritor en el centenario de su nacimiento*, in Jesús Ceberio y José Ángel García Olea (dirs.), *El País*, Madrid, 07 de marzo, pp. 46-47.

MORALES, Leonidas, *La escritura de al lado. Géneros referenciales*, <http://www.cyberhumanitatis.uchilec/vida2b.htm/> [02-18-2008]

MORELLI, Gabriele (1992), “Hernández-Aleixandre, una amistad ejemplar”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/ponencias/haleixandre.pdf, in “Ponencias”, Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [4-6-2010]

MULA Acosta, José (1992), “Miguel Hernández: el compromiso social como actitud inherente”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/lostemas/lostemas7.pdf, in “Los temas”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [22-12-2009]

MUÑOZ Molina, Antonio (2010), “El hombre nacido para el luto”, en *El país semanal. La vida breve de Miguel Hernández. Tributo al genial escritor en el centenario de su nacimiento*, in Jesús Ceberio y José Ángel García Olea (dirs.), *El País*, Madrid, 07 de marzo, pp. 34-35.

NASCIMENTO, Flávia (2004), “La correspondance de Mário de Andrade et Luis da Câmara Cascudo: un apport à la construction de la brésilianité,” in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, Paris: Press Sorbone Nouvelle, pp.169-185.

NAVARRO Bonilla, Diego (2005), “Archivos y cultura escrita carcelaria: escribir y documentar la prisión desde el siglo XVI”, in Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas, *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón: Ediciones Trea, pp. 17-41.

NEPOMUCENO, Miguel Ángel (2003), “Luis Almarcha y Miguel Hernández: la amistad peligrosa”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas_II_Presentacion/14miguel.pdf, in “Marco histórico, visiones generales”, in Actas II Congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y30 de octubre, Orihuela-Madrid, España. [4-6-2010]

PAYERAS Grau, María (1992), “Miguel Hernández acecha”, in Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco (eds.), *Estudios sobre Miguel Hernández*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 295-314.

PEIXINHO de Cristo, Ana Teresa Fernández (2008), *La epistolaridade nos textos de imprensa de Eça de Queiroz*, Dissertação de doutoramento em Ciências da Comunicação, especialidade História da Comunicação, Facultad de Letras, Universidade de Coimbra.

(PEPETELA) Pestana dos Santos, Artur Carlos Mauricio (2009), *O planalto e a estepe. Angola, dos anos 60 aos nossos dias. A historia real de um amor impossível*, Romance, Lisboa: Dom Quixote.

PLANTÉ, Christine (dir.) (1998), *L'épistolaire, un genre féminin?*, Paris: Honoré Champion Éditeur.

PONCIONI-MÉRIAN, Cláudia (2003), “‘Ma chère Maman’. Un étude sur la correspondance entre Carlos et Julieta Augusta Drummond de Andrade”, in Anne-Marie Quint (dir.), *A fil de la plume*, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, Cahier, núm. 10, Publié avec le concours du C. N. L., de l’Institut Camões, et du Conseil Scientifique de l’Université de Paris III, Paris: Presses Sorbone Nouvelle, pp. 79-92.

POUBLAN, Danièle (1998), “Écriture et rôle social. La place des femmes dans une correspondance familiale au XIX^e siècle”, in “XIX^e siècle. Splendeur et déclin d’un idée reçue”, in Christine Planté (dir.), *L'épistolaire, un genre féminin?*, Paris: Honoré Champion Éditeur, pp. 202-219.

PUCINI, Darío (2003), “La formación del poeta civil”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/ponencia10.pdf>, in “Ponencias”, in Actas II Congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y 30 de octubre, Orihuela-Madrid, España. [10-12-2009]

QUINT, Anne-Marie (2004), “Comment écrire à ses amis. Theorie et pratique de l'épistolaire au Pörtugal (XVI^e-XVII^e siècles)”, in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, París: Press Sorbone Nouvelle, pp. 13-26.

RAMÍREZ Hernando, Julián-Antonio (1992), “Miguel Hernández, hombre de paz en la guerra”, <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas%20I/poetica6.pdf>, in “Poética”, in Actas de I Congreso Internacional Hernandiano 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [10-12-2009]

RIBERIRO, António Sousa y Maria Irene Ramalho (2001), “Dos estudos literários aos estudos culturais?”, in Helena Buescu *et al.* (org.), *Floresta encantada: novos caminhos da literatura comparada*, Lisboa: Dom Quixote, pp. 61-82.

RUIZ Bautista, Eduardo (2003), “Prisioneros del libro: leer y penar en las cárceles de Franco”, in Antonio Castillo Gómez y Feliciano Montero (coords.), *Franquismo y memoria popular. Escrituras, voces y representaciones*, España: Siete Mares, pp. 99-121.

SÁEZ, Carlos y Antonio Castillo Gómez (eds.) (2002), *La correspondencia en la Historia. Modelos y prácticas epistolares*, Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita, Madrid: Calambur.

SÁNCHEZ Vidal, Agustín (ed.) (1986), *Miguel Hernández. Epistolario*, pról. de Josefina Manresa, España: Alianza Editorial.

_____ (1992a), “Para una revisión de Miguel Hernández”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_i/ponencias/paraunarev.pdf, in “Ponencias”, in Actas I Congreso Internacional Hernandiano, 25-28 de marzo, Alicante, Orihuela, Elche, España. [28-12-2009]

_____ y José Carlos Rovira (1992b) (ed. y crítica), *Miguel Hernández. Obra completa*, colaboración Carmen Alemany, ts. I-II, col. Clásicos Castellanos, Nueva Serie, Madrid: Espasa-Calpe.

SECO Serrano, C. (1972), “Panorámica general”, in “Nuestro tiempo”, in Antonio Ubieta, *et al.*, *Introducción a la Historia de España*, Barcelona: Taide, pp. 930-976.

SÉITÉ, Yannick (1998), “‘La plume qui m'est si étrangère’. Jean-Jacques Rousseau, Henriette et la lettre”, in “XVIII^e siècle. La lettre comme venue féminine à l'écriture”, in Christine Planté (dir.), *L'épistolaire, un genre féminin?*, París: Honoré Champion Éditeur, pp.99-115.

SIERRA Blas, Verónica (2002), *Aprender a escribir cartas. Los manuales epistolares en la España contemporánea (1927-1945)*, Trabajo de investigación tutelado, Universidad de Alcalá, http://www.redaiep.es/biblioteca/Veronica01_LaGuerraEnElTintero.pdf; inédito. [8-6-2010]

_____ (2003), “‘Al otro lado de las rejas’. Correspondencia a los presos del centro penitenciario de El Dueso (Santander, 1936)”, in Antonio Castillo Gómez y Feliciano Montero (coords.), *Franquismo y memoria popular. Escrituras, voces y representaciones*, Madrid: Siete Mares, pp. 55-97.

_____ (2005), “‘En espera de su bondad, comprensión y piedad’. Cartas de súplica en los centros de reclusión de la guerra y posguerra españolas (1936-1945)”, in Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas, *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón: Ediciones Trea, pp. 165-200.

_____ (2009), *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil*, Historia, Madrid: Taurus.

_____ (s/f) “‘Mi querida madrinita’. Realidad y ficción en la correspondencia bélica”, http://www.redaiep.es/biblioteca/Veronica05_Mi_querida_madrinita.pdf, in el Filandar o Fiadeiro, núm, 15, pp. 12-15. [7-6-2010]

_____ (s/f), “La guerra en el tintero. Manuales epistolares para soldados”, http://www.redaiep.es/biblioteca/Veronica01_LaGuerraEnElTintero.pdf [8-6-2010]

SILVA, Manuela Parreira da (1998), “Para uma teoria da prática epistolar pessoana”, in Fernando Cabral (dir.), *Correspondências*, núm. 1, Departamento de Línguas e Literaturas Românicas de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nova Lisboa, Portugal: Ediciones Colibri, pp. 127-147.

SIMON, Marie-Christine Pais (2004), “Les lettres du couvent de la marquise d’Alorna: un exemple de correspondance familière et familiale à l’époque classique”, in Jacqueline Penjon (dir.), *Boîte aux lettres*, Cahier núm. 11, Centre de Recherche sur les Pays Lusophones-CREPAL, París: Press Sorbone Nouvelle, pp. 37-59.

TUSSEL, Javier (2003), *Vivir en guerra. Historia ilustrada. España 1936-1939*, col. Serie Historia, España: Silex.

VERA Abadía, Manuel Ramón (2003) “La pobreza de Miguel Hernández: ¿una tópica realidad o un mito?”, http://www.miguelhernandezvirtual.es/xml/sections/secciones/biblioteca_virtual/pdf/actas_ii/marco_historico/13manuel.pdf, in “Marco histórico. Visiones generales”, in Actas II Congreso Internacional Hernandiano, *Presente y futuro de Miguel Hernández*, 26 y 30 de octubre, Orihuela-Madrid, España.

VIOLI, Patricia (1999), “Carta”, in Teun Van Dijk (ed.), *Discurso y literatura. Nuevos planteamientos sobre el análisis de los géneros literarios*, Diego Hernández García (trad.), España: Visor, pp. 181-203.